DAILAN KIFKI

MARÍA ELENA WALSH



Lectulandia

Dailan Kifki apareció un buen día y cambió la vida de toda la familia. Porque, aunque parezca mentira, no es fácil criar a un elefante, sobre todo si se queda dormido arriba de una plantita que crece hasta las nubes.

Una novela clásica de la literatura infantil, donde las situaciones más desopilantes son contadas con la ternura necesaria para que sean inolvidables.

Lectulandia

María Elena Walsh

Dailan Kifki

ePub r1.0
Titivillus 06.04.2019

Título original: *Dailan Kifki*
María Elena Walsh, 1966
Ilustraciones: Pedro Vilar

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice

Cubierta

Dailan Kifki

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

Sobre la autora

MARIA ELENA WALSH

DIBUJOS DE

VILAR





1

EL JUEVES yo salía tempranito a pasear mi malvón por la vereda, como todos los jueves, cuando al abrir la puerta ¡zápate! ¿Qué es lo que vi? El zaguán bloqueado por una enorme montaña gris que no me dejaba pasar.

¿Qué hice? La empujé. Sí, empujé la montaña y conseguí sacarla a la vereda. Y allí vi, creyendo soñar, que la montaña era nada menos que un elefante. ¿Se dan cuenta? ¡Un elefante!

Ya iba a gritar pidiendo socorro cuando me fijé que el animalote tenía una enorme carta colgada de una oreja. En el sobre estaba escrito mi nombre con letras bien grandes, de modo que lo abrí, y esto era lo que decía, escuchen bien:

«Estimada señorita: Yo me llamo Dailan Kifki y le ruego no se espante porque soy un elefante. Mi dueño me abandona porque ya no puede darme de comer. Confía en que usted, con su buen corazón, querrá cuidarme y hacerme

la sopita de avena. Soy muy trabajador y cariñoso, y, en materia de televisión, me gustan con locura los dibujos animados».

¡Imagínense!

¿Se imaginaron?

¿Se imaginan qué problema?

Uno puede encontrar un gato abandonado en un umbral, puede encontrar un perro, una cucaracha, una hormiga extraviada… ¡hasta un bebé con pañal y alfiler de gancho! Todo, menos un elefante.

A mí me daba no sé qué dejarlo abandonado y hambriento, y al mismo tiempo, aunque mi casa es grande, no sabía bien dónde ponerlo ni qué iban a decir mi familia y los vecinos.

De todas maneras, decidí recogerlo por unos días hasta encontrarle mejor ubicación… Ustedes hubieran hecho lo mismo, ¿verdad?

Entonces volví a empujarlo, esta vez con la trompa para adentro, por el zaguán, sin que Dailan Kifki ofreciera la menor resistencia: entró muy apurado, sin duda atraído por el olor a arroz con leche que venía de la cocina.

Lo llevé al jardín, sigilosamente, tratando de no despertar a nadie, pero los pasos de Dailan Kifki retumbaron como truenos por la casa, y toda mi familia se asomó en camisón por la ventana que da al jardín.

Mi mamá se desmayó, a mi papá se le cayó la pipa de la boca, y mi hermano Roberto dijo:

—Estamos fritos.

Dailan Kifki se quedó quieto en el jardín, mirando y oliendo las flores.

Yo fui a atender a mi familia, y de paso a encargar al mercado 400.000 kilos de avena, 54.672 docenas de bananas, un regimiento de botellas de leche y tres medialunas para mi nuevo huésped. Cuando volví al jardín me esperaba otra sorpresa. ¿Qué creen ustedes que hacía Dailan Kifki? Trabajaba.

Tal como lo oyen: trabajaba.

Abría la canilla con la trompa, llenaba la regadera y luego regaba las plantas con gran delicadeza. De paso aplastaba con sus patas todas las hormigas que encontraba por el camino.

Entonces comprobé que era cierto lo que decía la carta: Dailan Kifki era muy trabajador.

Sin duda, un elefante único en el mundo.

Yo lo contemplaba llena de admiración, cuando de repente llegó de visita mi tía Clodomira, con su paraguas y su sombrero lleno de margaritas.

Cuando mi tía Clodomira vio a Dailan Kifki en el jardín, se desmayó.

Yo casi llamo a los bomberos, porque mi tía es gorda y no podía sacarla del macetón donde se había caído, cuando… ¿qué creen que hizo el elefante?

La hizo upa delicadamente con su trompa, la pasó por la ventana del dormitorio y la depositó en la cama.

Después, siempre a través de la ventana, la abanicó con sus orejas y le hizo cariñitos.

Se podrán imaginar que, cuando mi tía despertó y vio que tenía al elefante de enfermero, dio un grito horrible y se volvió a desmayar. Dailan Kifki no se asustó por eso. ¿Saben qué hizo?

Fue a la cocina, abrió la heladera, sacó una jarra de agua helada, cerró la puerta con la patita, y vació la jarra delicadamente sobre el sombrero de mi tía Clodomira.

Mi familia, a todo esto, estaba furiosa, y, alentados todos por los horribles gritos de mi tía, me pedían llorando que sacara a ese monstruo de la casa.

Tanto chillaron, que luego me enteré que a causa del escándalo se despegaron todas las estampillas del correo.

No tuve más remedio que decirle a Dailan Kifki:

—Vamos, querido, que aquí no te comprenden… Vamos, te voy a llevar al Zoológico.

¿Qué creen que me contestó Dailan Kifki?

Nada. Se puso a llorar, primero dos lagrimitas, luego dos lagrimotas, después dos lagrimones y finalmente dos chorros de manguera.

Lloró tan fuerte que hizo temblar toda la manzana y, naturalmente, las pocas estampillas que quedaban pegadas en el correo se despegaron y salieron volando por las ventanillas.

Mi familia, enternecida, no tuvo más remedio que dejar de llorar, y se pusieron todos a consolarlo. Porque la verdad es que una tristeza de elefante es mucho más grande que una tristeza de persona.

Mi papá le dio una galletita, mi tía Clodomira le prestó el sombrero por un rato, mi mamá le acarició las orejas y mi hermano Roberto dijo:

—Estamos fritos.

Y entonces Dailan Kifki se quedó a vivir en el jardín.



2



O LE tomé mucho cariño a Dailan Kifki. Por eso, una noche, al oírlo llorar muy despacito, se me partió el alma.

¿Por qué lloraría el pobre Dailan Kifki a medianoche, en el jardín?

Como el llanto era cada vez más lacrimógeno, tuve miedo de que mi familia y los vecinos se despertaran o que el llanto se oyera otra vez desde el correo y volvieran a despegarse las estampillas. De modo que me levanté, y así, en camisón, me puse mi sombrero de tul con banderitas y salí al jardín.

Dailan Kifki estaba llorando como cuatro elefantes juntos que hubieran pelado cebollas durante cuatro años enteros.

—¿Qué te pasa, querido? —le pregunté dulcemente.

—¡Buuuuu! —me contestó.

—¿Qué hay? ¿Extrañás a tu mamá? ¿Te picó un mosquito? ¿Soñaste que te corría un ratón?

—No —me dijo, meneando la cabeza de izquierda a derecha y de izquierda a derecha.

Y me tomó la mano con la trompa y me la puso sobre su barriguita.

Entonces me di cuenta de todo: al pobre le dolía, sin duda, empachado por los 45 baldes de arroz con leche con canela que había comido ese día.

Imagínense qué calamidad.

Si ustedes, que tienen una pancita chica, cuando les duele les duele, imagínense cómo dolerá una panzota de elefante, que es tan grande.

Le di unos masajes pero parece que no lo aliviaron, de modo que decidí llamar inmediatamente al veterinario.

Medio dormida como estaba busqué el número en la guía y llamé, pero sin duda el veterinario dormía y me atendió alguno de sus pacientes, porque cuando pregunté:

—¿Hablo con el veterinario? —Una voz malhumorada me contestó: «¡Guau!».

Volví a llamar, y otra voz igualmente malhumorada me contestó: «¡Miau!» de modo que no insistí, y, en mi desesperación, sólo atiné a llamar a los bomberos.

Apenas había colgado el teléfono cuando apareció un precioso Bombero todo vestido de rojo, con un casco dorado con penacho, una manguera a lunares y un hacha brillante como la Luna.

—¿Dónde está el incendio, dónde, la llamita que se esconde, que la llamo y no responde? —preguntó el Bombero.

—Mire, señor Bombero —le contesté—, incendio, en realidad, en este momento no puedo ofrecerle ninguno, pero…

—Pero, pero ¿para qué llamó al Bombero si no hay fuego en el ropero ni se le quemó el puchero? —me dijo.

—Déjeme que le explique, señor Bombero, lo que sucede es que a Dailan Kifki le duele la pancita…

—¿Y qué entiende de pancitas un Bombero, señorita?

—Los bomberos entienden de todo… Además… el veterinario dormía, me contestaron cosas horribles como guau y miau cuando lo llamé, compréndame, señor Bombero…

—Bueno, bueno, señorita, voy a ver a esa pancita —contestó el Bombero resignado.

Lo llevé al jardín sin encender el farol para que no viera, así, de golpe y porrazo, que el enfermo era un elefante.

El jardín estaba muy oscuro, de modo que cuando el Bombero oyó un extraño vozarrón que decía «¡Buuuuuh!» se asustó de tal manera que se me prendió del cuello y tuve que hacerlo upa, mientras él, temblando, gritaba: «¡Mamá!».

Qué papelón.

—Pero qué vergüenza —le dije—, un Bombero con miedo.

Entonces recobró su sangre fría, saltó al suelo, se arregló la chaqueta, se lustró los botones con la manga y, empuñando el hacha y la manguera, se dirigió hacia Dailan Kifki.

—¿Pero esto qué es? —gritó—, ¿es la Luna del revés, es un monstruo japonés, es quizás una montaña o una gran pipiritaña?

Entonces yo encendí el farol.

El Bombero, al ver que el enfermo era un elefante, se cayó sentado encima de su manguera a lunares.

Levanté al Bombero con gran trabajo y, ya impaciente, lo reté.

—¡Sí señor, un elefante! ¿Qué tiene de escalofriante?

—Bueno bueno, no se enoje ni me pegue ni me moje —dijo el Bombero.

Y se puso a revisar a Dailan Kifki que cada vez lloraba mejor.

Y después de revisarlo el Bombero dijo:

—Para el dolor de barriga de elefante, la cataplasma de lechuga y aserrín es muy calmante.

Entonces fuimos a la cocina y trajimos unas cuantas plantas de lechuga, pero el aserrín era más difícil de encontrar.

Yo pensé ir a despertar al carpintero de la esquina, pero el Bombero dijo:

—No. Despertar a un carpintero es hazaña peligrosa, nos puede tirar con sueños de viruta venenosa.

De modo que entramos despacito en la casa, para no despertar a mi familia, y sacamos todos los muebles al jardín.

Empuñamos un serrucho y los dos serruchamos sillas, mesas, aparadores y estanterías, hasta obtener cantidad de aserrín suficiente como para una buena cataplasma de elefante.

Cuando conseguimos llenar unos cuantos baldes, el Bombero preparó el emplasto de lechuga y aserrín, lo extendió bien sobre una sábana y lo puso sobre la pancita de Dailan Kifki.

Y nos sentamos a esperar que mejorara, mientras yo le cebaba mate al pobre Bombero que estaba muerto de sueño y de cansancio.

Apenas habíamos tomado unos 742 mates cada uno, y ya empezaba a amanecer, cuando por fin Dailan Kifki dejó de lloriquear, suspiró, sonrió y dijo: «Uuuh», muy aliviado.

—¿Estás mejor, nene? —le preguntamos.

Y Dailan Kifki nos contestó que sí, moviendo la cabezota de abajo para arriba y de abajo para arriba.

Lo tapamos bien, le cantamos a dúo un arrorró para elefante, y por fin Dailan Kifki se durmió muy contento.

Yo le di las gracias y un besito al Bombero, que se fue trotando con su chaqueta roja, su casco dorado un poco ladeado, su manguera a lunares y su hacha brillante como la Luna.

Y yo me fui a dormir, feliz por haber curado la terrible enfermedad de mi elefante pimpante barriga picante.



3

MI PAPÁ, mi mamá y mi hermano Roberto se despertaron, y al minuto se pusieron todos a llorar y a patalear.

—¿Qué pasa? —pregunté yo, muerta de sueño porque había pasado muy mala noche a causa de mi elefante enfermo.

—¿Cómo qué pasa? —dijo mi mamá—. ¿No ves que estoy sentada en el aire?

Abrí bien los ojos y fui a verla.

Era cierto: mamá estaba sentada en el aire porque no tenía silla.

—¿Y yo? —gritó mi papá—, ¿te parece lindo hacerme dormir parado en el rincón?

Efectivamente: papá dormía de pie porque no tenía cama.

Y mi hermano Roberto dijo:

—Estamos fritos.

Con toda razón, puesto que también estaba sentado en el aire frente a una taza de café con leche colgada de la lámpara, porque el pobrecito se había quedado sin mesa.

Y todos chillaron a más y mejor cuando se asomaron en camisón a la ventana que da al jardín y allí vieron los restos de los muebles que durante la noche habíamos serruchado valientemente con el Bombero.

Yo les expliqué todo, pero no quisieron entender que un dolor de pancita de elefante es un asunto mucho más serio que unos cuantos muebles serruchados.

Protestaron, me retaron, mi papá me prometió hacerme chas chas en la cola y mi hermano Roberto dijo:

—Estamos fritos, réquete fritos, réquete fritos —señalando al pobre Dailan Kifki con un dedo acusador.

Y lo que es peor, me mandaron a la carpintería a encargar otros muebles.

—No puedo seguir toda la vida sentada en el aire —protestó mi mamá con muchísima razón.

Me fui corriendo a la carpintería, sola; no quise llevar a mi elefante, que se moría de ganas de acompañarme, para no alborotar a los vecinos.

Golpeé bien fuerte y apareció el carpintero, con su preciosa barba de viruta que le llegaba hasta el ombligo.

—Buenos días, señor carpintero —le dije—, vengo a ver si para esta tarde puede hacer unos cuantos muebles para mi familia.

—¿Usted está loquita? —me contestó.

—No, señor carpintero, le pagaré el doble si es necesario.

—Je —dijo el carpintero—, ¿y la madera, eh?

—Bueno —le contesté—, supongo que usted, como buen carpintero, tendrá madera, y clavos, y serrucho, y todo lo necesario, ¿no?

—Je —volvió a decir—, no hay madera.

—No me diga… ¿no hay madera?

—No hay.

Y el carpintero se me acercó con aire de misterioso, se me acercó tanto que me pinchó la oreja con la barba, y me dijo:

—¿Usted sabe de dónde se saca la madera?

—Por supuesto —le contesté—, de los árboles.

—Je, ¿y dónde están los árboles?

—Por todas partes, en los bosques, en las calles, en…

—Je, pero si usted corta los árboles sin permiso, viene el vigilante y… chas chas.

Ahí sí que me asusté, porque bastantes amenazas de chas chas tenía en mi propia casa.

—¿Y entonces qué hacemos, señor carpintero? —le pregunté desesperada —, ¿de dónde sacamos la madera?

No me contestó, pero haciéndome señas muy misteriosas me condujo a su taller, caminando sobre una alfombra de viruta, aserrín y maderitas perfumadas. Encendió un farol, levantó una tabla del piso y sacó un cofre.

Adentro del cofre había una caja.

Adentro de la caja había otra caja.

Adentro de esa caja había otra caja.

Adentro de esa caja había un portafolios.

Adentro del portafolios había una cartera.

Adentro de la cartera había un estuche de terciopelo.

Adentro del estuche de terciopelo había un monedero.

Adentro del monedero había un paquetito de papel de seda.

Adentro del paquetito de papel de seda había un poroto.

El carpintero lo lustró un poco con la manga y me lo tendió.

—¿Y qué hago con este poroto, señor carpintero? —le pregunté creyendo que se había vuelto loco.

—¿Cómo qué hace? ¡Lo siembra!

—¿Lo siembro? ¿Y para qué, se puede saber?

—¿Cómo para qué? Del poroto saldrá un brote y del brote una ramita, de la rama saldrá un tronco y del tronco un arbolito y allá arriba, muy arriba, cantarán los pajaritos.

—¡Pero señor carpintero —le dije angustiada—, cuando el árbol crezca y tenga pajaritos nos va a dar lástima cortarlo para hacer madera! Además, mamá ya va a estar aburrida de sentarse en el aire.

—Je, qué le vamos a hacer —dijo el carpintero—, si quiere madera, plante el poroto.

Y me cerró la puerta en la nariz. Yo salí tristísima, con el poroto en la mano, pero comprendiendo que no tenía más remedio que plantario y esperar que creciera.

Cuando llegué a casa, mi familia me acosó a preguntas.

—Ya va —les contesté—, tengan un poco de paciencia, no se pueden hacer muebles de la noche a la mañana, esperen un poquito…

Y me fui al jardín a plantar mi poroto, mientras todos se quedaban sentaditos en el aire, con un mal humor de mil demonios.

Dailan Kifki me ayudó a sembrarlo, apisonando la tierra con sus patotas de aplanadora.

Una vez bien sembrado, nos sentamos en el pasto a esperar que creciera.

Yo me hacía la distraída y no lo miraba mucho, porque sé que si uno lo mira tarda más en crecer, como la leche tarda más en hervir. Pero pasó un buen rato y… nada.

Pasaron dos ratos y… nada.

Pasó un ratón… y nada.

Al poroto ni siquiera le asomaba un brotecito de mala muerte.

Sin perder más tiempo, pensando que el carpintero me había estafado, fui a la carpintería y me lo traje, arrastrándolo por su preciosa barba de viruta celeste.

El carpintero desenterró el poroto y dijo:

—Je, con razón…

—¿Con razón qué? ¿Acaso no lo plantamos bien?

—¡Lo han plantado al revés! ¿No ven que está creciendo para abajo?

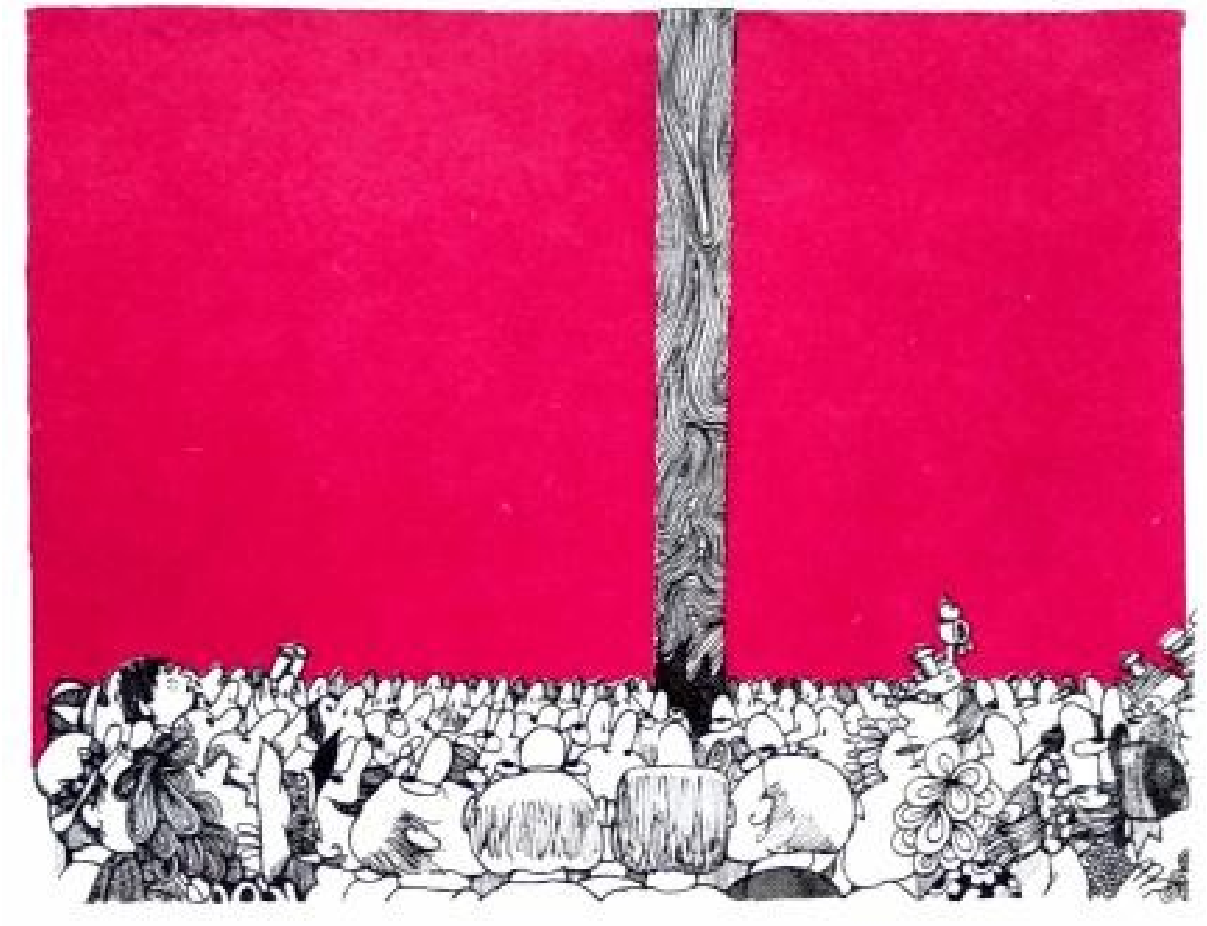
Vimos que, efectivamente, el poroto estaba al revés. Ya le había brotado una larga barba verde, pero para abajo.

El carpintero lo sembró al derecho, Dailan Kifki volvió a apisonar la tierra con su patota, y le encargué que vigilara durante un rato.

Después fui a explicarle a mi mamá que conseguir madera para hacer muebles no es asunto tan sencillo como parece a primera vista.

Mi mamá seguía sentada en el aire.

Pobre mamá.



4

A LA TARDE, al volver del trabajo vi una multitud alrededor de mi casa.

«¿Qué habrá pasado?», pensé alarmada.

Se oían silbatos de vigilantes, sirenas de ambulancias, triángulos de barquilleros, chillidos, suspiros, gritos y patatuses.

Me abrí paso a empujones, como pude.

Todo el mundo chillaba y discutía mirando para arriba. Los vigilantes trataban de poner orden.

Había fotógrafos y periodistas, el noticiero de la televisión, un perro con dos colas, bomberos que comían merengues y chicos que, aprovechando el bochinche, se habían escapado de la escuela.

—¿Qué sucede? —pregunté alarmada.

Y nadie me contestaba. Algunos, porque no se les daba la gana. Otros, porque estaban comiendo un helado. Otros, porque tampoco sabían.

Como todos miraban para arriba, hacia el fondo de mi casa, miré yo también, ¿y qué creen que vi? Vi nada menos que a Dailan Kifki dormido en el tronco alto, réquete alto, de un árbol alto réquete alto. Tan alto que parecía estar plumereando las nubes con sus hojas.

—No puede ser —me dije—, estoy soñando… ¿Cómo ha hecho Dailan Kifki para trepar hasta allí?

—¿No es un verdadero escándalo, señorita? —me comentó una vecina—, ¿dónde se ha visto un elefante arriba de un árbol, eh? ¿Y si se cae? ¿Y si aplasta a alguien? ¡El gobierno no debería permitir que los elefantes se treparan a los árboles!

—Sí, tiene razón, señora —le contesté, sin aclararle que el elefante era mío y se llamaba Dailan Kifki.

Seguí empujando y pidiendo permiso hasta que conseguí entrar en mi casa, que también estaba llena de gente, de vigilantes, bomberos, camarógrafos del cine, perros, gatos, heladeros, globeros y hasta un monja que rezaba para calmar a todos.

Mi mamá me abrazó llorando y me dijo:

—¿Viste qué calamidad? ¡Te dije que te llevaras a ese elefante al Zoológico!

—Pero decime, mamá, ¿de dónde sacó Dailan Kifki ese árbol tan alto?

—¡Ese árbol tan alto es tu famoso poroto! —dijo mamá bañada en llanto.

—¿Mi poroto? ¿Tanto creció? —pregunté alarmada.

Y mi mamá me contó toda la historia.

Cuando sembré el poroto, le encargué a Dailan Kifki que lo cuidara.

Parece que el pobre se quedó dormido… encima del poroto sembrado.

Claro, el poroto empezó a crecer a toda velocidad… Lo que le habrá costado al pobre poroto crecer empujando a un elefante, se imaginan… Lo cierto es que la plantita creció, creció, creció… fue echando ramitas, después ramas, después troncos… y claro, lo hizo upa al pobre Dailan Kifki, que tiene el sueño muy pesado.

Lo cierto es que el poroto se había transformado en un precioso árbol, que acunaba en su copa a un elefante dormido.

Yo hice callar a la multitud, porque tuve miedo de que lo despertaran y se cayera. Y me puse a pensar muy afligida qué se podía hacer para bajarlo.

Mi mamá seguía protestando:

—¿Pero ese elefante no se da cuenta de que necesitamos hachar el árbol para hacer la madera para hacer los muebles?

Yo le pedí que tuviera un poco de paciencia, ya que era imposible hachar el árbol y causarle al pobre inocente de Dailan Kifki un porrazo espantoso.

Se me ocurrieron varias ideas para bajarlo sin peligro.

La primera: pedir un helicóptero que se le acercara despacito… pero en seguida pensé que el ronroneo de la máquina lo iba a sobresaltar.

También pensé pedir la escalera de los bomberos… ¿pero cómo iba a hacer el pobrecito, con sus enormes patotas, para bajar por unos escalones tan flacos?

Imposible.

En eso llegó mi hermano Roberto, miró para arriba y dijo:

—Estamos fritos.

Después se le ocurrió que lo mejor era jabonar el tronco para que Dailan Kifki bajara resbalando, pero a mí no me pareció buena idea.

Entonces mi papá, que es un hombre práctico, sugirió que alguien se trepara al árbol, y que colocara un cable desde la copa hasta la azotea de un rascacielos vecino, que le diéramos una sombrillita a Dailan Kifki y que entonces el elefante caminara como un equilibrista por el cable, hasta llegar sanito y salvo a la azotea del rascacielos.

—Sí, papá, tu proyecto es excelente —le dije—, pero ¿no has pensado en el problema que viene después? Cuando Dailan Kifki haya llegado a la azotea del rascacielos, ¿cómo lo bajamos? No cabe en un ascensor ni sabe bajar escaleras.

A esto papá no supo qué contestar y sólo atinó a rascarse un poquito detrás de la oreja.

Entonces apareció mi tía Clodomira revoleando el paraguas y dijo:

—¿Ven? Yo les dije que ese elefante les iba a traer dolores de cabeza; es un desfachatado. ¿No le da vergüenza al muy grandote estar allí trepado como si fuera un pajarito?

—Tía —le contesté—, no es momento para reproches. Ahora lo urgente es bajarlo del árbol sin que se haga daño.

—¡Pero si eso es sencillísimo! —dijo mi tía.

—¿Te parece, tía? ¿Qué tenemos que hacer?

—Tienen que doblar el tronco, despacito, despacito…

—¿Y si el tronco se quiebra? —le pregunté.

—Pues, eso no se me había ocurrido —contestó mi tía Clodomira. E inmediatamente se olvidó del problema y se puso a dictarle a mamá una

receta de bizcochuelo de corcho con dulce de espinaca.

Entonces, mi hermano Roberto, furioso ya con tanto bochinche, no encontró nada mejor que decir:

—¡A ese elefante yo lo bajo de un hondazo!

Yo casi le pego, pero me contuve de miedo a que el ruido de la cachetada despertara a Dailan Kifki.

A todo esto, volví a mirar para arriba y vi que Dailan Kifki se desperezaba. Se despertó suavemente, como un ángel, mientras todo el mundo lo miraba con la boca abierta, los fotógrafos lo retrataban y los camarógrafos lo filmaban.

Al despertarse parece que se asombró mucho porque miró para abajo extrañadísimo.

Por suerte no se cayó, porque es un elefante inteligente y se dio cuenta de que, por extraño que fuera, se había dormido arriba de un árbol.

Entonces, al verlo bien despierto, aproveché para retarlo.

—Muy lindo, Dailan Kifki —le grité—, muy lindo. ¿Te creés que sos un pajarito, eh?

¿Y saben lo que me contestó el muy sinvergüenza?

Haciéndome burla, con su gran vozarrón, me contestó:

—¡Pi piripíií!

Eso sí que no lo esperaba.



5

BUENO, como les decía, resulta que allí estábamos todos con tortícolis de tanto mirar para arriba durante horas sin que a nadie se le ocurriera un método realmente eficaz para bajar a Dailan Kifki del árbol.

En realidad, ya que a él le gustaba y se sentía pajarito —cosa que mi tía no le perdonaba— podríamos haberlo dejado allí y subirle la comida de alguna manera, pero resulta que era urgente hachar el árbol para sacar madera para hacer los muebles de mi casa, de modo que no había un minuto que perder.

Yo tomé una decisión: ir a buscar al Bombero.

¿Quién se las iba a ingeniar mejor que él para bajarlo del árbol? Nadie.

Lo llamé por teléfono y no había terminado de colgar el tubo, cuando el Bombero ya estaba allí, con su preciosa chaqueta roja, su casco dorado con penacho, su manguera a lunares y su hacha brillante como la Luna.

—¿Qué hacemos, señor Bombero? —le pregunté, afligida. Y el Bombero me contestó muy serio:

—Para cazar un elefante que se siente pajarito, hay un método muy simple que lo haremos de a poquito.

—Muy bien, señor Bombero, dígame cuál es su método. Y el Bombero me habló al oído, muy en secreto.

Cuando me lo explicó bien, casi me desmayo de admiración por ese Bombero tan inteligente.

Me puse mi sombrero de tul con banderitas y salí corriendo a la calle, que seguía llena de gente que mordisqueaba caramelos y pelaba pirulines.

Fui al supermercado. Sí, compré 780 docenas de ovillos de piolín grueso, agujas de colchonero, papel barrilete, engrudo, 678 kilómetros de tul de todos colores, plumas de sombrero, varillas, papel celofán, cintas de seda y un kilo y medio de no sé qué más que no me acuerdo.

Volví con todo a casa, y en el jardín me puse a trabajar con el Bombero, mientras todos nos miraban con asombro y mi hermano Roberto no dejaba de repetir como un loro:

—Estamos fritos, estamos fritos, estamos fritos.

¡Cómo trabajamos con el Bombero!

Durante horas cosimos, pegamos, despegamos, recortamos, zurcimos, anudamos, hicimos y deshicimos, porque al Bombero nunca acababa de parecerle perfecto el trabajo.

Por suerte mamá se conmovió y nos cebó mate.

A cada rato yo levantaba la vista para ver qué tal seguía Dailan Kifki.

—¿Cómo estás, querido? —le grité.

—Pi piripí —me contestó.

Por fin, ya era casi de noche cuando nuestra obra estuvo lista.

Y llegó el momento de decirles qué fue lo que estuvimos haciendo con el Bombero.

Un par de alas.

Un precioso par de alas para que Dailan Kifki pudiera bajar volando y aterrizar en el jardín sanito y salvo.

¿Verdad que era inteligente el Bombero?

Pensar que a nadie se le había ocurrido.


paz
amor
y alegria

Las alas eran muy hermosas. Imagínense. De tul de todos los colores, con plumitas, flecos de celofán, adornos de papel plateado, cintas de seda, y hasta una escarapela que el Bombero le añadió a último momento.

Pero quedaba por hacer lo más difícil: trepar al árbol y ponerle las alas a Dailan Kifki.

Y el Bombero dijo valientemente:

—Ponerle un par de alas a un señor elefante es un asunto simple y nada escalofriante.

Como el Bombero se disponía a trepar al árbol, mi familia vino toda al jardín a despedirlo como si se fuera a la China o a Marte en un cohete.

Mi mamá lo abrazó llorando y le dio un beso con ruido.

Mi papá le palmeó la espalda y le dijo:

—Coraje, amigo.

Mi tía Clodomira a último momento le cosió un botón de la chaqueta, y mi hermano Roberto se limitó a decir:

—Estamos fritos.

Mientras todos lo saludábamos con pañuelos y gritos de entusiasmo, el Bombero empezó a trepar por el árbol, cosa que le resultaba muy difícil ya que iba cargado con las alas, que eran enormes.

Por suerte en ese momento llegó la banda de los *boy scouts* y se pusieron a tocar una marcha que alentaba mucho al Bombero.

En el último tramo, cuando ya parecía que se caía, vencido por el peso de las alas y nervioso porque una mariposa se le había sentado en la nariz, Dailan Kifki lo ayudó, lo agarró con la trompa y lo sentó a su lado en el tronco.

El Bombero se puso de pie, se golpeó el pecho valientemente, aulló como Tarzán y nos hizo una gran reverencia con su casco dorado con penacho.

Lo más difícil ya estaba hecho.



6

AL VERLO en la copa del árbol, mi mamá dijo:

—Qué Bombero tan valiente, te tendrías que casar con él, nena.

Cosa que a mí me dio mucha vergüenza, como se podrán imaginar.

Corrí a buscar mi largavista para poder ver mejor las actividades del Bombero, que estaba tan arriba.

Vi que se había montado sobre la cabeza de Dailan Kifki y le estaba colocando las alas.

Parece que a Dailan Kifki le hacían cosquillas, porque se sacudía muerto de risa. Corcoveaba tanto que tuve miedo de que hiciera caer al Bombero.

Entonces mi familia, como medida de precaución, sacó todos los colchones, las almohadas y los almohadones al jardín y los dispuso alrededor del árbol, para amortiguar algún peligroso porrazo.

—Le debí prestar mi paraguas —dijo mi tía Clodomira.

—¿Para qué, tía, si no llueve? —pregunté yo fastidiada.

—Para usarlo como paracaídas en caso de peligro —respondió mi tía.

Debo decir que las alas le quedaban preciosas a Dailan Kifki.

A la luz de los últimos rayos del sol, no se imaginan cómo brillaban los flecos, las cintas y la escarapela.

Por suerte se levantó un poco de viento, cosa que, además de ayudarlo a volar, le hacía flamear el tul de las alas.



Cuando el Bombero consideró que las alas estaban bien sujetas, nos despidió con el brazo en alto, revoleando su casco con penacho, se acomodó bien sobre la cabeza del elefante, lo taloneó, Dailan Kifki desplegó sus alas y… ¡zummmm! allá se fue volando.

Todos aplaudimos frenéticamente, mientras el Bombero nos decía adiós con la mano y Dailan Kifki, por hacerse el gracioso, daba dos o tres piruetas en el aire.

Estábamos tan entusiasmados con el éxito de la empresa, que al principio no tuvimos en cuenta que la nueva nave espacial, en lugar de bajar al jardín directamente, se iba por el aire, volando, volando cada vez más rápido y más alto…

—¿Pero adónde se van? —pregunté yo, un poco alarmada.

—¿Le recomendaste al Bombero que aterrizara en seguida? —preguntó mi papá.

—No —le contesté—, un Bombero no necesita que le den instrucciones, sabe muy bien cumplir con su deber.

—Y si no vuelve ¿cómo te vas a casar con él? —preguntó mi mamá haciendo pucheros.

—Hay que bajarlos de un hondazo —dijo suavemente mi hermano Roberto, mientras miraba, muerto de envidia, al Bombero astronauta.

Nos quedamos todos idiotizados mirando cómo Dailan Kifki revoloteaba a gran altura sobre nuestra casa.

Parecía que no tenían la menor intención de aterrizar.

Yo debo confesar que me dio envidia, igual que a mi hermano Roberto.

¿Se imaginan qué lindo debe de ser andar por el aire montado en un elefante volador?



—¿Por qué no subiste vos también? —preguntó mi mamá.

—No se me ocurrió —le contesté—, y es una lástima; miren el paseo que me he perdido, a lo mejor consiguen llegar a la Luna y todo…

Entonces mi mamá empezó a hacerle señas al Bombero con un pañuelito, para que bajara, pero el Bombero no entendió, creyó que eran simples saludos y se limitó a retribuirlos con grandes firuletes de su casco dorado.

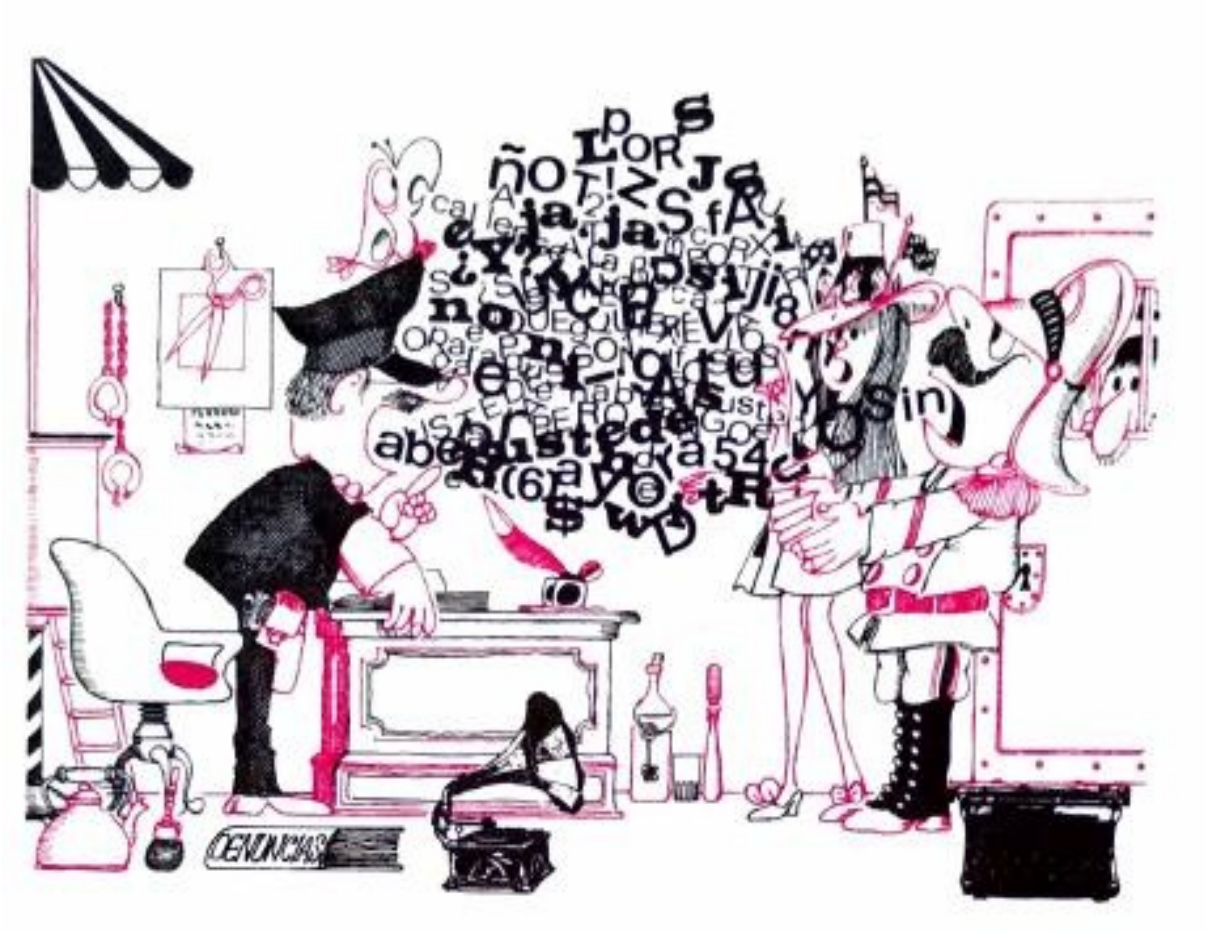
Hizo tantos saludos y reverencias que casi se cae del elefante. Dailan Kifki tuvo que enderezarlo de un trompazo bastante enérgico.

Subieron más y más. Cuando quisimos acordar los habíamos perdido de vista. Ya era de noche.

Mi hermano Roberto dijo:

—Estamos fritos.

Esta vez tuve que reconocer que tenía razón.



7

ESA MISMA noche tuvimos una reunión de familia, todos sentados en el suelo como pieles rojas porque, como ustedes recordarán, nos habíamos quedado sin muebles.

Mi mamá dijo:

—Hay que denunciar la fuga de Dailan Kifki a la policía.

Mi papá dijo:

—No, esto corresponde a la Municipalidad.

Mi tía Clodomira sostuvo:

—No, hay que avisar a los centros de investigación de ovnis.

Y mi hermano Roberto afirmó:

—Estamos fritos.

—Y a todo esto —dije yo haciendo pucheros—, el pobrecito Dailan Kifki anda por el cielo sin tener quién le prepare su sopita de avena.

De pronto sonaron tres fuertes golpes en la puerta de calle:

Toc,
Toc
Y Toc.
Yo salté gritando:
—¡Son ellos que vuelven!
Corrí a abrir la puerta y qué creen que vi.
¿A Dailan?
No.
¿Al Bombero?
No.
Vi a un gran Bombero enorme, con unos bigotes como manubrios de motocicleta, con una chaqueta llena de condecoraciones, medallas, galones, charreteras, cordones y escarapelas.
El Gran Bombero me hizo la venia y se presentó:
—Soy Capitán de los Bomberos,
cataplín cataplín cataplero.
Yo también le hice la venia y, bastante alarmada, le pregunté qué deseaba. Y me contestó solemnemente:
—Se me ha perdido un Bombero
en el fondo del jardín.
—¿Un Bombero…? —dije yo, haciéndome la distraída—. ¿Qué Bombero…?
—Hoy, al tomar el desayuno,
los conté a todos y faltaba uno.
—Ah… sí, señor Capitán —le contesté poniéndome colorada—. Sí, un Bombero estuvo por aquí pero… me parece que salió a dar una Vuelta.
—No, no, yo estoy convencido
que usted lo tiene escondido… —insistió el Capitán.
Yo lo hice pasar para que revisara la casa. Ante la mirada atónita de toda mi familia, el Capitán miró adentro de la heladera, detrás de las macetas y debajo de la alfombra.
Claro, ni rastros del Bombero. Entonces el Capitán me miró arrugando las cejas y dijo:
—Ahora póngase el sombrero
que la llevaré en tranvía
hasta la comisaría
porque me robó un Bombero.
¿Se imaginan qué barbaridad?

¿Presa yo? ¿Ladrona yo?

Quise protestar, pero me miraba tan fijo que me puse el sombrero sin chistar, me despedí de mi familia y salí con el Capitán que, una vez en la calle, me llevó de la manito hasta la parada del ómnibus.

Llegamos por fin a la comisaría y nos atendió un comisario azul que, por suerte, era muy simpático.

Yo temblaba de miedo.

Bueno, el Capitán hizo la denuncia, y señalándome con el dedo le contó al Comisario que yo le había robado un Bombero.

—Pero no es cierto, señor Comisario —protesté yo.

Y nos pusimos a discutir los tres a la vez.

Los cuatro, mejor dicho, porque había alguien más.

Un loro. El loro del Comisario que, para colmo de males, lo único que sabía decir era:

—Estamosfritosestamosfritosestamosfritos.

Como si yo necesitara volver a oír esa frase.

A todo esto el Capitán había sacado un pañuelito de la botamanga y lloraba como un loco por su Bombero perdido.

—Bueno, señorita —me dijo el Comisario—, devuelva el Bombero y aquí no pasó nada.

—Pero si yo no lo tengo, señor Comisario, ¿no le digo que el Bombero se fue a pasear?

—Bueno, entonces dígame a dónde se fue a pasear que yo lo mando a buscar en seguida con mis tres vigilantes.

Y entonces sí que me quedé muda, porque me dio vergüenza confesar que el Bombero se había ido a pasear por el cielo montado en un elefante.

¿Quién me lo iba a creer?

Nadie.

Les dije la verdad, pero ninguno me creyó. El loro tampoco.

Se pusieron a reír.

Pero yo les volví a repetir la historia tan seriamente que acabaron por creerme.

Entonces el Comisario dijo que, como un elefante volador podía representar un serio peligro para la ciudad, teníamos que alertar inmediatamente a la Municipalidad.

Por lo tanto salimos los tres y tomamos el ómnibus rumbo a la Municipalidad. El loro se quedó cuidando la comisaría, a los tres vigilantes y al preso.

Yo estaba muy contenta porque no me habían metido en la cárcel, de modo que por el camino le compré un helado al Capitán y un globo al Comisario.

Llegamos a la Municipalidad y nos atendió el secretario del secretario del secretario del secretario del Intendente.

Y muchas horas después nos recibió el Intendente en persona, que vestía una preciosa levita verde, una galera de cartón y un enorme reloj de latita sobre la barriga.

Nos atendió con mucha amabilidad y nos hizo sentar en tres sillitas de oro.

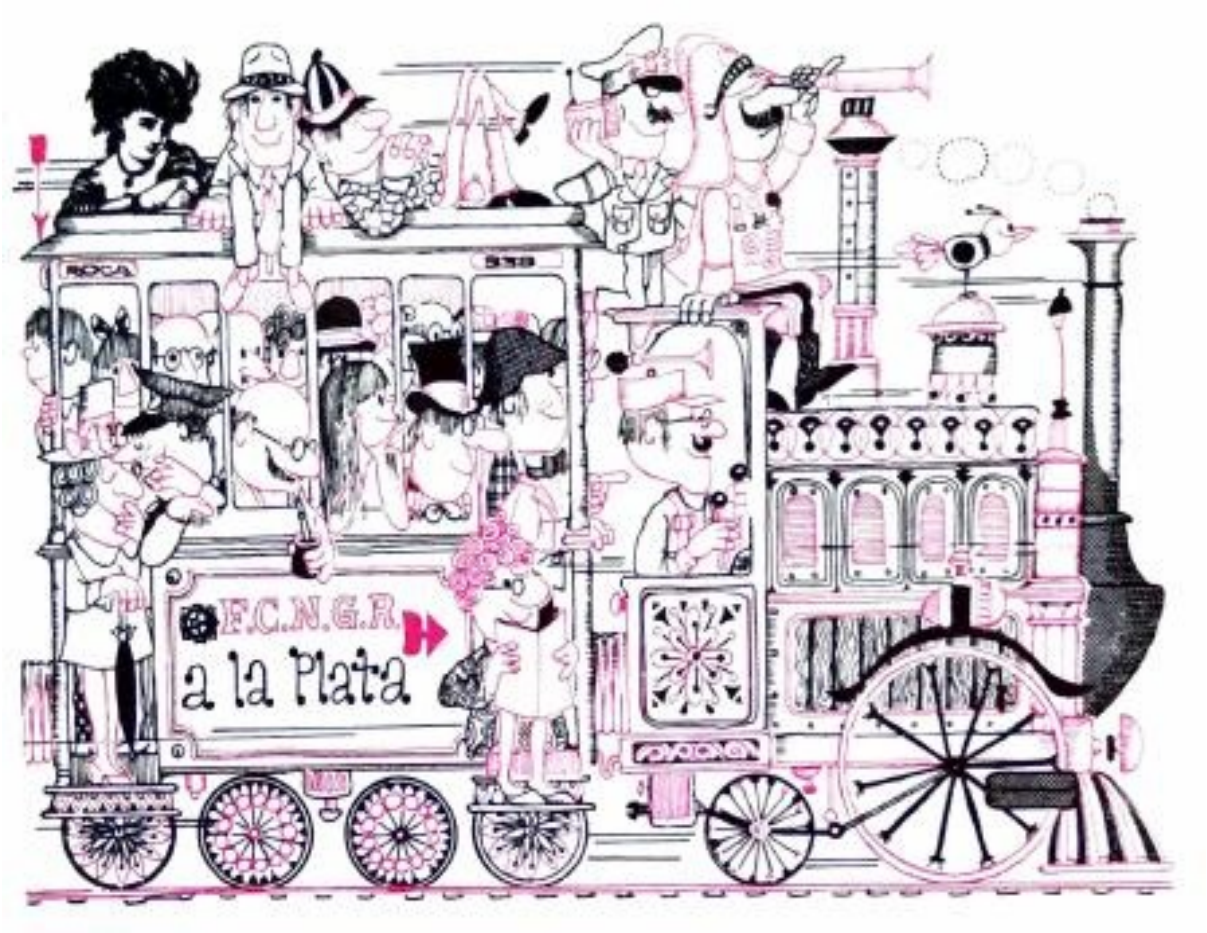
Le contamos toda la historia y el Intendente se mostró muy sorprendido y afligido. En seguida hizo traer un enorme plano de la CIUDAD DE BUENOS AIRES y me dijo que marcara con el dedo el lugar aproximado donde podían sobrevolar en ese momento Dailan Kifki y el Bombero.

—No sé, señor Intendente —le contesté—, por aquí… o a lo mejor más allá.

Y saqué el dedo del mapa y me limité a señalar el cielo.

—Ajá… —dijo el Intendente, pensativo—. Si usted cree que siguen por el cielo y que no han descendido en ninguna calle, parque, plazoleta, paseo público, edificio o avenida de Buenos Aires, vamos a tener que dirigirnos a la Secretaría de Aeronáutica, porque el problema no lo puede solucionar la Municipalidad.

Y así fue como salimos todos: el Capitán, el Comisario, el Intendente y yo, a tomar el ómnibus para la Secretaría de Aeronáutica.



8

LEGAMOS a la Secretaría de Aeronáutica y nos recibió el Chiquitisecretario.

Tuve que volver a contarle toda la historia: que se me había volado mi elefante Dailan Kifki con el Bombero de jinete.

El Chiquitisecretario oyó la historia muy asombrado y dijo que era la primera vez que se realizaba una hazaña semejante en el país; me felicitó por tener un elefante tan inteligente, felicitó al Capitán por tener un Bombero tan valiente, y no tuvo más remedio que felicitar al Comisario por tener un loro tan verde. Sí, porque el Comisario ya estaba a punto de hacer pucheros porque no lo felicitaban a él también.

El Chiquitisecretario dijo que los viajeros eran un orgullo para la Patria y le aconsejó al Intendente que le pusiera el nombre de Dailan Kifki a alguna esquina, plazoleta, paseo público o vereda de Buenos Aires.

—Bueno —dijo el Chiquitisecretario—, yo no tengo inconveniente en poner a disposición de ustedes un helicóptero para que recorran el cielo en busca de los viajeros prófugos, pero como es posible que hayan atravesado ya las fronteras del país y estén volando por el cielo de Chile o de otra república hermana, sería conveniente alertar a las embajadas de los países limítrofes.

Resumiendo: a los cinco minutos ya estábamos todos viajando en ómnibus rumbo a las embajadas de Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Brasil y, por si acaso, Perú.

Los Embajadores se mostraron muy interesados en el caso y dijeron que si Dailan Kifki y su piloto eran encontrados por casualidad sobrevolando el cielo de sus respectivos países, serían devueltos a la Argentina con todos los honores posibles y sin pagar derechos de aduana.

—¡Un momentito, pues! —dijo uno de los embajadores—, se nos olvida algo muy importante.

—¿De qué nos olvidamos, señor Embajador? —pregunté yo un poco alarmada.

—¿Y si están volando sobre el mar, eh? ¿Y si se caen al agua?

Tenía toda la razón del mundo. Existía la posibilidad de que Dailan Kifki y el Bombero se cayeran al agua sin traje de baño ni salvavidas.

—Es cierto —dijo el Chiquitisecretario de Aeronáutica—. ¿Cómo no se nos había ocurrido? Tenemos que tomar el ómnibus inmediatamente rumbo al Ministerio de Marina y pedir barcos de salvamento.

Y allá nos fuimos todos en comitiva oficial.

Abría la marcha el Capitán de los Bomberos revoleando su hacha, y con la manguera enrollada en el cuerpo como una serpiente.

Detrás iba el Chiquitisecretario de Aeronáutica con los brazos abiertos como si fuera un avión, y haciendo ruido de motor con la boca.

Los seguía el Intendente revoleando las Llaves de Buenos Aires.

Y detrás iban en este orden, si no me equivoco:

El Embajador de Brasil tocando las maracas y bailando el samba.

El Embajador de Bolivia bailando el carnavalito.

El Embajador de Uruguay bailando el candombe.

El Embajador de Paraguay chupando una naranja y bailando la polca.

El Embajador de Chile zapateando una cueca.

El Embajador del Perú cantando un huaynito a grito pelado.

Y al final yo, muerta de vergüenza de pensar que un simple elefante pudiera causar tanto escándalo por la calle.

Llegamos al Ministerio de Marina y nos atendió un Almirante Barriga Picante, todo de blanco, que parecía recién bañado en leche, tiza y almidón.

Le contamos el caso y nos escuchó con mucha atención mientras fumaba su pipa y nos llenaba de pompas de jabón.

El Almirante llamó por muchos teléfonos, se rascó una oreja y, por fin, poniéndose de pie sobre el escritorio, pronunció el siguiente discurso:

> *«Señores Embajadores y otras personalidades aquí presentes: Este Ministerio no tiene inconveniente en poner a disposición de ustedes varias unidades de la Marina de guerra para que colaboren en un eventual rescate de los viajeros, pero… dado que los susodichos viajeros pueden haberse embarcado en un viaje de tipo espacial, les recomiendo primeramente localizarlos desde el Observatorio Astronómico de La Plata».*

Yo me caí sentada de la desesperación, pero debí reconocer que el Almirante tenía razón.

Había que mirar todo el cielo con telescopio y tratar de localizar a los viajeros antes de seguir adelante con los trámites.

El Almirante se ofreció muy amablemente a acompañarnos hasta la ciudad de La Plata, y esta vez él encabezó la comitiva.

Salimos todos marchando por el centro, y llamamos tanto la atención que se nos unió mucha gente, de modo que cuando llegamos a Constitución parecíamos la multitud que sale los domingos de la cancha de Boca.

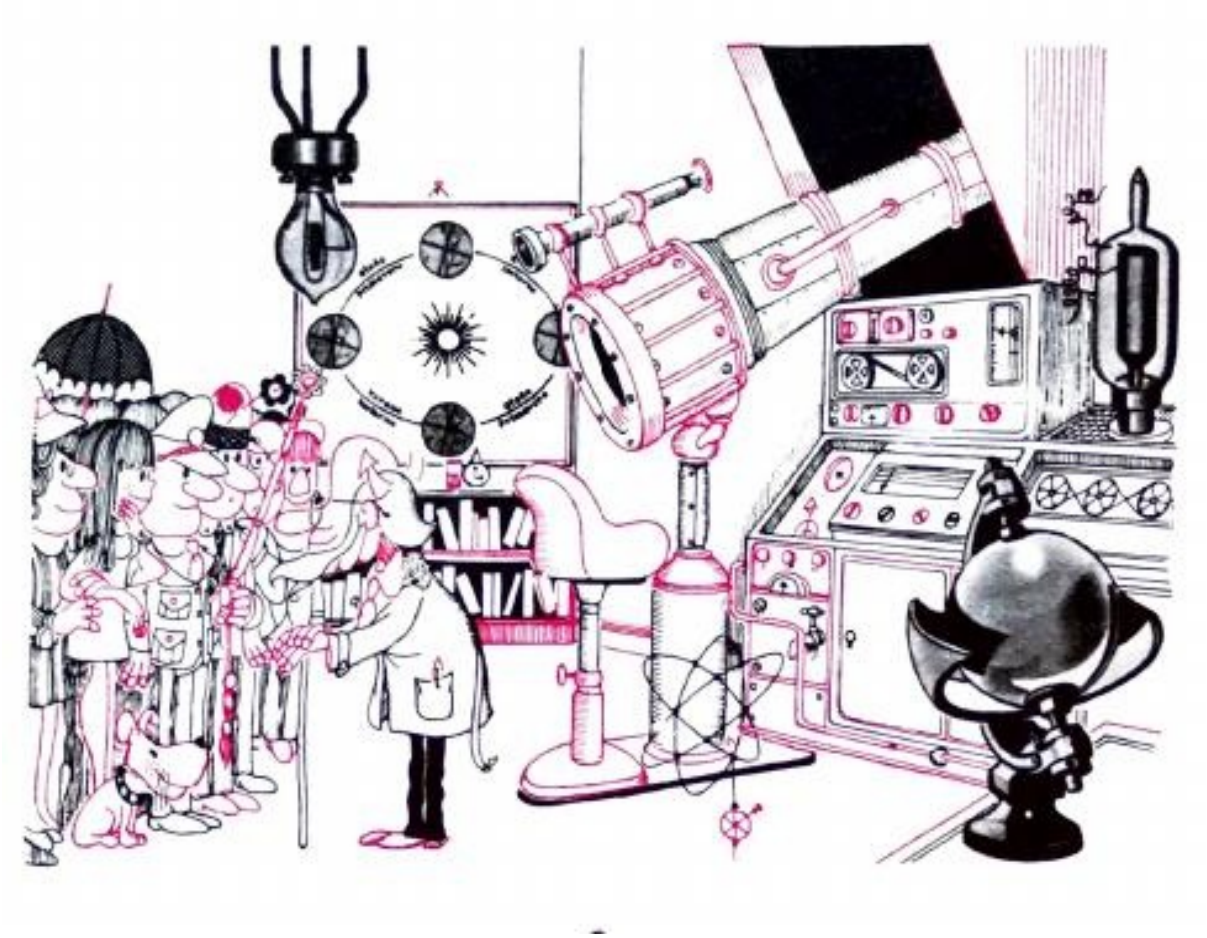
El Comisario, a fuerza de silbato, palo y guantes blancos, consiguió alejar a los curiosos, y por fin subimos al tren.

Ya iba a arrancar, cuando el Capitán nos contó a todos y comprobó que faltaba uno.

Faltaba nada menos que el Chiquitisecretario de Aeronáutica que, como era muy bajito, se había extraviado en la multitud.

Fue corriendo a buscarlo y lo trajo de una oreja. Subieron cuando el tren ya estaba en marcha.

Pero esto no era más que el comienzo de nuestras contrariedades.



9

LEGAMOS por fin a La Plata y, después de tomar un buen chocolate con pan con manteca y azúcar para reponer fuerzas, fuimos derechito al Observatorio Astronómico.

Nos atendió un viejito muy simpático. Nos dimos cuenta de que era el Director porque tenía las solapas llenas de polvito de estrellas y un cachito de cola de cometa enredado en la peluca.

Como era un poco sordo tardó tres horas en entender que lo que queríamos era mirar por el telescopio a un elefante volador con un Bombero arriba.

Cuando por fin entendió, se desmayó. Lo reanimamos con un té de peperina y una galletita.

Ya más tranquilo, el viejito dijo:

—Como nave espacial, un ovni, me parece sumamente extraño, pero, ya que ustedes son personas tan importantes, pueden mirar por el telescopio todo lo que se les antoje.

Y miramos. Uno por uno. Por riguroso tumo.

¿Qué fue lo que vimos?

Lo primero que vi fue una estrella muy sentada en una sillita de paja. Después vi otra estrella más grande con un moño en el medio. Después miré la Luna, me fijé muy bien si Dailan ya andaba por los cráteres.

De pronto grité:

—¡Allí están, los vi, son ellos, están paseando por la Luna!

Todos se abalanzaron sobre el telescopio, pero el Director los apartó y miró él atentamente, y después me dijo:

—No, señorita, lamento decirle que eso que se ve no es un elefante paseando por la Luna, sino una mosca paseando por la lente del telescopio.

No quise mirar más, tan grande fue mi desilusión.

El viejito Director del Observatorio volvió a mirar bien varios telescopios, y al final dijo:

—No veo rastros del elefante astronauta, pero les aconsejaría una cosa, como última esperanza.

—¿Qué cosa, señor Director? —le pregunté.

Y el Director respondió sabiamente:

—Es posible que tarde o temprano las alas de Dailan Kifki se enreden en la cola de algún barrilete.

—¿Y en ese caso qué podemos hacer, señor Director? —preguntamos todos.

Y el Director nos contestó sabiamente:

—Me ofrezco a acompañarlos al Sindicato de Remontadores de Barriletes de la República Argentina.

Todos nos quedamos con la boca abierta ante la enorme sabiduría del Director y, sin perder tiempo, fuimos a la estación a tomar el tren de vuelta para la Capital.

Pensábamos ir directamente a Ituzaingó, donde funciona el Sindicato, pero ya era muy tarde.

El Capitán decidió que teníamos que esperar hasta la mañana siguiente, pues a nadie se le ocurre remontar barriletes de noche, como todo el mundo sabe.

Yo pensaba: «¿Qué hago con todas estas personas importantes que han sido tan atentas conmigo? No las puedo dejar tiradas por ahí toda la noche».

El Almirante sugirió que fuéramos a su barco a hacer maniobras.

El Chiquitisecretario estaba empeñado en que fuéramos a dar una vuelta en su avión.

El Capitán quería acampar en la Plaza Constitución y hacer un buen fueguito para pasar la noche a la intemperie.

Entonces yo decidí invitarlos a todos a mi casa.

Era lo menos que podía hacer.



10

AL COMO les decía, tomamos todos el subterráneo y nos fuimos a mi casa.

Se imaginan la sorpresa de mi familia, cuando me vieron aparecer tantas horas después y acompañada por tantos personajes importantes.

Mi tía Clodomira les dio la mano a todos y al rato volvió a darles la mano a todos, repitiendo encantada:

—Muchogustomuchogustomuchogusto.

Mi hermano Roberto dijo:

—Estamos fritos.

Papá los invitó a sentarse en el aire y corrió a la cocina a cebar mate para las visitas.

Mi mamá me llevó a un rincón para hablarme en secreto:

—Nena —me dijo—, tenemos que dar una fiesta, ya que trajiste a personas tan jacarandosas.

—Pero mamá —le contesté—, ¿cómo vamos a dar una fiesta si estamos todos tan tristes?

—¿Tristes por qué? —preguntó mi mamá, que está siempre en la Luna.

—¿Cómo por qué? —¿No ves que no hemos podido encontrar a Dailan Kifki ni al Bombero?

—¿No ves que no hay rastros de ellos ni por el espacio ni por las nubes ni por la Luna ni por las estrellas? ¿No ves que en cuanto amanezca tenemos que volver a salir todos de expedición?

—No importa, ya aparecerán —me contestó mi mamá—. Ya aparecerá el Bombero y podrás casarte con él, pero mientras tanto vamos a dar una fiestita.

Y me llevó a la cocina a preparar bocadillos.

En mi casa no había comestibles suficientes para tanta gente, de modo que tuvimos que utilizar un poco del aserrín que había sobrado de la cataplasma de Dailan Kifki y cortar algunas hojitas de helecho y malvón para comer con pan.

Servimos los bocadillos, mientras mi tía Clodomira encendía las luces y ponía en marcha el tocadiscos.

Era necesario que los invitados bailaran y se distrajeran para disimular la falta de muebles.

En fin, comimos bocadillos de malvón, tomamos mate, naranjín y agua fresca y bailamos toda la noche.

Debo decir que, como la noche era larga, en un momento dado se acabó la yerba y el naranjín, de modo que mi mamá me mandó a preparar un poco de agua de la canilla con acuarela. Realmente parecía naranjada, aunque el gusto no era muy rico que digamos.

En lo mejor del baile la vi a mi tía Clodomira charlando en un rincón muy entusiasmada con el Comisario, de modo que no me extrañaría que mañana o pasado se pusieran de novios.

La fiesta estuvo muy animada, con gran escándalo de los vecinos, que se aparecieron todos en camisón, gorro de dormir y vela en la mano, diciendo a coro:

—¡Pseccchhhttt!

Pero cuando se enteraron de que, en realidad, no era una fiesta sino un alto en medio de una peligrosa expedición de rescate de Dailan Kifki, decidieron quedarse y luego acompañarnos.

¡Como si fuéramos pocos!



Ya estaba amaneciendo cuando el Comisario se paró en medio de la sala, abrió los brazos terminados en guantes blancos y sopló estruendosamente su silbato.

Todos supusimos que, simplemente, quería dirigir el baile para que no nos empujáramos.

Pero no.

—¡Alto! —gritó—. Ya es hora de que nos aprontemos para viajar a Ituzaingó y hacer los trámites correspondientes ante el Sindicato de Remontadores de Barriletes.

—Vamos todos —dijo mamá.

—Pero no, mamá —protesté—, ya somos demasiados.

—De ninguna manera —contestó mi mamá—. Vamos todos o ninguno.

—Sí, sí, vamos —dijo mi papá.

Y mi hermano Roberto añadió:

—Estamos fritos.

La que más insistió en pegarse a la comitiva fue mi tía Clodomira, que se prendió bien fuerte del brazo del Comisario.

En fin, vi que no había manera de disuadirlos, porque son todos muy cabezas duras.

Mi mamá acomodó en una canasta las migas que habían sobrado de los bocadillos de aserrín y malvón, y se puso el sombrero.

Mi papá se puso las botas de goma y el ponchito.

Mi hermano Roberto se puso su estrella de *sheriff*.

Y salimos todos de la mano a tomar el ómnibus para Plaza Once.

Teníamos mucho sueño y estábamos cansadísimos de tanto bailar, de modo que parecíamos borrachos, les aseguro.

En el ómnibus nos quedamos todos dormidos. ¡No se imaginan cómo roncaba el Intendente, y cómo se le ladeó el sombrero a mi tía Clodomira! El conductor tuvo que despertarnos gritando:

—¡Plaza Onceeee!

El Chiquitisecretario se había quedado dormido en los brazos de mi mamá.

Bajamos todos muertos de vergüenza y fuimos corriendo a tomar el tren para Ituzaingó.



11



LARO, en el tren también nos quedamos dormidos, y cuando me desperté, de repente, vi que estaba detenido en Moreno, la estación terminal.

Con mucho trabajo desperté a todo el mundo, sacudiéndolos y gritándoles en la oreja, y con más trabajo todavía los hice bajar y esperar otro tren que nos llevara de vuelta a Ituzaingó.

En el viaje de Moreno a Ituzaingó yo me puse los dedos así, en los ojos, para mantenerlos bien abiertos, porque era necesario que alguien se mantuviera despierto para que no volviéramos todos de nuevo a Plaza Once, y de allí a Moreno, y de allí a Plaza Once, y así sucesivamente.

Una vez en la estación de Ituzaingó, el Capitán de los Bomberos nos puso a todos en fila, nos contó y, enchufando su manguera en una canilla, nos dio una buena ducha para que acabáramos de despertarnos.

Pensábamos dirigirnos directamente y sin más trámite al Sindicato de Remontadores de Barriletes, cuando mi mamá gritó:

—¡Un momentito, señores!

—¿Qué pasa, mamá? —pregunté alarmada.

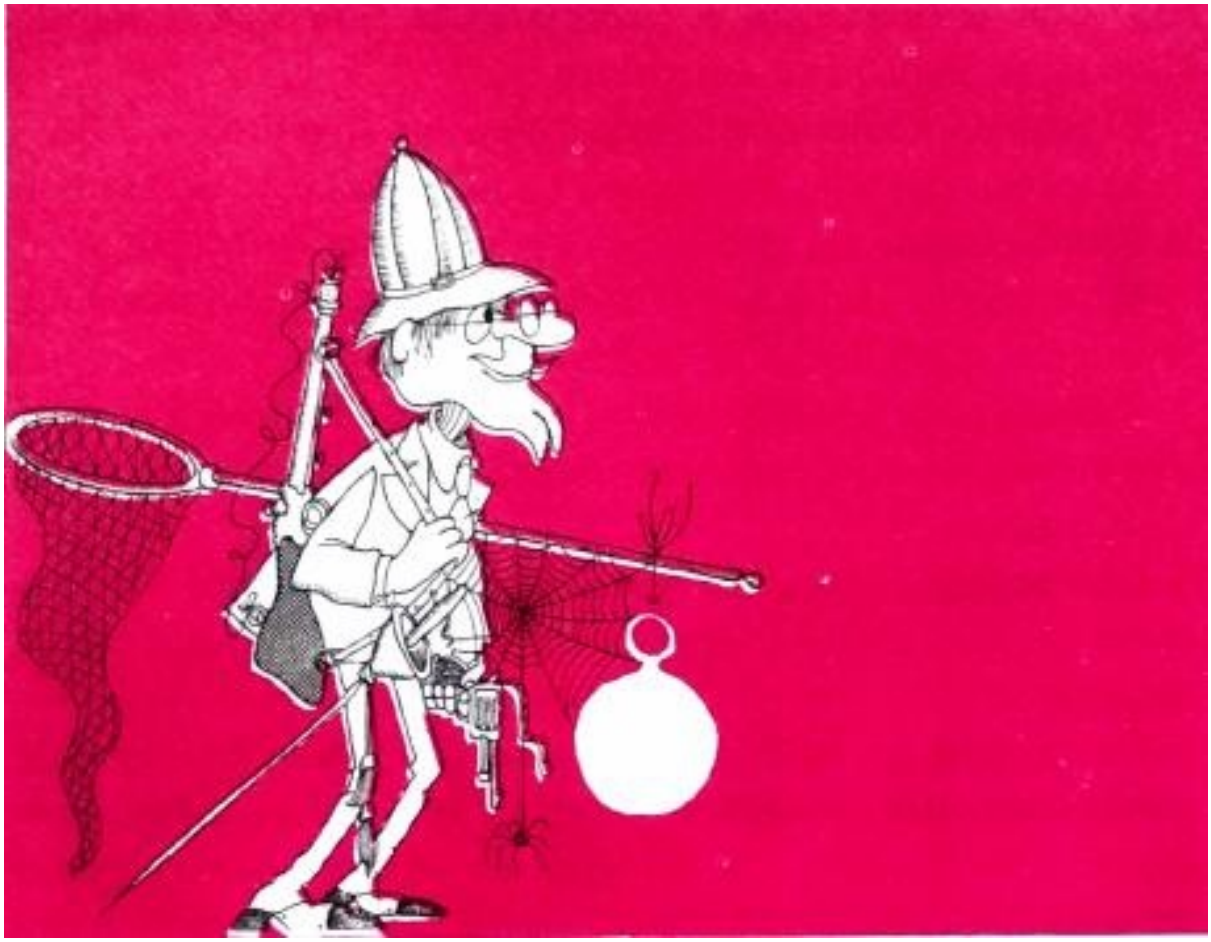
—Ahora que me acuerdo —me contestó mi mamá—, aquí en Ituzaingó vive tu Abuelo, es decir, mi papá, de modo que vamos a buscarlo para que nos acompañe en la expedición.

—Pero no, mamá —le contesté—, ya somos demasiados, dejalo en paz al Abuelo.

Pero mi mamá dijo:

—No, no y no.

De modo que no tuvimos más remedio que encaminarnos todos de la manito rumbo a la quinta del Abuelo, que quedaba a treinta y cinco cuadras de la estación.



12



LARO, ustedes no saben cómo es mi Abuelo. Es un viejito de barba y lentes, muy sabio y estudioso, pero terriblemente cascarrabias. Yo estaba un poco distanciada de él porque quería seguir mandándome a la escuela. La verdad es que él quiere mandar a la escuela a todo el mundo.

Por eso, en la estación de Ituzaingó, traté de convencer a mi mamá para que no lo fuéramos a buscar.

A todo esto, la gente que esperaba el tren se puso a mirarnos como bichos raros. Cuando partimos rumbo a la quinta del Abuelo se nos pegaron tres vendedores de diarios, dos vigilantes, cuatro linyeras, un barquillero y cuatro monaguillos escapados de la iglesia.

Llegamos por fin a la quinta del Abuelo, bastante embarrados, rasguñados por las ortigas y picados por mosquitos, porque la quinta queda por donde el

diablo perdió el poncho. Con decirles que el Comisario la hizo upa a mi tía Clodomira para pasar un charco…

El Abuelo estaba durmiendo como un angelito.

Tratamos de despertarlo pero no había caso: se tapaba con la almohada y se encasquetaba el gorro hasta las orejas.

Mi mamá lo alzó y lo vistió, y el Abuelo, medio dormido, rezongaba y pataleaba de lo lindo.

Cuando estuvo vestido y con la cara lavada, preguntó qué significaba ese atropello, que no era día de clase y que patatín y patatán.

Le explicamos que íbamos a buscarlo para que formara parte de una gloriosa expedición y entonces el Abuelo se entusiasmó.

Fue a abrir un baúl lleno de telarañas y sacó un casco de explorador, una escopeta de corchito, una red de cazar mariposas, una brújula, un revólver de cebita y un espadín de lata.

Así equipado, y cuando parecía que ya estaba convencido, el Abuelo, que es un caprichoso de mil demonios, se sentó en el suelo y dijo:

—No, no voy nada, no quiero.

Entonces, para convencerlo, le dije:

—Abuelo, tiene que venir para decir el discurso oficial cuando encontremos a Dailan Kifki.

Como a él le encantan los discursos, los guardapolvos, los pizarrones, los herbarios y todas esas cosas, aceptó entusiasmado, siempre y cuando cantáramos la Marcha de San Lorenzo. Cosa que hicimos de bastante mala gana, ya que estábamos afónicos de tanta charla, baile, trámite, viaje en ómnibus, viaje en tren, discusiones, etcétera.

En fin, con el Abuelo a la cabeza y cantando la Marcha de San Lorenzo, atravesamos charcos, cunetas, alambrados y pantanos hasta llegar a un rancho en pleno descampado, donde había un cartel lleno de faltas de ortografía que decía:

«SINDICATO DE REMONTADORES
DE BARRILETES»

¡Por fin!



13

GOLPEAMOS las manos a la puerta del Sindicato y apareció un chico pecoso y atorrante que sin duda no se había lavado la cara en toda su vida. Las rodillas, mejor no hablemos.

El Abuelo lo miró de arriba abajo y así nomas le endilgó un reto terrible y lo agarró de una oreja para ponerlo en penitencia contra la pared. ¡Pero Abuelo —le dije— no se pelee con la gente del Sindicato porque después no van a querer ayudarnos a pescar a Dailan Kifki y al Bombero!

Pero no hubo caso.

El Abuelo siguió retando y amenazando al pobre chico, que nos miraba a todos asombradísimo, como si fuéramos las fieras de un circo o una colección de bichos de museo.

Entonces yo aparté suavemente al Abuelo y le dije sonriendo al chico del Sindicato:

—Buenos días, nene…

—¡Qué es eso de nene! —me contestó—. Más respeto, que yo soy el Secretario del Sindicato de Remontadores de Barriletes, ojo.

—Bueno —le contesté, alarmada por su desfachatez y su falta de educación—, señor Secretario, venimos a pedirles que nos hagan un gran favor.

—¡Que te laves la cara y aprendas ortografía! —Rugió el Abuelo.

Y el Comisario tuvo que hacerlo callar revoleando su palo y soplando su silbato largamente.

—¿Qué diablos quieren a esta hora? —preguntó groseramente el Secretario del Sindicato, que espero no sea amigo de ustedes.

Entonces yo le conté toda la historia: que se me había volado mi elefante Dailan Kifki con un Bombero de jinete, y que queríamos saber si no se habría enredado en la cola de algún barrilete.

—Doliaaaa —fue todo lo que dijo el chico, con la boca abierta y llevándose un dedo a la sien como si yo estuviera chiflada.

—Pero es cierto —protesté—. ¿Cómo creés que vendrían hasta aquí personas tan importantes, muertas de sueño y picadas por mosquitos, si no se tratara de una desgracia realmente catastrófica y horripilante?

Pero el muy mal educado contestó, ya dispuesto a cerrarnos la puerta en las narices:

—Tanto lío por un elefante de mala muerte.

—Es un asunto muy grave le dije, ya a punto de hacer pucheros.

—¡Y a mí qué me importa! —me contestó, cosa que a mi hermano Roberto le dio ganas de darle una buena cachetada, pero no se la dio simplemente porque tenía una medialuna en cada mano.

Entonces el Capitán de los Bomberos, furioso ante tanta insolencia, se armó de toda su autoridad y le dijo:

—O colaboras con nosotros o marchas preso, virueso de pico pico tueso.

—Eso, eso —corearon los Embajadores.

Asustado, el chico respondió:

—Bueno, ¿qué quieren que haga?

—Primero —dijo el Comisario—, informarnos si en los últimos barriletes remontados no se ha enredado ningún elefante ni ningún Bombero.

—¿Pero ustedes están chiflados? —preguntó el chico—. ¿Dónde han visto elefantes voladores?

—En ninguna parte —contesté yo—, pero sucede que Dailan Kifki no es un elefante como los demás, y no podemos permitir que siga perdido por el

cielo sin tener quién le prepare su sopita de avena.

Y ahí nomás me puse a llorar sobre el hombro de mi tía Clodomira, que tuvo que abrir el paraguas.

El Capitán volvió a ponerse autoritario y dijo:

—Hay que remontar barriletes urgentemente hasta conseguir que nuestros astronautas sean rescatados del cielo de la Patria.

—Bueno, está bien —dijo el Secretario resignado. Y salió corriendo y silbando con los dedos en la boca para reclutar a sus compañeros del Sindicato.

Todos nos sentamos en el pastito a esperar pacientemente que volviera.







14



RONTO aparecieron montones de chicos, a cuál más sucio y desharrapado, arrastrando montones de lujosos barriletes.

Todos aplaudimos y dijimos: «¡Ooooh!» ante la belleza de los barriletes. Todos menos el Abuelo, que protestó:

—Muy bonito, remontar barriletes en vez de repasar las tablas.

Cuando estuvo la pandilla completa, el Secretario del Sindicato nos hizo formar fila y, marcando el paso, fuimos todos hasta un potrero vecino a remontar los famosos barriletes.

A todo esto, en Ituzaingó se había corrido la voz de que un montón de personas importantes estaba por pescar un elefante por el cielo, de modo que empezó a caer una cantidad enorme de curiosos. En las escuelas decretaron feriado, y aparecieron varias maestras y directoras con sus alumnos. También llegó el cura enojadísimo a buscar a sus monaguillos. También llegaron

chicos en bicicleta, lecheros en carrito, señores en auto, un perro con dos colas, paisanos a caballo y varias ovejas a pie.

De pronto oímos una música preciosa. Naturalmente, era la banda de los *boy scouts*. Se oyó una salva de cañonazos, y todos nos pusimos a remontar barriletes.

Estábamos tan contentos que por un instante nos olvidamos de que nuestro objetivo era pescar a Dailan Kifki y al Bombero que naufragaban por el aire.

Había mucho sol y un buen vientito.

Había maniseros, barquilleros y heladeros.

En fin, no faltaba nada.

El Abuelo se arrinconó enfurruñado contra un alambrado, protestando, pero cuando nadie lo miraba él también se puso a remontar un barrilete.

Con tal mala suerte, que el barrilete lo arrastró y lo hizo upa y se lo llevó por el aire.

—¡Zápate! —dije yo.

—Estamos fritos —dijo mi hermano Roberto.

—A ver si se nos vuela el Abuelo y tenemos que pescarlo a él también —dijo mi papá.

Por suerte se enganchó en un eucaliptus y el Capitán, con su escalera, subió a rescatarlo.

En cuanto el Abuelo volvió a tierra, empezó a darnos clase sobre Cómo-Remontar-Un-Barrilete.

En fin, seguimos trabajando toda la mañana, y ya nos íbamos a dar por vencidos, porque no había rastros de Dailan Kifki por el cielo, cuando el Capitán decidió treparse a un árbol muy alto y mirar desde allí con un largavista para ver si los divisaba detrás de una nube o sentados en el sol muertos de calor. Ya estábamos perdiendo la esperanza de recuperar a los astronautas, cuando el Capitán gritó:

—¡Aaaaaallll… to! ¡Allá van! ¡A remontar barriletes en seguida! ¡Un… Dos!

Salimos todos como un rayo, y con el apuro se nos enredaron los piolines y algunos nos dimos un buen porrazo.

Y entonces fue cuando los vi.

Allá… muy arriba, muy lejos entre las nubecitas… Allá pasaban volando Dailan Kifki y el Bombero.



15

ARMAMOS tal escándalo al divisar a Dailan Kifki, que el jefe del correo de Ituzaingó vino corriendo, furioso, porque se le habían despegado todas las estampillas.

La multitud de curiosos aumentaba. Algunos chillaban, otros hacían apuestas.

—Te apuesto tres chocolatines a que no lo pescan —decía uno.

—Yo te apuesto tres caramelos a que sí lo pescan —decía otro.

—¡Más arriba, Dailan Kifki, no te dejes pescar! —gritaba uno.

—¡Duro con los barriletes, no lo dejen escapar! —gritaba otro.

Y el Abuelo, por más que quería mantener la disciplina con una varita en alto, no conseguía hacerlos callar.

Yo tenía miedo de que el ruido espantara a Dailan Kifki.

Ya teníamos los brazos doloridos y bastante tortícolis de tanto remontar barriletes, pero el elefante seguía revoloteando como una mariposa gorda, haciéndose el gracioso, dando volteretas siempre un poquito más alto que los barriletes, de modo que no había caso.

—¡Dailan Kifki! —le grité—, ¿por qué no volás un poquito más bajo, tesoro?

Y él, nada.

El Chiquitisecretario de Aeronáutica empezó a gritarle instrucciones al Bombero:

—¡Señor Bombero, descienda, pare los motores, vire a la derecha, planee hacia el Sudoeste aunque sea celeste y le moleste!

Pero el Bombero, nada.

Unos muchachones se treparon a un eucaliptus y empezaron a tirarles piedras. Muchos tuvimos que abandonar los barriletes para ir a contener a esos desalmados. El Abuelo se trepó al árbol y empezó a correrlos por las ramas. Parecían monos.

Pero lo peor de todo fue que los Embajadores empezaron a pelearse. Y mi mamá no tuvo nada mejor que hacer que acercárseme y decirme al oído:

—Nena, espero que en cuanto baje el Bombero te cases con él, ¿no?

—Pero mamá —le contesté indignada—. ¿Te creés que lo estoy pescando nada más que para casarme con él?

—¿Por qué no? Es muy buen mozo y valiente —insistió mi mamá.

—Basta, mamá —le dije—, no tengo ganas de casarme sino de recuperar a Dailan Kifki.

—¡Pero no pensarás casarte con un elefante! —contestó mamá—; eso sí que no lo voy a permitir. ¿Qué dirían los vecinos? ¿Qué diría la tía Clodomira? Y sobre todo qué diría el Abuelo, porque seguro que ese elefante no sabe leer ni escribir.

—Basta, mamá —le dije con impaciencia—, no sigas que estoy ocupada.

Entonces mi mamá se alejó lloriqueando y quejándose a gritos de modo que todo el mundo la oyó:

—¡Ayayayay… qué desgracia! ¡Mi hija quiere casarse con un elefante!

No pueden imaginarse el revuelo que se armó entre el público.

En seguida se pusieron a hacer apuestas:

—Que se casa, que no se casa, que sí que no, que no que sí.

Y mi mamá, que no había entendido nada, se fue a buscar al Abuelo para que me convenciera.

—¿Dónde se ha visto? —me retó el Abuelo—. ¿Dónde se ha visto una señorita casada con un elefante ignorante, eh?

—Pero Abuelo —le dije—, ¿cómo se te ocurre que me quiero casar con un elefante? Mamá entendió mal, yo no dije eso…

—Si ella lo dice, por algo será —contestó mi Abuelo. Y agregó—: Desde ya te advierto que no apruebo ese casamiento; tú tienes que casarte con un maestro diplomado, o mejor, con un profesor.

—Bueno, sí, Abuelo, está bien, pero ahora dejame en paz que mi barrilete está coleando y Dailan Kifki se nos va a escapar.

Claro que a todo esto el rumor se había propagado y llegaron los periodistas, el noticiero de la TV y los fotógrafos. Se me acercaron todos con sus cámaras y papelitos y lápices en la mano a hacerme preguntas:

—¿Es cierto, señorita, que usted está pescando al elefante para casarse con él?

—¡Pero no, eso es un disparate! —decía yo desesperada.

Y ellos, que con el bochinche no oían bien, escribían chocolate en vez de disparate.

—¡Noticia bomba! —gritaba otro—. ¡Por primera vez en la historia, una señorita quiere casarse con un elefante!

—¿El novio se va a poner galera para el casamiento? —preguntó uno.

—¿Van a pasar la luna de miel en el Zoológico?

Entonces, por suerte, mi tía Clodomira se puso a espantarlos a paraguazos diciendo:

—No, señor, no, señor, nosotros no aprobamos ese casamiento, de ninguna manera.

Yo me alejé, indignada y aburrida con todo ese escándalo y seguí remontando mi barrilete.

Dailan Kifki seguía flotando en el cielo sin dar la menor señal de cansancio. Pero yo me fijé bien y vi que tenía las alas a la miseria: se le habían desatado los moños, los flecos de papel plateado estaban bastante rotosos, los tules apolillados, la escarapela desprendida, y pensé que no iba a poder seguir volando mucho tiempo más en esas condiciones.

Mi hermano Roberto lo miraba meneando la cabeza y repetía:

—Estamos fritos.

Mi tía Clodomira lo amenazaba con el paraguas.

Mi papá le hacía señas con la pipa como indicándole la manera de aterrizar.

Y en ese momento sucedió una gran desgracia colectiva.



16

UNA gran desgracia, sí.

Varias personas, entre ellas el Abuelo y los Embajadores, quisieron sentarse un ratito en el pasto a descansar y… tuvieron que sentarse con el brazo para arriba.

Se les había quedado duro de tanto remontar barriletes, y no podían bajarlo.

Yo traté de poner en su lugar el brazo del Abuelo, pero lo tenía como petrificado.

—¡Qué barbaridad! —me dijo el Abuelo—, parece que estoy pidiendo permiso para pasar al frente todo el tiempo.

Por suerte, en ese mismo momento se oyó una sirena, bocinazos y una ruidosa frenada.

Era la ambulancia.

Bajaron cinco doctores y tres dentistas preciosos, blancos, almidonados y con claveles en las orejas. Traían serruchitos, destornilladores, frascos, tijeras, vendas, martillos y gomas de borrar.

En seguida se dedicaron a los enfermos, y a fuerza de jarabe para la tos y destornillador consiguieron bajarles los brazos.

Naturalmente, los doctores y los dentistas se quedaron a remontar barriletes ellos también.

Todos seguimos tratando de pescar a los astronautas, cuando mi hermano Roberto tuvo una idea genial.

Me llamó aparte, con aire misterioso, y me dijo en secreto:

—Seguro que Dailan Kifki tiene hambre.

—Claro que está muerto de hambre —le contesté—, pero no baja de miedo que lo retemos.

—Yo sé lo que hay que hacer para que aterrice —dijo mi hermano Roberto siempre misteriosamente.

—¿Qué hay que hacer? —le pregunté intrigada.

—Sopita de avena —me contestó—. En cuanto sienta el olor, baja en picada.

—¿Y cómo vamos a hacer sopita de avena aquí, en medio del campo? —le pregunté.

—Vamos a preguntarle al Abuelo —me contestó—; él ha sido *boy scout*, sabe cómo se solucionan estas cosas.

Y allá fuimos a preguntarle al Abuelo cómo podíamos hacer sopita en medio del campo.

—¿Sopita con agua o con leche? —preguntó el Abuelo a su vez.

—¡Con leche, por supuesto! —contestamos.

—Es muy sencillo —contestó el Abuelo—, se ponen seis kilos de avena en una cacerola…

—Pero no tenemos avena —dije yo.

—Ni cacerola —agregó Roberto.

—Entonces hay que plantar avena —dijo el Abuelo—. Y mientras crece, ustedes pueden pedirle prestada la galera a algún embajador y la usaremos como cacerola.

No hay duda de que el Abuelo es muy inteligente.

En seguida se puso a plantar avena mientras mi hermano y yo, en puntas de pie y muy calladitos, fuimos a tratar de sacarle la galera a algún embajador sin que se diera cuenta.

Por suerte, uno estaba medio dormido contra el tronco de un árbol, de modo que nos acercamos por detrás y empezamos a sacarle la galera.

Fue difícil, porque le quedaba chica y la tenía bastante encasquetada, pero al fin lo conseguimos.

—Hurra, ya tenemos cacerola —gritaba mi hermano Roberto.

—Un momentito —le dije—, cuando el señor Embajador se despierte y le dé el sol en el coco se va a enojar y se va a dar cuenta de que le robamos la galera.

Entonces entre los dos tejimos apresuradamente una galera de hojas de eucaliptus y se la encasquetamos despacito, despacito, sin que se despertara.

Una hermosa galera perfumada, buena para la tos ¿no?

El Abuelo contemplaba satisfecho cómo crecían sus plantitas de avena.

—Ya tenemos cacerola le dijimos.

Y él, rezongón como siempre, la miró de reojo y murmuró:

—En fin, no es una maravilla, pero en el campo hay que saber arreglarse con lo que uno tiene.

Inmediatamente lo mandó a mi hermano Roberto a encender el fuego.

—No tengo fósforos —dijo Roberto—, ¿cómo hago?

—¡Como los indígenas, ignorante! —le contestó el Abuelo fulminándolo con la mirada.

Y entonces nos pusimos a frotar dos piedras para hacer chispas mientras el Abuelo juntaba ramitas y hojas secas.

Nos dio bastante trabajo, pero al fin, como a las dos horas conseguimos encender un buen fuego.

Naturalmente, una vez que estuvo encendido, El Abuelo descubrió que en el bolsillo tenía sus fósforos de encender la pipa.

A todo esto la avena había crecido, de modo que la echamos en la cacerola, es decir, en la galera del Embajador.

Yo miré al cielo y vi que todo seguía igual: Dailan Kifki revoloteaba muy orondo, el Bombero seguía montado en su cabeza, todo el mundo trataba de pescarlos con sus barriletes.

La única esperanza que nos quedaba era que el rico olor de la sopita de avena los tentara y planearan un poco más bajo para oler mejor.

Y entonces…



17



A ÍBAMOS a poner la galera llena de avena sobre el fuego (a cierta distancia, para que no se chamuscara) cuando nos dimos cuenta de que le faltaba el ingrediente principal: la leche.

Y no se veía un solo lechero entre el público.

—¿Cómo vamos a hacer la sopita de avena sin leche? —pregunté desesperada.

—A mí me pareció ver una vaca por allí —dijo el Abuelo.

—Sí, yo también vi una —añadió mi hermano Roberto.

—¿Dónde, dónde? —preguntábamos los tres, oteando el horizonte con la mano de visera.

Por fin allááááá lejos me pareció ver unos cuernos.

—¡Allá hay una! —grité.

—¡A la carga! —ordenó el Abuelo, empuñando su red de cazar mariposas.

—¡A ordeñarla! —rugió mi hermano Roberto, que no tiene la menor idea de como se ordeña una vaca.

Y salimos los tres corriendo.

Como a los dos kilómetros tuvimos que dar media vuelta los tres porque nos dimos cuenta de que no llevábamos el recipiente para la leche.

Volvimos a buscar la galera y salimos corriendo otra vez como diablos.

Nos acercamos despacito, despacito a la vaca, los tres de la mano, muertos de miedo.

Yo lo codeé al Abuelo y le dije:

—Abuelo, háblele usted que es el mayor, a mí no me va a hacer caso.

El Abuelo lo codeó a mi hermano Roberto y le dijo:

—Háblale tú que eres el más joven.

Y mi hermano Roberto me codeó a mí y me dijo:

—Hablale vos que sos mujer.

Y resulta que allí estábamos los tres de la manito mirando a la vaca y la vaca nos miraba muy curiosa y nadie se animaba a hablarle para pedirle permiso para ordeñarle un poquito de leche para preparar la sopita para Dailan Kifki.

Nadie.

Por fin yo me armé de coraje, carraspeé, me arreglé el vestido y, demostrando que era la más valiente de los tres, le dije a la vaca:

—Buenas tardes, señora vaca.

La vaca me miró muy atenta y me contestó:

—Mu.

Yo traté de darle un poco de conversación para distraerla, porque no era cuestión de ordeñarla así, de golpe y porrazo.

Entonces le dije:

—Qué lindo día, ¿verdad, señora vaca?

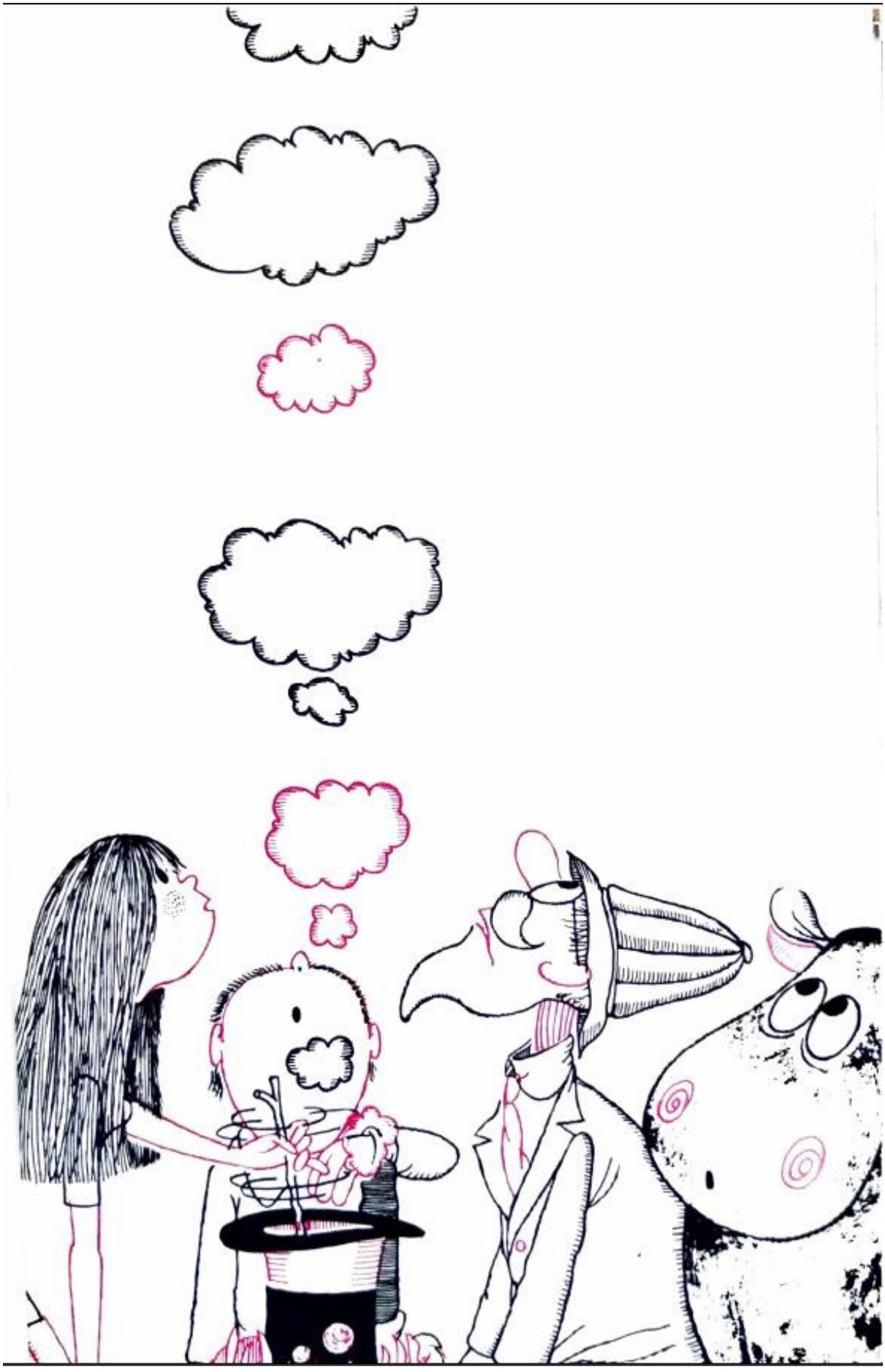
Ella, muy atenta, dijo que sí con la cabeza e insistió:

—Mu.

El Abuelo me codeó y murmuró:

—Bueno, hay que ordeñarla de una vez.

Entonces yo le rasqué un poco la orejita, a la vaca, y le pregunté cariñosamente:



—¿Usted permitiría, distinguida señora vaca, que le ordeñáramos un poco de lechita?

La vaca, muy atenta, me dijo que sí con la cabeza y repitió:

—Mu.

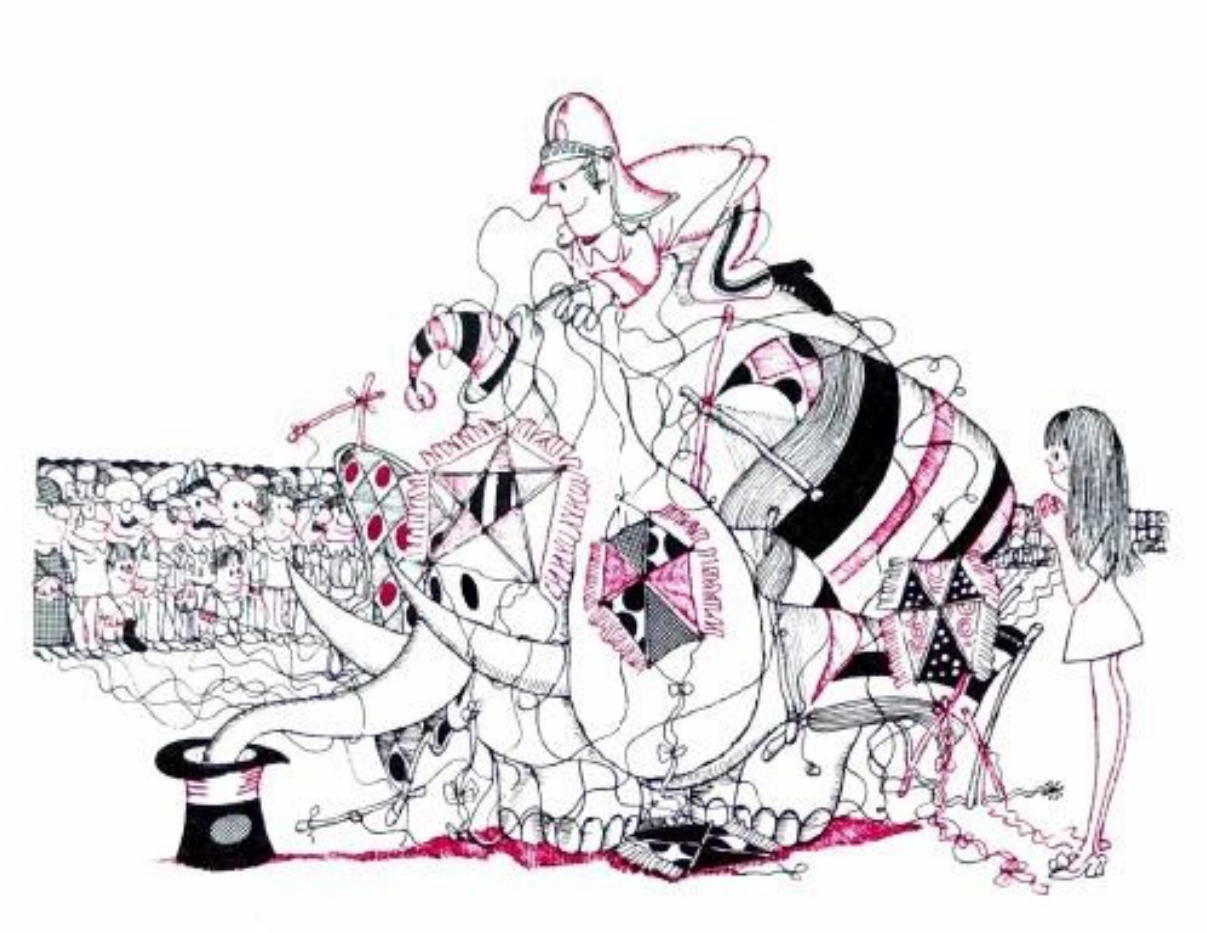
—Yo me encargo —dijo el Abuelo.

Y se puso a ordeñarla, mientras mi hermano Roberto sostenía la galera y yo seguía haciéndole cariñitos detrás de la oreja, a la vaca, para que no se espantara.

Cuando llenamos la galera le dimos las gracias con muchas reverencias, y la vaca nos respondió saludando con la colita.

Cuando volvimos a poner la sopa al fuego, el Abuelo se entretuvo contándole a medio mundo que él solo había domado a una feroz vaca salvaje de las selvas de Ituzaingó.

¿Qué me dicen?



18



O REVOLVÍA la sopita de avena con una rama.

Mi hermano Roberto, de vez en cuando, metía un dedo en la galera y la probaba.

Empezó a levantarse un delicioso aroma a sopita de avena con leche y a galera tostada…

Tan rico era el olor que se acercó un montón de curiosos, entre otros mi tía Clodomira. Todos querían probarla.

Todos olían tan fuerte, aspiraban tan hondo, que tuvimos que echarlos.

—Vamos, vamos, fuera de aquí que no van a dejar ni una gota de olor a sopita para Dailan Kifki —les dijimos.

Como no se iban, tuve que pedirle ayuda al Comisario, quien a fuerza de silbato, palo y guantes blancos consiguió alejar a los curiosos y ponerlos contra el alambrado.

Yo, sin dejar de revolver la sopita, a cada rato miraba al cielo.

Dailan Kifki y el Bombero seguían revoloteando, pero al ratito el olor de la sopa se hizo más fuerte y noté que Dailan Kifki miraba para abajo y estiraba la trompa para oler mejor.

—¡Aprontar los barriletes! —ordenó el Abuelo.

Todo el mundo remontó barriletes y los concentró junto a los viajeros.

Mi hermano Roberto soplaba el fuego y se llenaba la cara de hollín y humo.

Yo revolvía cada vez con más entusiasmo y soplaba el vapor hacia el cielo.

Fue realmente una gran idea: Dailan Kifki no pudo resistir.

Empezó a sobrevolar el potrero en redondo, a muy baja altura.

Por fin consiguieron enredarlo en varios barriletes.

No se imaginan cómo gritamos y aplaudimos todos.

Despacito, despacito fueron arriando los barriletes y, con ellos, a Dailan Kifki y al Bombero que permanecían con la vista clavada sobre la sopita.

Planearon, planearon, planearon…

Por fin Dailan Kifki aterrizó suavemente, dulcemente, mermeladamente, como una plumita, como una pelusa, como una flor de panadero abandonada por la brisa sobre la arena de una playa… Eso sí: dio la casualidad de que Dailan Kifki vino a posarse exactamente al lado de la sopita de avena.

La multitud hizo un silencio impresionante.

Dailan Kifki, majestuosamente, se acercó a la galera, hundió la trompa y se tomó toda la sopita sin respirar.

Tan grande fue mi emoción que me dio un poquito de tos en la solapa.



19

NO CREAN que los problemas y las complicaciones se terminaron con el aterrizaje de Dailan Kifki.

No.

Allí empezaron.

No se imaginan lo complicado que es tener un elefante.

Yo les aconsejo que nunca tengan un bicho tan grande, que se contenten con un gatomiau, un perrolín, un canariopo. Es más sencillo y económico, y al fin y al cabo son todos bichos cariñosos.

Bueno, como les decía, Dailan Kifki aterrizó, tomó su sopita de un sorbo, y el Bombero permaneció montado, posando para los fotógrafos y los camarógrafos del noticiero.

El Bombero estaba tan mareado por el éxito que no había reparado bien en el asunto de la sopita.

Pero cuando vio que Dailan Kifki se la había tomado toda, ¿qué creen que hizo? Se puso a llorar.

Yo no sabía qué le pasaba, de modo que le pregunté al Capitán de los Bomberos, que me contestó:

—Tiene pena, pena, pena
por la sopita de avena.

—Pero qué vergüenza —le dije yo—, un Bombero tan grandote llorando por una sopita de avena de elefante. Señor Capitán, dígale que desmonte y nos ayude con tantas cosas como tenemos que hacer, en lugar de llorar como un nene.

Y entonces el Capitán se cuadró delante del Bombero, hizo la venia y le ordenó:

—¡¡¡Señor Bombero, al instante bájese del elefante!!!

¿Saben qué le contestó el malcriado del Bombero?

—No me bajo si me grita,
yo también quiero sopita.

—¿Pero no ve que no hay más? —le dije.

Entonces se acercó mi mamá y me dijo:

—Nena, cuando te cases con el Bombero vas a tener que hacerle sopita de avena todos los santos días.

—¡No pienso casarme con un Bombero llorón! —le contesté.

El Bombero no quería bajar de la cabeza de Dailan Kifki; entonces yo, para prevenir otra fuga, me puse a sacarle las alas. Le desaté las cintas, le despegué los papelitos, le corté los piolines, porque si seguía con las alas puestas seguro que se volaba otra vez.

Para qué lo habré hecho.

Cuando Dailan Kifki se dio cuenta de que le estaba quitando las alas se puso a llorar como veinte elefantes que hubieran pelado veinte toneladas de cebollas.

Naturalmente al ratito apareció el jefe del correo de Ituzaingó más furioso que nunca, porque con el bochinche se le habían despegado todas las estampillas otra vez.

Este asunto de las estampillas ya me tenía cansada.



20



O SIEMPRE pensé que cuando Dailan Kifki y el Bombero aterrizaran sanitos y salvos iba a haber fiesta y alegría general, feriado en todo el país, salva de cañonazos, banda de música y fuegos artificiales.

Pero no.

Hubo un llanterío espantoso. Tanto lloraron todos que el potrero empezó a inundarse y mi tía Clodomira corría de aquí para allá con su paraguas abierto.

El Bombero lloraba porque no había quedado ni una gota de sopita para él.

Dailan Kifki lloraba porque yo le había quitado las alas y no podía volar más.

El Capitán de los Bomberos lloraba porque el Bombero no quería bajarse del elefante.

El Abuelo lloraba porque no lo dejaban de dar un discurso.

Mi mamá lloraba porque yo no quería casarme con el Bombero.

Pero alguien lloraba más fuerte que todos.

¡El Embajador al que le habíamos robado la galera! Nosotros pensábamos limpiarla bien y devolvérsela después de haber hecho la sopita.

Pero no.

No pudimos.

Porque resulta que Dailan Kifki tenía tanta hambre que después de tomarse la sopa se comió la galera a mordiscones, haciendo cranch crunch crinch, como si fuera un barquillo o un cucurucho de helado.

Cuando me di cuenta, lo único que quedaba de la galera era el moñito.

Claro que con eso el Embajador no se contentó, y hasta amenazó con declararnos la guerra y todo.

Yo trataba de mantenerme serena, pero veía llorar a tanta gente que terminé haciendo pucheros.

A todo esto ya era tarde, habíamos cumplido nuestra misión de rescate y era hora de pensar en volver a casita.

Cada vez llegaban más curiosos y más fotógrafos.

No había una sola persona, entre tantas autoridades, que pudiera poner orden.

Hasta que mi tía Clodomira le dio la orden al Comisario. Y el Comisario entonces se ajustó la gorra, Se abrochó bien la chaqueta, se lustró los botones con la manga, se calzó los guantes blancos, que ya estaban bastante negros, empuñó el palo, sopló el silbato y con los brazos muy abiertos ordenó a todo el mundo que dejara de llorar.

Inmediatamente reinó un silencio tan grande que el potrero parecía una iglesia.

Los monaguillos juntaron las manos y pusieron los ojos en blanco.

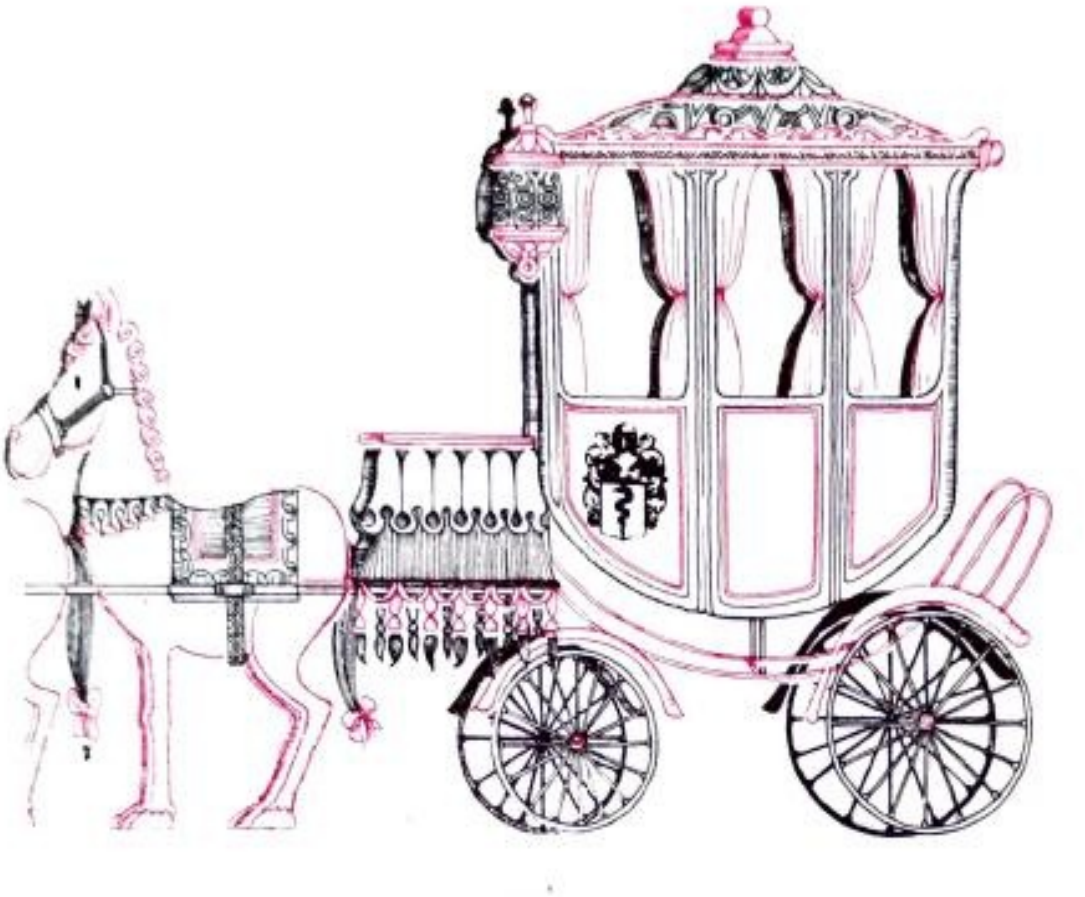
En medio de ese silencio tan impresionante, se escuchó lejos, muy lejos, una musiquita muy afinada.

Todos miramos hacia el horizonte.

Vimos una gran polvareda y escuchamos un galope de muchos caballos.

La musiquita crecía.

Y de pronto, nos quedamos todos con la boca abierta.



21

NO PUDIMOS cerrar la boca.

Parecía mentira, pero era cierto.

Una preciosa carroza tirada por diez caballos blancos.

«¿Será la Reina de Inglaterra? —pensé—. ¿Pero cómo ha hecho para enterarse tan pronto de la aventura de Dailan Kifki y venirse en carroza a Ituzaingó?».

—¿Quién será? —empezaron a preguntar todos.

Y entonces el Abuelo se puso en pie de guerra.

—¡Fir… mes! —gritó—. ¡A ponerse el guardapolvo!

Todo el mundo obedeció. Claro que nadie tenía guardapolvo, pero todos se arreglaron el traje, se peinaron con el dedo, se sacudieron las pelusas, se abrocharon los botones, se enderezaron las galeras y se pusieron en fila con las caras más serias que tenían, para recibir a los despampanantes y misteriosos visitantes.

Alguien insinuó que, como llevábamos tantos días de trajín y tantas noches sin hacer nono, ya veíamos visiones, como los viajeros en el desierto. Pero no.

La carroza se acercaba cada vez más. Y no era de mentira.

Era una carroza de veras, toda de oro con perlitas, menos los guardabarros que eran de plástico.

Y los caballos eran también de veras: todos de caballo, y revoleaban sus crines larguísimas y enruladas, teñidas de verde, rosa y amarillo.

La carroza frenó justito delante de Dailan Kifki, y mi hermano Roberto dijo:

—Estamos fritos.

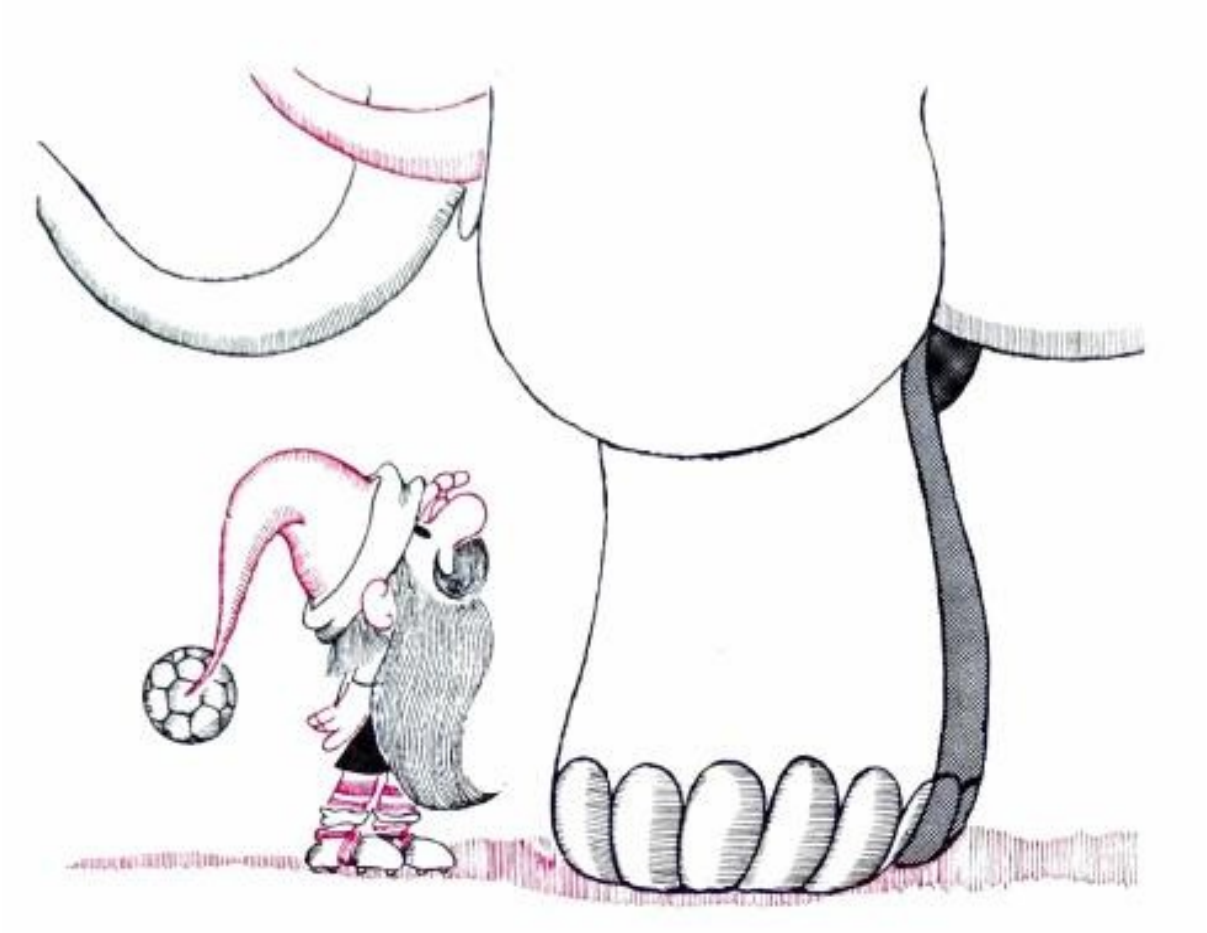
Los militares, por si acaso, se cuadraron e hicieron la venia.

El Abuelo presentó armas.

Mi tía Clodomira sostenía que en la carroza venía el Presidente de la República, pero a mí me parecía un poco raro, porque sé que el Presidente no anda en carroza ni en monopatín, sino en coche o en helicóptero.

Y la carroza seguía así, con las puertas y las ventanillas cerradas.

Y los caballos quietitos, como si de pronto se les hubiera acabado la cuerda.



22

AL FIN mi tía Clodomira no aguantó más y corrió decidida hasta la carroza para ver quiénes eran los famosos visitantes.

En cuanto abrió la puerta saltó a tierra un enanito.

Sí, un enanito igual a los que ustedes conocen: con gorro colorado, barba blanca y cascarrabias. Pero eso sí: se diferenciaba de los otros enanitos famosos en que estaba vestido de futbolista.

La barba le cubría la camiseta, de modo que no pude ver de qué cuadro era. Solamente distinguí el pantaloncito y los zapatones.

Mi tía Clodomira suspiró desilusionada.

—Bah —dijo—, una carroza tan grande para un enanito tan chiquito.

—Shh —le dije yo—, a ver si te oye y se enoja.

El enanito cascarrabias dio dos o tres pataditas y sin mirar ni saludar a nadie —cosa que indignó al Abuelo— fue derechito hacia Dailan Kifki.

Apenas le llegaba a las rodillas al elefante, y empezó a dar saltos para tirarle de las orejas, pero no alcanzaba. Entonces yo lo hice upa y el enanito le acarició las orejas muy contento.

Luego me demostró su agradecimiento con una sonrisa.

Yo le dije:

—Bienvenido, señor enanito.

Y él me contestó:

—Supisiche —cosa que en lenguaje de enanito vaya a saber qué quiere decir.

—Quiero dar una vuelta en elefante —añadió en seguida con tono caprichoso y en perfecto castellano.

Nadie se atrevió a contradecirlo siendo un enanito tan importante que andaba en carroza y que a lo mejor era campeón de futbolito. Y entonces, entre todos, lo sentamos sobre la cabeza de Dailan Kifki.

Dio unas cuantas vueltas, sonriendo y saludando y haciendo firuletes con el gorro.

—Bueno ya está, ya di la vuelta —dijo tres horas después. Pero no había sido una vuelta sino como 15.000, y Dailan Kifki estaba mareadísimo.

Todos estábamos muertos de curiosidad, preguntándonos al oído quién sería el misterioso enanito. Teníamos miedo de que se escapara en su carroza sin que nos contara su vida o, al menos, nos dijera su nombre.

En eso estábamos pensando, cuando de repente nos miró a todos y a uno por uno —cosa que le llevó bastante tiempo— y al fin nos preguntó muy enojado:

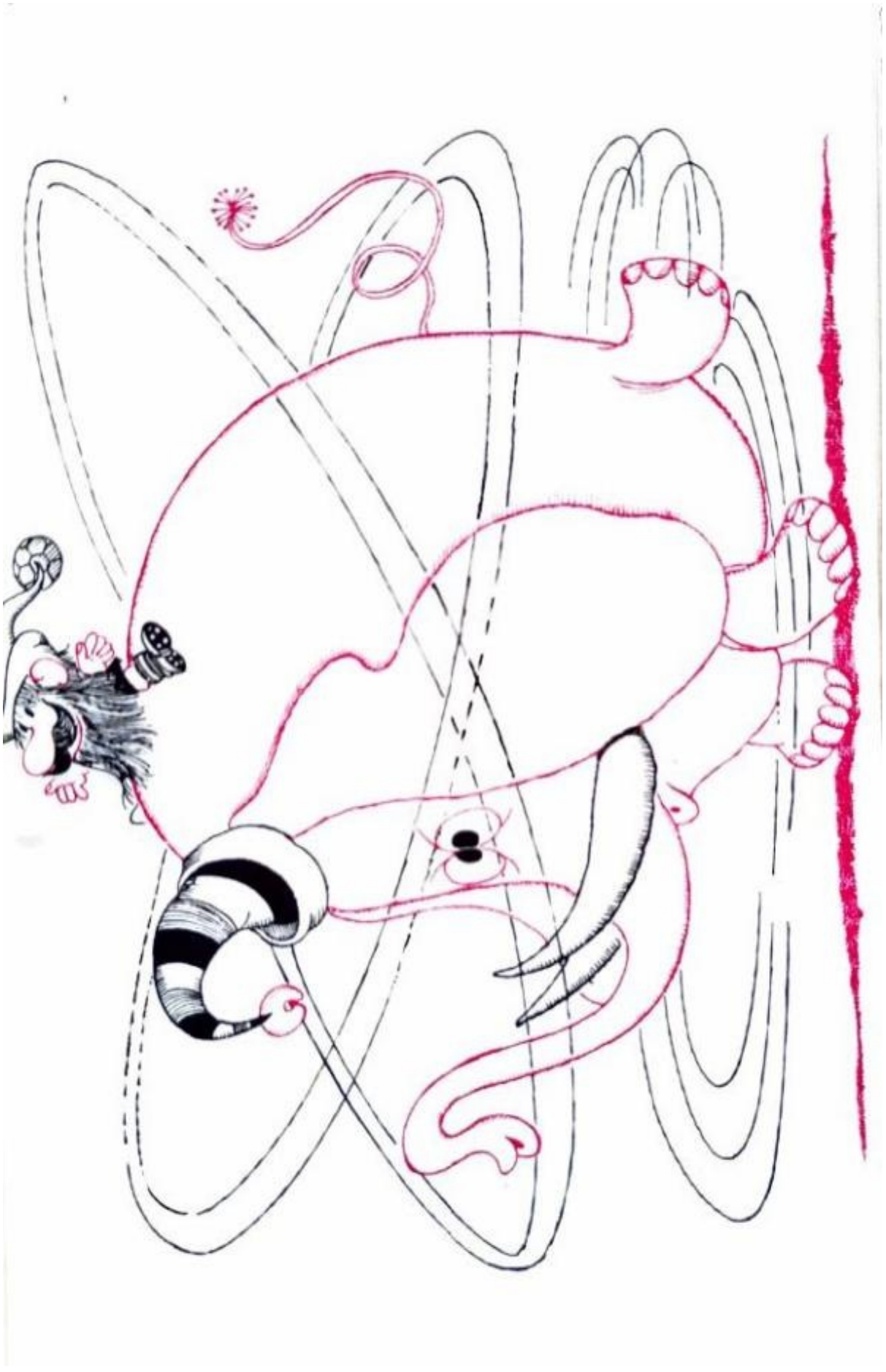
—¿Y ustedes quiénes son?

Al principio nadie se atrevía a contestar, como si todo el mundo se hubiera olvidado de quién era.

Entonces yo los presenté.

El enanito, muy atento, se quitó el gorro y nos dio la mano a todos. Éramos tantos, que el saludo le llevó como cinco horas y catorce minutos.

Después de esta presentación me sentí con derecho a preguntarle a mi vez quién era él. Carraspeé, me arreglé el delantal, me acomodé mi sombrero de tul con banderitas, que estaba a la miseria, y haciéndole una gran reverencia le pregunté:



—¿Y ahora podemos saber quién es usted, señor enanito?

—¿Cómo quién soy yo? —me contestó furioso—. ¿Es posible que no sepas quién soy yo?

—No, lo siento mucho, señor enanito, pero es la primera vez que lo veo.

—¡Pero qué ignorancia! —comentó, saltando de indignación.

Yo decidí preguntarle al Abuelo, que es tan sabio.

—Abuelo, ¿usted sabe quién es?

Y el Abuelo me contestó:

—No debe de ser nadie, porque jamás lo vi en ningún libro de historia, ni de geografía, ni de botánica, ni de astronáutica chiripitifláutica… ni siquiera dibujado en una historieta.

Y como el enanito estaba callado y pensativo, mirándose los Zapatones, y no nos decía quién era, nos quedamos todos intrigados, mirando también para abajo y estrujando hojitas de eucaliptus con dedos muy nerviosos.



23

MUY BIEN —dijo el enanito media hora después—, si alguien me hace upa diré quién soy.

El Capitán se apresuró a hacerlo upa delicadamente, y así, sintiéndose alto, el enanito tosió un poco, se arregló el gorro y dijo solemnemente:

—Yo soy el enanito Carozo Minujín, dueño y señor del bosque de Gulubú.

—¡Aaaaah! —dijimos todos aplaudiendo, aunque jamás habíamos oído hablar del bosque de Gulubú.

En eso el Abuelo dio un paso al frente y, pegando su nariz a la del enanito, le dijo:

—¡Usted es un mentiroso!

—¿Mentiroso yo? —rugió el enanito muerto de rabia.

—Sí, usted —insistió el Abuelo—. Yo me he pasado la vida estudiando geografía y jamás he visto ningún bosque ni país ni lago ni esquina ni cancha de fútbol que se llame Gulubú. ¡Mentiras!

El enanito empezó a dar manotazos para pegarle al Abuelo, pero no lo alcanzó.

—Ese bosque de Gulubú no existe —chilló el Abuelo—, muéstremelo, ¿a ver? Señálemelo con el puntero en el mapa de la República Argentina, ¿eh? ¿A ver?

—¡Qué puntero ni qué supisiche! —rugió el enanito—. El bosque de Gulubú no figura en los mapas, señor, eso es todo.

—Ah —contestó el Abuelo—, ¿y usted me va a hacer creer que un bosque que no figura en ningún mapa es un bosque en serio?

—Sí señor, y si quiere ya mismo lo llevo y se lo muestro.

Yo pensé: «Qué lindo, el enanito nos llevará en carroza a ver un bosque que no existe en los mapas».

Pero el cascarrabias del Abuelo parecía decidido a arruinarnos el pastel, porque pateando el suelo repetía:

—No señor, yo no voy a un bosquecito de morondanga que no figura en los mapas.

—¿De morondanga? —chilló el enanito—, ¿de morondanga ha dicho? ¡Si fuera de morondanga, señor, quedaría en Morón!

Cosa que era la pura verdad.

—Bueno, si no es un bosquecito de morondanga debe de ser un bosquecito de porquería —rezongó el Abuelo, que no quería dar su brazo a torcer.

Y entonces… ¡Ah, entonces prefiero no recordar lo que pasó! El enanito Carozo Minujín sacó una espada. Claro que la espada no era muy grande, pero parecía bien afilada. Allí nomás lo desafió al Abuelo porque le había insultado su precioso bosque.

—Vamos, no se peleen —dije yo. Pero el enanito manoteó hasta soltarse de mis brazos y caerse bien plantado en el suelo.

—¡Déjame —dijo el Abuelo—, déjame defender mi honor y sobre todo el honor de la geografía!

Y ahí nomás se pusieron a pelear. ¡Chis, Chas, chin, chan! hacían las espadas. Y el enanito, colorado de rabia, repetía entre dientes:

—Supisiche supisiche supisiche.

Parecía una película de mosqueteros. Daban saltitos, se revolcaban, pegaban brincos y volteretas.

Hasta que en un momento dado el Abuelo se cansó, porque es viejito, y pidió gancho. Se fue a descansar bajo un eucaliptus.

El enanito guardó la espada debajo de la barba y dijo:

—He triunfado. Merezco que alguien me haga upa para saludar al público presente.

Mi tía Clodomira lo hizo upa y él saludó con los brazos en alto a la multitud que lo aclamaba:

—Viva viva el señor enanito Carozo Minujín —cosa que lo puso colorado de felicidad.

Y entonces dijo solemnemente:

—Ahora los invito a todos a tomar chocolate en mi palacio del bosque de Gulubú, para que sepan que es cierto que existe.

—¡Vamos, vamos! —chillaron todos menos el Abuelo, muertos de ganas de pasear en carroza y tomar chocolate en un bosque desconocido.

¿Y saben qué dijo el Bombero, que seguía enfurruñado?

Dijo nada menos que esta pavada:

—No me gusta el chocolate y el paseo me da pena. Yo lo único que quiero es mi sopita de avena.

¿Se dan cuenta?



24

EL SEÑORCITO Carozo Minujín me llevó de la mano hasta su carroza. Ya iba a subir cuando oí un gran escándalo a mis espaldas.

—¡Zápate! —dije—, otro lío más.

El Secretario del Sindicato de Remontadores de Barrilete chillaba como un demonio.

—¡Nos deben muchas horas de trabajo! —protestó—. Hace tres días que estamos remontando barriletes para pescar a ese mamarracho de elefante, y ahora resulta que se van todos sin pagarnos.

—Tenés razón —le contesté—. Lo que sucede es que todos supusimos que ustedes pescaban elefantes gratis.

—De ninguna manera —me contestó extendiéndome un sucio papelito lleno de números. Era la cuenta: 65 pesos con 20 centavos.

—O nos pagan, o remontamos al elefante de nuevo —rezongó.

Todo el mundo empezó a revisar sus bolsillos, pero el señor enanito nos ganó de mano y extrajo de una bolsita hecha de casa de bicho canasto, dos monedas de oro cuadradas. De paso extrajo también un pañuelo redondo para sonarse la nariz.

El Secretario se quedó muy contento con las monedas y no molestó más.

Yo subí por fin a la carroza y ahí sí que me llevé una buena sorpresa. Porque la carroza era muy grande por fuera pero muy chiquita por dentro, como que estaba hecha a medida para su dueño. Por dentro era muy lujosa, toda forrada de papel plateado y con algunas fotografías de Carlitos Chaplin y Carlitos Gardel pegadas en el techo, pero me quedaba chiquitísima. Tuve que ir toda arrugada y encogida como una nuez, con el sombrero aplastado contra el techo y sin tener lugar ni para sonreír, porque se me escapaba un pedazo de boca por la ventanilla. Tuve que ponerme un pie arriba del otro y una mano arriba de la otra y las dos manos arriba de la cabeza porque no tenía dónde ponerlas.

El señor Carozo se sentó a mi lado preguntándome atentamente:

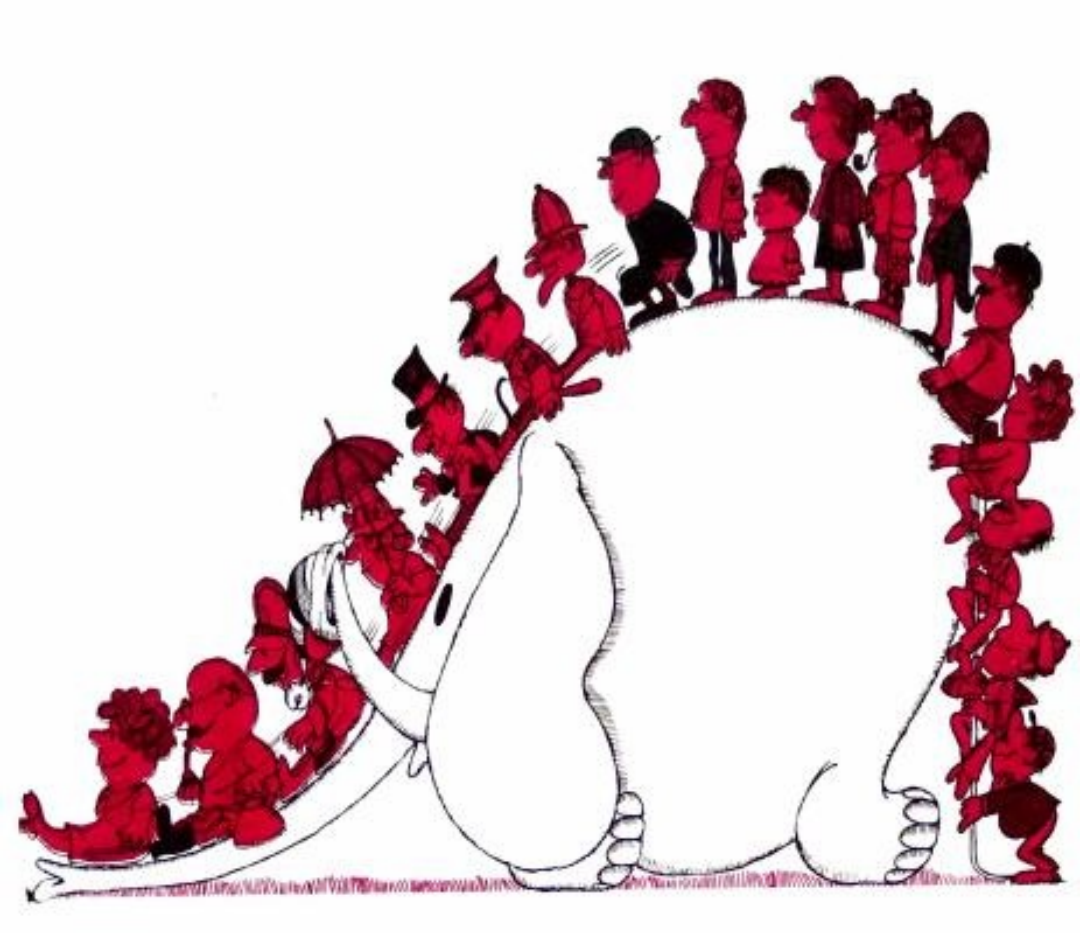
—¿Va cómoda?

Yo le contesté sonriendo que sí, para no ofenderlo, pero en el fondo del alma deseaba que el viaje fuera corto. La gente nos seguía a pie o montados sobre Dailan Kifki. Debo decir que sobre la cabeza y el lomo del pobrecito iban como mil setecientas ochenta y muchas personas.

De vez en cuando el señor enanito me invitaba a que contemplara el paisaje, pero les debo confesar que no lo vi, porque las ventanillas de la carroza eran por dentro tan pero tan chiquitas que me resultaba lo mismo que espiar por el agujero de una cerradura.

Por eso suspiré aliviada cuando los caballos se detuvieron relinchando y el señor enanito dijo satisfecho:

—Aquí empieza mi bosque de Gulubú.



25

EL SEÑOR enanito Carozo Minujín saltó de la carroza y me ofreció gentilmente su mano para ayudarme a bajar.

Yo me desenrollé como pude y salté a tierra. Miré bien bien a mi alrededor y pregunté desilusionada:

—¿Esto es su famoso bosque de Gulubú?

—Este mismo —contestó muy orondo.

—Pero yo no veo ningún bosque —dije.

Y todos mis acompañantes y mi familia y los curiosos me hicieron coro:

—Nosotros no vemos ningún bosque. ¿Por qué nos han hecho venir hasta aquí?

—Supisiche —respondió el enanito, cosa que nos tranquilizó bastante.

Cuando todos estaban a punto de hacer pucheros, el enanito dio unos pasos y dijo varias palabras mágicas que creo eran más o menos así:

—Chimpiti chámpele bámbili búmbele.

Y se fue a tironear de unos alambres. Nosotros creíamos que estaba loco, al verlo prendido de unos simples alambres de alambrado común y silvestre. Pero no.

No sólo no estaba loco sino que los alambres eran mágicos, y en cuanto los tiró ¡zápate!

¿Ustedes vieron esos libros-sorpresa que cuando uno los abre aparecen las figuritas de pie?

Bueno, igualito es el bosque de Gulubú. Como las marionetas dormidas. Uno le tira de los hilos y ellas se ponen de pie, bailan y se mueven.

El bosque de Gulubú está planchado en el suelo, y cuando su dueño tira de los alambres, los arboles y los yuyos y las casitas y los bichos aparecen todos como diciendo:

—Aquí estamos. Estábamos jugando a la escondida.

Se imaginan la sorpresa que nos llevamos todos. Mi tía Clodomira se desmayó, esta vez con buena puntería porque fue a caer en brazos del Comisario.

No todos los días uno ve levantarse un bosque, así, de golpe y porrazo, en un lugar que no era más que un potrero un minuto antes y que, al parecer, no quedaba demasiado lejos de Ituzaingó.

Nadie lo podía creer. Se restregaban los ojos y no podían cerrar la boca.



Dailan Kifki se puso loco de contento. Se arrodilló para que la gente bajara de su cabeza y de su lomo, utilizando la trompa de tobogán. Y en cuanto se sintió libre de ese enorme peso se internó al trotecito por el bosque de Gulubú, sin duda con la esperanza de encontrar un bananero, o un peral, o un árbol de sopita de avena.

Entramos en el bosque con el señor enanito, que no me soltaba la mano. Me explicó que cuando salía de paseo planchaba el bosque y lo dejaba acostado e invisible para que no se lo robaran ni estropearan. Yo le comenté que tenía razón, que valía la pena cuidar bien un bosque tan hermoso. Porque debo decirles que el bosque de Gulubú no es un bosquecito cualquiera, no es un bosquecito de morondanga como dijo el Abuelo.

No. Es bien grande y bien de veras, como esos bosques que sólo existen en los cuentos. Con árboles llenos de sabios pajaritos que no están pintados

sino vivos. Con un gracioso arroyo donde las ranas aprenden a nadar con trajes de baño a lunares, y donde Dailan Kifki fue muy apurado a refrescar su trompa hasta que el señor Carozo lo ahuyentó, porque bebía tanto que se lo iba a secar.



En el bosque había sapos fumando en pipa y grandes hongos con heladera y televisor. Pasaban conejos en bicicleta y, lo que más me llamó la atención, canarios con jaula. Pero no estaban adentro de la jaula sino que la llevaban como una valija, llena de pequeños útiles de colegio.

Estábamos todos muy felices paseando por el bosque de Gulubú, respirando cuidadosamente un delicioso olor a pastilla de menta, descansando por fin de tanto trajín y tanto patatús, cuando al Abuelo, como siempre, se le ocurrió aguarnos la fiesta.

Se puso de pie sobre un tronquito y gritó:

—¡Silencio, alumnos!

Todos nos quedamos callados.

Cuando el Abuelo comprobó que reinaba un silencio tan absoluto que hasta los pájaros estaban mudos y los canarios se habían detenido en la esquina del aire para escucharlo, dijo solemnemente:

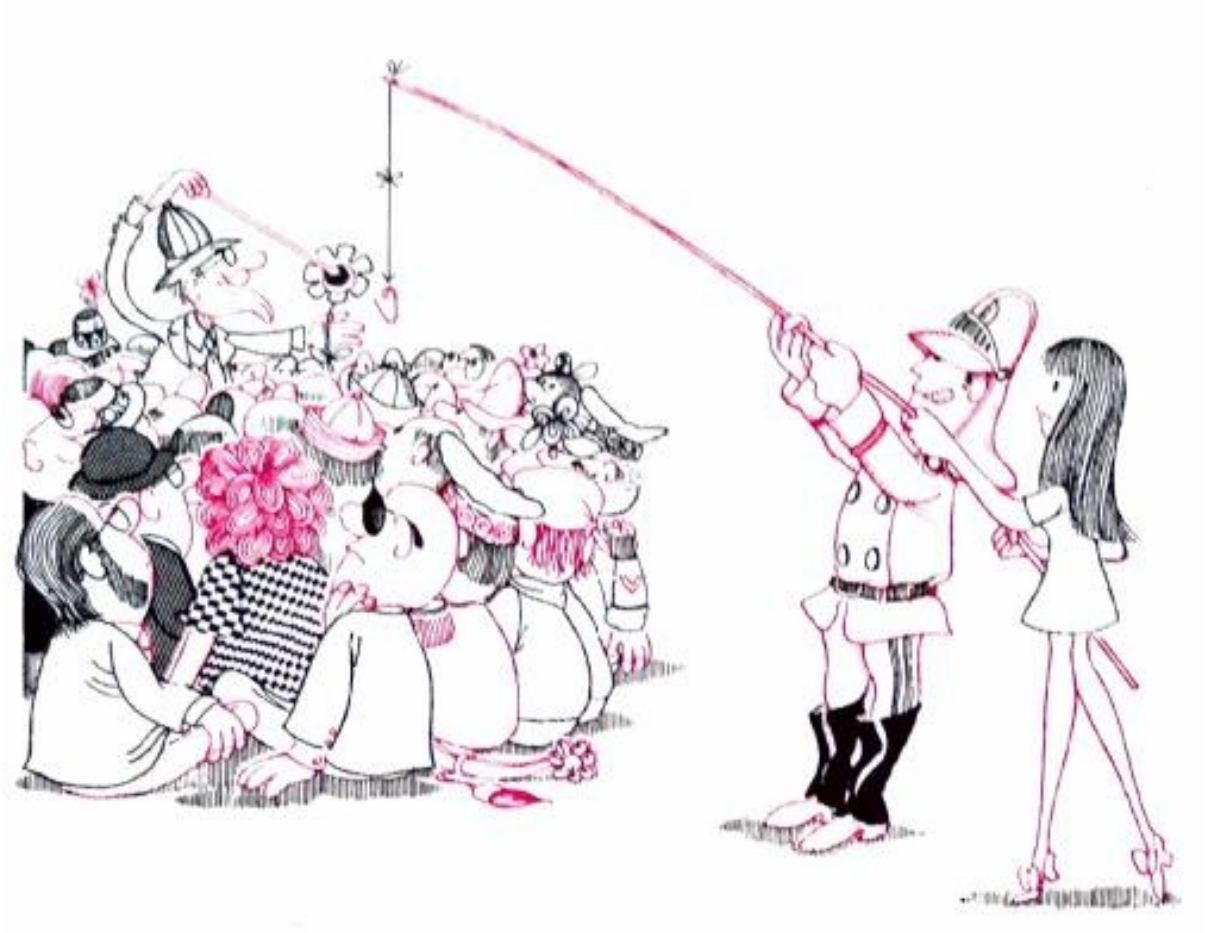
—Ya que hemos llegado a este bosque, luego de un largo y penoso viaje por peligrosas y desconocidas comarcas, inmediatamente voy a darles a todos una clase ilustrada de zoología y botánica.

Se imaginan las ganas que teníamos de ir a clase, ¿no?

Mi hermano Roberto dijo:

—Estamos fritos.

Una vez más tuve que darle la razón.



26

ESTÁBAMOS todos aburridísimos oyendo la clase y esperando pacientemente que el Abuelo acabara de recitar nombres rarísimos de plantas y de bichos, cuando de pronto yo miré para todos lados preguntándome alarmada:

—¿Dónde está Dailan Kifki?

No lo veía por ningún lado, y eso que es bastante grandote para pasar inadvertido o esconderse debajo de una lechuga.

Yo estaba sentada en el pasto, como todo el mundo, bostezando con una boca abierta así de grande con la clase del Abuelo, y empecé a correrme despacito… despacito… para poder escapar en busca de Dailan Kifki antes de que le ocurriera algo grave.

Por suerte el Abuelo estaba tan entretenido y ocupado en explicar una flor de sapo que no se dio cuenta de que yo me escapaba de su clase. Me arrastré

gateando y ful a buscar al Bombero, que inmediatamente se puso a mis órdenes sin preguntar de qué se trataba.

Lo llevé aparte, hasta quedar fuera del alcance de la vista del Abuelo. Nos escondimos detrás de un repollo y le pregunté en secreto:

—¿Dónde está Dailan Kifki?

—Nopo sépe —me contestó el Bombero en un susurro.

—Seguro que el muy sinvergüenza se ha vuelto a escapar, tenemos que encontrarlo.

Y entonces el Bombero me explicó muy seriamente:

—Para encontrar un elefante
que por el bosque se ha perdido,
hay que tener mucha paciencia,
muy buen olfato y buen oído.

—Sí, eso es cierto —le dije—, pero ademas hay que conocer muy bien el terreno, y nosotros nos vamos a perder por este dichoso bosque de Gulubú, así que es mejor que busquemos al señor enanito Carozo para que nos guíe en la expedición.

Pero lo grave del asunto era que el señor Carozo estaba sentado en primera fila en la clase del Abuelo, y para llegar hasta él había que atravesar una multitud de gente que estaba calladita y seria como en la escuela.

—¿Qué hacemos? —le pregunté al Bombero.

Y el Bombero, luego de pensar un buen rato con el dedo en la frente y las cejas arrugadas, me contestó:

—Para sacar al enanito
de la clase del Abuelo
necesitamos una caña
con un hilo y un anzuelo.

A mí me pareció muy buena idea: pescar al señor Carozo sin que el Abuelo se diera cuenta, porque si esperábamos que sonara la campana marcando el fin de la clase, estábamos fritos: las clases del Abuelo jamás duran menos de cinco horas.

Como por ahí no había cañas, el Bombero, con su hacha plateada como la Luna, cortó una rama flexible y fuerte. Como no teníamos hilo de pescar usamos los cordones de sus botas. Y como no teníamos anzuelo, usamos un alfiler de gancho que yo tenía prendido en el delantal.

En los bosques es cuestión de darse maña, ¿verdad?

Entre los dos sujetamos bien la rama, apuntamos con mucho cuidado y muy buen pulso para pescar justo justo al enanito y no a otra persona. (¡Miren

si llegábamos a pescar a mi tía Clodomira!). Y… ¡zzummmm! sin que nadie se diera cuenta, el señor enanito Carozo vino por el aire enganchado en el alfiler que estaba atado en los cordones que estaban atados en la rama, y aterrizó sanito y salvo junto a nosotros.

Y allí armó una gritería espantosa, detrás del repollo. Estaba muerto de furia y decía palabras tremendas como «sampiolin», «patatip» y «tambapatán».

El Bombero lo amordazó con su pañuelo, para que el Abuelo no se diera cuenta de que le habíamos pescado un alumno sin permiso, y así amordazado lo hizo upa y entre los dos lo llevamos a un lugar más apartado, esta vez detrás de un zapallo.

El señor Carozo seguía protestando, pataleando y manoteando.

—Disculpe, señor enanito —le dije—, perdone que lo hayamos sacado de clase, donde usted estaba tan entretenido…

—¡Qué entretenido ni qué ocho cuartos! —dijo el enanito—, ¡estaba más aburrido que una mosca!

—¿Y entonces por qué rezonga tanto? —le pregunté.

—No rezongo porque me pescaron —explicó—, ¡rezongo porque era lindo el paseo por el aire en caña de pescar y me bajaron en seguidita!

—Ah, si es por eso —le dije amablemente—, lo pescamos otra vez para que se divierta.

Y dicho y hecho, le enganchamos en la camiseta el alfiler de gancho que estaba atado al cordón que estaba atado a la rama y lo revoleamos por el aire de aquí para allá y de aquí para allá durante un buen rato. Y el señor Minujín se hamacaba contentísimo, muerto de risa y de felicidad, porque el airecito le hacía cosquillas.

Hasta que al Bombero se le cansaron los brazos y volvió a depositarlo sobre el Zapallo.

—Maás, más —chillaba el señor Carozo, pero yo me arrodillé y le dije muy seriamente:

—No, señor. Más tarde, lo hamacaremos todo lo que usted quiera, pero ahora sepa que lo hemos pescado y traído hasta aquí para que nos ayude en una seria y peligrosa expedición, y no para estar de jarana.

—¿Qué sucede? —preguntó muy alarmado.

—Sucede que se nos ha perdido Dailan Kifki, y como usted y nadie más que usted conoce todos los recovecos de este bosque, tiene que guiarnos para encontrarlo.

—¿Y para qué lo quieren? —preguntó peinándose la barba con el meñique—. Puede quedarse a vivir en el bosque.

—No, señor —le dije enérgicamente—, Dailan Kifki es mío y tengo que llevarlo de vuelta a casa. Por otra parte, si se queda aquí cualquier día que a usted se le ocurra planchar el bosque, seguro que Dailan Kifki muere aplastado por un árbol.

¿Y saben qué me respondió el enanito?

—Cuando termine la clase del Abuelo nos iremos todos a mi casa a tomar chocolate en tacitas de porcelana. Después se verá.

—Pero es tarde —insistí haciendo pucheros—, y a Dailan Kifki puede ocurrirle alguna desgracia…

—Supisiche —dijo al fin.

Y nos internamos por el bosque los tres de la manito: el Bombero, el señor Carozo y yo.





27



AMINÁBAMOS en silencio, cuando de pronto el señor enanito se detuvo en seco y golpeó el suelo con el taco, así:

toc,

toc,

toc.

«¿Qué hará?», pensé yo.

Y al rato se oyó desde el suelo una voz finita, que decía:

—Buenas tardes, señor enanito Carozo de mi corazón.

Yo no podía distinguir de dónde venía la voz, aunque me parecía que andaba cerca de mi zapatilla, pero como ya estaba oscureciendo no distinguía bien lo que pasaba en el suelo.

—Buenas tardes, señora Titina —contestó el enanito.

Y entonces, agachándome mucho, vi que la que hablaba era una hormiga que estaba asomada a la puerta de su hormiguero, a punto de barrer el umbral

con una escoba muy pero muy chiquita.

Una hormiga Titina muy seria y bien vestida, con anteojos y delantal. —¿Qué se le ofrece?— le preguntó la hormiga.

—Supisiche —le explicó el señor Carozo.

—Ipi —contestó Titina.

—Dígame, señora hormiga, ¿por casualidad no ha visto pasar por aquí a un elefante?

—¿Un ele qué? —preguntó Titina.

—Un elefante —aclaré yo, impaciente.

—¿Y eso qué es? —preguntó la hormiga muy curiosa.

Y entonces traté de explicarle:

—Un elefante es un animalote enorme, con cuatro patotas y una trompa y dos colmillos y una colita…

—¿Usa sombrero? —me interrumpió Titina.

—No, usa dos orejotas nada más —le expliqué.

—Entonces no lo vi —me contestó Titina secamente.

—Bueno, perdone la molestia y gracias igual —le dijo el señor Carozo, y después de hacerle una gran reverencia volvió a ponerse en marcha y nosotros lo seguimos, siempre de la manito, sintiendo clavada en nuestros talones la mirada curiosa de Titina.

Ya era casi de noche y teníamos un poco de miedo. Seguimos andando un buen rato cuando de pronto ¡zápate! el señor Carozo se detuvo bruscamente. Y por suerte el Bombero y yo conseguimos mantener el equilibrio, porque si no, nos caemos de cabeza en un charco.

El señor enanito llamó chapaleando el agua con la punta del zapatón, así:

plaf,

plaf,

plif.

Y al ratito oímos una voz que contestaba:

—Ja, ja.

—Buenas tardes, señora Rana —dijo el señorcito.

Y la Rana le contestó:

—Ja ja.

—La molestamos para preguntarle si por casualidad no ha visto pasar por aquí a un elefante.

Y la Rana le contestó:

—Ja Ja.

Convencidos de que la pobre Rana se había vuelto loca de tanto chapotear en el charco, no le preguntamos más y luego de saludarla con el zapato, seguimos viaje.

—Queda otra persona más para informarnos —dijo el señor Carozo.

—Pero a esta hora todo el mundo debe estar durmiendo, o casi —le comenté.

—No señor —me contestó—, hay alguien que está despierto toda la noche, canta que te canta, y a ese alguien le vamos a preguntar por Dailan Kifki. Supisiche —añadió, cosa que me tranquilizó mucho.

Llegamos por fin a la casa de este personaje, que era el famoso Grillo Canuto. Estaba cantando una zamba que acababa de componer y que tenía por título: «Cri cri críquiti cri cri criquiticrí crí».

No podíamos interrumpirlo en lo mejor del concierto, de modo que tuvimos que esperar un buen rato, porque la zamba era muy larga.

Cuando terminó, saludó, y los tres aplaudimos muy fuerte, cosa que al Grillo le encantó, como se podrán imaginar. Porque, no sé por qué sera, nadie aplaude a los grillos cuando terminan de cantar. ¿O será porque nunca terminan?

Bueno, resulta que cuando el señor enanito abrió la boca para preguntarle por Dailan Kifki, ahí nomas el Grillo se puso a cantar de nuevo, esta vez una chacarera que acababa de componer y que tenía también por título: «Críquiticri cri cri réquetecri cri», y que quería hacérnosla oír para ver si nos gustaba.

Tuvimos que escucharle atentamente la chacarera, que duraba como una hora y media.

Varias veces tuve que despertar al Bombero de un codazo, porque se quedaba dormido sobre mi hombro, y sus ronquidos tapaban la voz del Grillo Canuto. Yo no me dormí, a pesar de que el canto me daba bastante sueñito. No me dormí, preocupada por Dailan Kifki, porque el tiempo pasaba y seguíamos sin encontrarlo.

Por fin el Grillo terminó su chacarera, saludó, y entonces, sin perder tiempo, el señor Carozo le preguntó si no había visto pasar un elefante.

—Sí, claro que lo vi —contestó el Grillo Canuto—, y además me peleé con él, le di tantas trompadas que bueno bueno. —Cosa que me hizo pensar que el Grillo era bastante mentiroso.

—¿Por qué se peleó? —le pregunté muerta de curiosidad.

—¡Porque casi me pisa! —contestó Canuto—, ¡pero yo le di como mil trompadas!

—¿Y quién ganó? —le pregunté, nada más que para ver hasta dónde seguía mintiendo.

—Yo, por supuesto —me contestó el Grillo.

—Lo felicito —le dije, por no llevarle la contra—, ¿y ahora no sabe dónde estará ese elefante?

—Debe de estar en el hospital —me contestó el mentiroso—. En todo caso pregúntele a la Mariposa Lolita, porque se fue con ella.

—Bueno, buenas noches, señor Canuto, y gracias por el concierto —le dijimos, y nos pusimos en marcha otra vez, en busca de esa Mariposa Lolita que, por lo visto, se había hecho amiga de Dailan Kifki.

Anduvimos a los tropezones, muertos de sueño, hasta llegar a un lugar que, según el señor Carozo, era la casa de las mariposas. Nosotros no veíamos nada más que un poco de aire azul entre los árboles, pero él sostenía que era la casa de las mariposas. El señor Carozo se puso a chasquear los dedos y a llamarlas a una por una por su nombre, pero las mariposas no aparecieron.

—¿Dónde se habrán metido? —preguntaba el señor Carozo—, hay como 3453, y no ha quedado ni una sola para cuidar la casa.

Y de pronto escuchamos, un poquito más lejos, un murmullo que parecía el viento cuando se pone a afinar entre las hojas, pero escuchando con más atención distinguimos claramente que eran risitas, carcajaditas y sonrisitas de mariposas. Sí, de mariposas y de nadie más. Porque ni los gatos ni las jirafas ni las chicharras se ríen así.

Corrimos los tres de la mano hacia el lugar de donde venían las voces y allí, en una esquina del bosque de Gulubú, iluminada especialmente por una estrella que se había descolgado del cielo, ¿qué creen que vimos?

Imagínense.



28



AS MARIPOSAS estaban jugando. Saltaban y se hacían cosquillas, corrían por el aire y jugaban a la mancha. No sólo la estrella las alumbraba, sino como 965 bichos de luz invitados a la fiesta.

¿Y saben dónde jugaban y saltaban tantas mariposas y tantos bichos de luz?

¿Sobre un tronco?

No.

¿Arriba de un hongo?

No.

¿A la orilla de un arroyo?

Sí, pero no.

¡Jugaban y saltaban sobre el lomo de Dailan Kifki, que se reía loco de contento!

¿Qué me cuentan?

Yo le di un buen reto, como correspondía, y el señor Carozo le hizo chas chas debajo de la rodilla, porque más arriba no alcanzaba.

—¿No te da vergüenza, Dailan Kifki, estar jugando tan tranquilo mientras todos te buscamos con desesperación por el bosque?

—¡Supisiche! —añadió enérgicamente el señor Carozo.

—Ahora tenemos que volver inmediatamente a la estación de Ituzaingó y tomar el tren de vuelta para Buenos Aires —le ordené.

Pero Dailan Kifki no se movió y las mariposas siguieron jugando como si tal cosa.

—Vamos —repetí—, basta de recreo.

Y nada.

—Adelante, adelante, meterete de elefante —le dijo el Bombero.

Y nada. Dailan Kifki parecía pegado a la tierra con engrudo.

Yo lo empujé. Lo empujamos los tres.

Y nada.

El señor Carozo lo empezó a tironear de la trompa.

Y nada.

—¿Qué hacemos? —pregunté, cansadísima—. No vamos a quedarnos aquí toda la noche esperando que este elefante termine de jugar; Bombero, haga algo por favor.

Y entonces el Bombero revoleó su manguera a lunares y le pegó un buen manguerazo en la cola a Dailan Kifki.

Por suerte, como la manguera es de goma y los lunares también, no le puede haber dolido mucho, pero de todos modos sintió el chirlo y dio unos pasos.

Nosotros, temiendo que se nos escapara otra vez por el bosque, nos agarramos los tres de la colita de Dailan Kifki.

Para qué lo habremos hecho.

En la semioscuridad, porque los bichos de luz se habían apagado nada más que para molestarnos, no nos dimos cuenta de que Dailan Kifki se había metido en un charco.

Y ahí nos caímos los tres: el señor enanito Carozo, el Bombero y yo. Nos caímos los tres sentados en el barro.

No se imaginan cómo se reían las mariposas haciendo ji ji ji y los bichos de luz haciendo jo jo jo.

Y ahí nos quedamos los tres sentados en el barro, pero eso sí: sin soltar la colita de Dailan Kifki para que no se nos escapara.

Tanto le tiramos de la colita que al fin ¡zápate! él también cayó sentado en el barro, y claro, nos salpicó de lo lindo: la cara, el pelo, el cuello.

Nos pusimos a hacer pucheros.

Dailan Kifki seguía sentado en el barro, porque como es tan grandote no se podía hacer upa solito. Y nosotros también seguíamos sentados en el barro, porque sí.

Por fin el Bombero, dando muchas volteretas y resbalando de lo lindo, consiguió levantarse, arreglarse la chaqueta, enderezarse el casco y desenredar su manguera. Yo también empecé a forcejear y a tratar de levantarme sin perder el equilibrio, pero antes quise limpiarme un poco el barro de la cara, que era tan espeso que no me dejaba ni siquiera guiñar un ojo.

Y al pasarme las manos por la cara, sin querer, saqué un poquito la lengua… y…

—¿Pero qué es esto? —me dije, agradablemente sorprendida—. Qué rico gustito tiene este barro… ¿Estaré soñando?

Saqué un poquito más la lengua y volví a probarlo.

—Efectivamente, esto no es barro. Es chocolate espeso.

Y entonces los bichos de luz se encendieron todos de golpe y vi que el señor enanito, que por algo había permanecido callado desde hacía rato, seguía sentado en el barro, relamiéndose de lo lindo.

—¿Entonces es cierto que esto no es barro sino chocolate? —le pregunte.

—Y claro —me contestó—, miren qué novedad, en el bosque de Gulubú los charcos son de chocolate, o de leche con granadina, o de mermelada, o de arroz con leche con canela, o de gelatina de frambuesa.

—No sabía, señor Carozo —le dije—, y seguí probando otro poquito y otro poquito y otro poquito. Dailan Kifki había conseguido por fin hacerse upa, ayudado por el Bombero, y seguía jugando con las mariposas, cuando de pronto reparó en que todo el mundo estaba dedicado a probar el chocolate del charco.

Para qué se habrá fijado.

Primero recogió un poquito con la trompa, lo probó bien.

Inmediatamente después clavó la trompa en el chocolate y no la sacó más.

—¡Basta, Dailan Kifki, que te vas a empachar! —le grité.

Pero siguió chupando sin respirar y sin hacerme caso.

En fin, chupó tanto y a tal velocidad que al ratito el charco estuvo completamente seco y, gracias a Dailan Kifki, nos salvamos del riesgo de morir ahogados o empachados.

El charco quedó sequito, con el fondo brillante como un plato de loza, bien lamido y relamido por la trompa de Dailan Kifki.

—Supisiche —dijo entonces el señor Carozo—, ya es hora de irnos a casa a tomar el chocolate.

—¿Pero cómo se le ocurre? —le pregunté indignada—. ¿Cómo cree que podemos seguir tomando chocolate?

—¿Cómo que no? —me replicó el señor Carozo, negro de furia—, ¿cómo van a hacerme semejante grosería? ¡No pueden marcharse del bosque de Gulubú sin pasar antes por mi casa a tomar el chocolate en tacitas de porcelana!

—Señor Carozo, usted es muy atento, pero comprenda que ya llevamos varios días fuera de casa, que salimos sólo para pescar a Dailan Kifki por el cielo, y ahora que lo hemos conseguido no podemos seguir vagando eternamente por el bosque de Gulubú…

—¿Usted rechazaría una invitación de la Reina de Inglaterra? —me preguntó mirándome fijamente.

—No, señor Carozo —balbuceé—. ¿Rechazaría una invitación del *Sha* de Persia?

—No, no, señor Carozo…

—¿Rechazaría una invitación del Primer Ministro de Kenia?

—Nnnno, señor Carozo…

—¿Les haría un desaire a Blancanieves y los siete enanitos?

FEBO ASOMA... LARALALA

—Nnnnooo, señor Carozo.

—¿Y entonces por qué a mí, y sólo a mí, me dice que no, eh? —preguntó furibundo, arrojando su gorra al suelo. Y entonces comprendí que no tenía más remedio que aceptar su invitación.

Total, una aventura más…

Allá nos fuimos los tres de vuelta a buscar al resto de la comitiva.

Dimos dos o tres pasitos por el bosque, al oscuro, sólo alumbrados por los bichos de luz, que estaban medio dormidos.

Sentíamos tal cansancio que los pies no nos caminaban y las piernas no se nos movían.

Entonces… ¿saben lo que hizo Dailan Kifki?

Él solito, sin que nadie se lo pidiera, se arrodilló y nos alzó con la trompa, montándonos a los tres sobre su cabeza.

Y salió al trotecito, mientras nosotros canturreábamos la Marcha de San Lorenzo, pero con tanto sueño que parecía más bien el Arrorró de San Quintín.



29



ASÍ FUE como llegamos hasta la esquina del bosque, donde el Abuelo seguía dando su clase de Botánica.

Sí, no han entendido mal: el Abuelo seguía dando su clase de Botánica. Naturalmente, todo el mundo roncaba discretamente.

El Abuelo estaba tan entretenido que ni siquiera se dio cuenta de que habíamos llegado. Por lo tanto, nos bajamos de Dailan Kifki y decidimos dormir un poco nosotros también hasta que amaneciera.

Yo me acosté en el pasto, con un zapallito por almohada, arrullada por el canto de los grillos y las ranas.

Me despertó mucho después una campana que decía tan talán.

Al principio, medio dormida, pensé: «Qué suerte». Creyendo que era el cencerro de una vaca. «Qué suerte, así tendremos leche para preparar el desayuno de todo el mundo, sobre todo la sopita de avena para Dailan Kifki».

Pero no.

No era una vaca. Era el Abuelo que tocaba la campana para que todo el mundo volviera a clase, con guardapolvo, uñas limpias y cara bien lavada.

El Abuelo se paseaba entre los durmientes agitando la campana y gritando:

—¡Alumnos, a clase! ¡Se acabó el recreo! ¡A formar fila!

Nadie le llevó el apunte.

Todo el mundo se dio vuelta y siguió rezongando entre sueños, menos el Bombero que, acostumbrado a esos trotes, se puso de pie dormido, se lustró los botones con la manga e hizo la venia.

—¡Bravo, alumno Bombero! —le dijo el Abuelo emocionado.

Yo acabé de despertarme, dispuesta a declararle la guerra al Abuelo.

Cuando me vio, sin darme siquiera los buenos días, me dijo:

—¿Y los útiles?

—Abuelo —le contesté—, no estamos en la escuela, este es el bosque de Gulubú, donde los charcos son de chocolate y siempre es recreo.

—¡Todo el mundo es una escuela! —me contestó furioso.

Y de repente me miró y, saliendo de su distracción, me preguntó:

—¿Cómo? ¿Qué dijiste? ¿De qué charcos de chocolate me estás hablando?

—De los charcos del bosque de Gulubú, Abuelo.

—¿De chocolate? —repitió, bizco de envidia—. ¿Y esas manchas que tienes en la cara y el delantal y las orejas y el pelo son de chocolate?

—Sí, Abuelo.



Y entonces el Abuelo se puso a despertar a todo el mundo para ir a dar clase de chocolate.

Poco a poco, todos abrieron un ojo, después el otro.

—Mi tía Clodomira, mi hermano Roberto, mi papá y mi mamá.

El Capitán, el Comisario, los Embajadores, el Chiquitisecretario, los curiosos, los mirones, los heladeros, todos.

En cuanto oyeron la palabra «chocolate» formaron fila sin pestañear.

El Abuelo se disponía a encabezar la nueva expedición, cuando el señor Carozo lo interceptó:

—¿Y usted adónde diablos va?

—¿Cómo adónde voy? —le contestó el Abuelo—, mi nieta acaba de decirme que en su bosque hay lagos de chocolate, por lo tanto vamos todos a bañarnos.

—No señor —contestó el enanito furioso—, no vamos nada a bañarnos en el charco, vamos a tomar chocolate a mi casa, y a tomarlo como se debe, en tacitas de porcelana y sobre la mesa.

—No quiero —dijo el Abuelo—, estoy aburrido de tomar chocolate en tacitas, yo quiero enchocolatarme todo, igual que usted, mi nieta, el Bombero y Dailan Kifki.

—¡Entonces, supisiche! —dijo ferozmente el enanito, sacando otra vez su espada.

Se pusieron a pelear, como de costumbre, hasta que el Comisario los separó, a fuerza de silbato, palo y guantes blancos.

Pasada esta tormenta, nos pusimos todos en marcha rumbo a la casa del señor Carozo, que por suerte quedaba ahí nomás.



30

EFECTIVAMENTE, la casa quedaba muy cerca.

Primero había que contar diecisiete árboles, pasar un arroyito y medio, dar la media vuelta, contar hasta cuatro, dar quince pasos de vals para la derecha y luego catorce de tango para la izquierda y… allí estaba la casa.

Efectivamente, era un castillo, grande como los castillos de veras, pero yo pensé: «Este enanito no me engaña más, ya sé que el castillo es grande por fuera pero chico por dentro, igual que la carroza».

Efectivamente, era muy grande por fuera pero chiquito por dentro.

Yo me preguntaba cómo iba a caber tanta gente dentro del castillo, pero en fin, ya habíamos superado tantos problemas que no me iba a asustar por tan poca cosa.

El señor Carozo nos hizo entrar primero al Abuelo y a mí. Nos agachamos y, gateando, pudimos pasar muy cómodos por la puerta.

En cuanto traspusimos el umbral, oímos a nuestras espaldas un llanto espantoso: era Dailan Kifki, tristísimo porque, naturalmente, él sí que no cabía. Y ya había percibido el exquisito olor a chocolate que venía de la cocina del palacio.

Lloró tanto y tan bien que estoy segura de que se despegaron todas las estampillas del correo de Gulubú.

Decidí no hacerle caso y dejar que llorara, que es lo que se suele hacer con los chicos llorones y malcriados, y entramos todos los que pudimos en la sala del castillo del señor enanito. Es decir, entramos el Abuelo, yo y una o dos personas más.

Se me hace muy difícil contarles qué preciosa era esa sala. Eso sí: no era una sala para estar ni para sentarse ni para recibir visitas. Era una sala nada más que para mirar. Estaba llena de ventanas y ventanitas con cristales de todos colores. Y lo curioso es que, al parecer, las ventanas no se quedaban quietas, sino que se movían cada vez que uno se movía. De modo que los colores cambiaban y se mudaban constantemente. Era como estar adentro de un caleidoscopio.

¿Se imaginan?

No había sillas ni muebles ni nada. Solamente las ventanitas locas y, en un rincón, dormida en una cama de cristal, una hermosa pelota de fútbol que era sin duda la que lo había hecho campeón al señor Carozo.

—Ahora duerme —dijo el señor Carozo señalando gravemente la pelota —, pero cuando se despierta, en seguida hace gol.

—¿Y a qué hora se despierta? —le pregunté.

—A las cansadas —me respondió misteriosamente.

Decidimos dejar dormir tranquila a la pelota, y el dueño de casa nos invitó a pasar al comedor, donde, según explicó, nos esperaba una gran mesa con un mantel finísimo y, sobre el mantel, más de 800 tacitas de porcelana con el chocolate humeante ya servido.

Lo seguimos gateando hasta el comedor.



Nos acomodamos alrededor de la mesa y vimos que, efectivamente, las 800 tacitas estaban dispuestas sobre el fino mantel, pero… no quedaba ni una sola gota de chocolate.

¿Qué había pasado?

El sinvergüenza de Dailan Kifki, furioso porque no había podido entrar en el palacio, no encontró nada mejor que meter la trompa por la ventana y tomar el chocolate de todas las tacitas, una por una.

¿Se dan cuenta?

Lo único que debo reconocer, para ser justa, es que había chupado el chocolate con tal delicadeza que no había roto una sola taza ni volcado una sola gota sobre el finísimo y almidonado mantel. Estábamos todos contemplando con tristeza y desesperación las tacitas vacías, cuando de pronto… ¡zápate! desde la sala llegó un ruido de vidrios rotos. Apenas alcanzamos a girar la cabeza cuando de golpe y porrazo entró la pelota, saltando y rodando como una loca.

Parece que se había despertado con el escándalo.

La pelota se puso a saltar sobre la mesa y rompió unas cuantas tacitas.

—Supisiche, se despertó —murmuró el señor Carozo.

Luego de jugar y rebotar un buen rato, la pelota se escapó por la ventana y Dailan Kifki se puso a jugar con ella, en el jardín del palacio.

A mí me sorprendió mucho que el señor Carozo, que era tan cascarrabias, soportara una pelota tan mal educada.

En fin, el dueño de casa se disponía ya a llamar a su misteriosa e invisible servidumbre para que repusiera las tacitas rotas y preparara más chocolate, cuando…

Casi prefiero no recordar lo que pasó.

Se me ponen los pelos de punta.



31

DE PRONTO, el palacio tembló. El piso ondulaba, la pintura del techo llovía sobre nuestras cabezas, un ruido infernal provenía de la sala:

¡CRISH CRASH PLUM PLATAPLUF BIM BAM BUM BRRRRRR!

—¡Supisiche, un terremoto! —dijimos los tres, el señor Carozo, el Abuelo y yo, tomándonos de la manito, muertos de miedo.

Sin embargo, a mí me extrañaba que hubiera terremoto en Gulubú, ya que no había visto una sola montaña, y mucho menos un volcán.

Los tres apretamos los ojos y nos tapamos los oídos, seguros de que Dailan Kifki, jugando con la pelota, había destrozado parte del palacio.

—¡Seguro que es el elefante! —rugió el señor Carozo con voz de cachorro de león.

—¡No nos apresuremos! —le dije yo.

—¡A ese elefante hay que encerrarlo en una escuela para toda la vida! —chilló el Abuelo.

—Yo estoy segura de que no fue él —defendí al pobre Dailan Kifki.

—¿Que no? —contestó el enanito, verde de rabia—. ¡Le apuesto mi pelota a que fue él!

—Apostado —le contesté tranquila.

—Supisiche —añadió el señor Carozo—, si Dailan Kifki es inocente, te llevas la pelota, con camita y todo.

—Me la llevo.

Yo me asomé a la ventana y vi que Dailan Kifki jugaba muy tranquilo al golf, empujando la pelota con la trompa para hacerla caer en un hormiguero.

—Venga, mire le dije al señor Carozo.

Y lo hice upa para que mirara.

—¿Y entonces qué fue ese bochinche? —preguntó el señor Carozo, intrigado.

—No sé, pero es evidente que Dailan Kifki no tiene la culpa, de modo que le he ganado la pelota.

—Un momentito —dijo el señor Carozo, que ya estaba arrepentido de haber apostado su preciosa pelota—, esto tenemos que investigarlo con un detective; no te llevarás la pelota hasta que averigüemos que realmente no fue Dailan Kifki el que organizó esa catástrofe.

—Pero, señor Carozo, antes tendríamos que saber en qué consiste esa famosa catástrofe. Hemos oído el estruendo pero hasta ahora no nos hemos movido de aquí para enterarnos de qué sampiolín pasó —dije nerviosamente, contagiada ya del vocabulario del enanito.

—Para saber bien qué pasó —replicó testarudo como siempre— necesitamos un detective, un detective auténtico, con lupa y pipa.

—¿Pero para qué un detective si podemos mirar con nuestros propios ojos? El ruido, la catástrofe sucedió aquí cerquita, al parecer dentro de la casa, señor Minujín.

¿Ustedes creen que el enanito dio su brazo a torcer?

No.



Ni se molestó en ir a ver dónde había sucedido la catástrofe. Tampoco me dejó ir a ver a mí. Insistía, gruñía y pataleaba clamando por un detective con lupa y pipa.

Entonces escuchamos una risita irónica a nuestras espaldas…

¿Se imaginan quién era?

¡Imagínense!



32

NOS DIMOS vuelta y, con la boca abierta, vimos al Abuelo perfectamente disfrazado de detective, con gorra y capita a cuadros, lupa, pipa y patillas.

—Toda la vida fui detective diplomado —dijo el Abuelo desdeñosamente, lustrando la pipa en la manga.

—Me alegro mucho —respondió el señor Carozo tendiéndole la mano.

Y ahí nomás lo contrató para que realizara inmediatamente la investigación.

—¡Todas las sospechas recaen sobre el acusado Dailan Kifki! —rugió.

—No se apresure —le contestó el Abuelo con calma—, la culpable bien puede haber sido la pelota.

—¡No señor! ¡La pelota estaba jugando tranquilita en el jardín!

—Permítame esa pelota —insistió el Abuelo con la pipa entre los dientes.

Yo me asomé a la ventana y le pedí a Dailan Kifki que me alcanzara la pelota, cosa que hizo muy obediente. El Abuelo la observó por todos lados con su lupa y murmuró:

—Esperemos que llegue la policía y lleve de tenida a esta pelota por sospechosa.

—¡Eso sí que no lo voy a permitir, sampiolín! —rugió el enanito.

Pero el Abuelo lo interrumpió tranquilamente, diciendo:

—Prosigamos con la investigación. Primero tenemos que saber dónde se produjo el bochinche y cuáles son los daños materiales.

—Me parece que el ruido vino de la sala —dije—; aquí están todas las tacitas intactas.

—Entonces pasemos a la sala —dijo tranquilamente el Abuelo indicándonos el camino con la pipa.

Y allá fuimos los tres de la manito.

Ya no había sala.

No había más que un montón de vidrios de todos colores hechos añicos. Ni rastros quedaban de la cuna de cristal de la pelota. Ni los marcos de las preciosas ventanas locas que se movían como un caleidoscopio.

Nos quedamos los tres en silencio, mirándonos las puntas de los zapatos.

Yo sentí que se me escapaba un lagrimón. Bajó rodando y después hizo clin al estrellarse contra los vidrios rotos que alfombraban el suelo.

El señor Carozo se había quedado inmóvil, con el gorro en la mano y la cabeza gacha.

Lo acaricié un poquito para reconfortarlo, porque me imaginé muy bien qué grande sería su tristeza.

Una sala tan linda, única en el mundo.

—¿Quién fue? —lloriqueaba—, ¿quién me rompió mi preciosa salita, quién?

—Señor —le dijo el Abuelo poniéndole la mano sobre el hombro—, ese es uno de los más grandes misterios de la historia de Gulubú. Pero ya lo develaremos, con ayuda de mi pipa, mi lupa y mi extraordinaria inteligencia.

El Abuelo estaba cada día más modesto.

Sacó una libretita del bolsillo trasero de sus bombachas de golf y anotó:

«EL CASO DE LA SALA DESAPARECIDA»

—Lo primero que tenemos que hacer —dijo después el Abuelo guardando la libretita— es interrogar a todas las personas que están alrededor de la casa.

—¡Pero no vamos a terminar más, Abuelo! ¡Son como 800.000 personas!

—Entre ellas está el culpable —dijo el Abuelo chupando la pipa.

Salimos al jardín, donde toda nuestra comitiva acampaba debajo de los árboles y arriba de los tréboles.

Todos tenían caras de distraídos y de inocentes, cosa que me resultó muy sospechosa.

El Abuelo se trepó a un tronco, de frente al público, y dijo con voz calma y sonora:

—En este palacio acaba de suceder una terrible desgracia…

—¿Qué desgracia? —preguntaron todos haciéndose los inocentes, cuando allí la tenían, frente a sus propias narices, a la sala hecha añicos.

—Manos criminales han destrozado la sala del señor Carozo —dijo el Abuelo.

—Olaaa, de veras… —comentaron todos, como si no la hubieran visto.

—No la habíamos visto —dijo un Embajador, y a mí me pareció un mentiroso desvergonzado.

—¿Tampoco escucharon el bochinche? —preguntó el Abuelo.

—No… —dijo el Comisario—, como estuvimos todos cantando zambas…

—Les ruego encarecidamente —insistió el Abuelo— que colaboren conmigo en la investigación, para que no cometamos la injusticia de condenar a un inocente.

—Por supuesto, por supuesto, a sus órdenes… —dijeron todos.

—Les ruego que se aparten un poco —pidió el Abuelo— y se mantengan alejados del lugar de la catástrofe, porque con mi lupa voy a estudiar las huellas del terreno.

Todos retrocedieron en silencio mientras el Abuelo, en cuatro patas, se puso a estudiar el suelo con su poderosa lupa inglesa.

El señor Carozo lloraba junto a mí, cubriéndose los ojos con mi delantal.



33

POBRE señor Carozo!

Yo le acariciaba la cabezota al enanito y trataba de consolarlo:

—No se aflija, señor Carozo, entre todos vamos a reconstruir su sala.

—Y mientras tanto, ¿dónde va a dormir la pelota? —preguntaba hipando inconsolable.

—A los pies de su cama, señor Carozo.

—No, no le gusta; a medianoche tiene pesadillas y salta sobre mi cama y me asusta…

—No se aflija, el Abuelo va a descubrir al culpable y como castigo lo va a obligar a reconstruir la sala.

—Mi preciosa salita con ventanas locas de todos colores…

Para distraerlo, lo invité a la cocina a preparar una sopita de avena para Dailan Kifki.

Me extrañó no ver a un solo sirviente en el palacio, ni a un solo cocinero en la cocina.

—No se ven pero hay muchos —me explicó el enanito.

Tuve que cocinar de rodillas porque la cocina era muy chiquita. Cuando salimos a llevarle la sopa a Dailan Kifki, el Abuelo seguía gateando alrededor de la sala destruida, olfateando el suelo como un sabueso y observándolo bizcamente a través de su lupa.

—Una hormiga —decía el Abuelo, y la anotaba en su libreta.

—Una cucaracha con peluca —decía el Abuelo y la anotaba como sospechosa.

—Una lombriz empachada —y la anotaba.

«No va a terminar más», pensé, alarmada.

De pronto el Abuelo se detuvo y hundió la nariz en el suelo.

Miró y remiró con la lupa. Comparó lo que miraba con la hormiga, la cucaracha y la lombriz. Sacó una regla y un compás y midió bien lo que miraba, lo anotó en su libreta y vino a decirme al oído:

—Me parece que ya lo tengo.

—¿Al culpable, Abuelo?

—Ajá.

—¿No es Dailan Kifki, verdad?

—Eso lo vamos a comprobar inmediatamente —dijo con calma—. He encontrado una huella que es una circunferencia de un centímetro de diámetro; ahora falta ver cuánto miden las patas de Dailan Kifki. Si son de la misma medida, sin duda el culpable es él: hay varias huellas idénticas.

—Me parece que las patas de Dailan Kifki son un poco más grandes, Abuelo.

—Eso hay que comprobarlo con mi regla y mi compás. Tráeme al acusado inmediatamente.

Fui a buscar a Dailan Kifki, que había terminado su sopita, y lo llevé de una oreja a comparecer ante el detective.

—Perfectamente —dijo el Abuelo—, procederemos a efectuar la investigación cronológica, numismática y peripatética de las huellas dactilares de este proboscidio, en comparación filatélica con los rastros paralelepípedos y sintomáticos descubiertos en el terreno adyacente.

Cosa que, sin duda, quería decir que iba a ver si las patas de Dailan Kifki coincidían con las huellas descubiertas en el barro.

El Abuelo sacó su libretita y comprobó la medida de las huellas: un centímetro.

Luego tomó la regla y el compás y, con mi ayuda, le doblamos una pata a Dailan Kifki y el Abuelo le midió la planta cuidadosamente.

—48 centímetros, 15 milímetros —dijo el Abuelo, y anotó en su libreta.

—¿No ve? —le dije—. Las huellas no son de él.

—Para mayor seguridad vamos a comprobarlo en la práctica.

Y colocó la pata de Dailan Kifki sobre uno de los agujeritos descubiertos en el terreno.

—Sobran exactamente 47 centímetros 15 milímetros —dijo; por lo tanto, estas huellas no pertenecen al acusado.

Yo suspiré aliviada.

Las huellas eran unos agujeritos redondos, distribuidos sistemáticamente.

«De zapato no son —pensé—, de monopatín tampoco, de gallina tampoco».

—Son huellas muy raras —le comenté al Abuelo—. Yo diría que son huellas de un animal con una pata sola.

—¡Tonterías! —me dijo—, ¿conoces acaso algún animal que tenga una pata sola?

—A ver… —Me puse a pensar con el dedo en la frente— el caracol no tiene ninguna, la mosca tiene varias, pero para qué va a molestarse en caminar si puede volar… la mesa tiene patas, pero no es animal…

—¡Ya lo tenemos! —me interrumpió el Abuelo—. ¡Tienes razón, el culpable bien puede tener una o más patas pero no ser animal!

—Una sola pata… —Me dolía la cabeza de tanto pensar.

—¡Ya lo tengo, Abuelo! —grité alborozada—. ¡Un paraguas!

—¡Eso es! —gritó el Abuelo, abrazándome con lágrimas en los ojos—. ¡Estas huellas son de paraguas, siempre lo supuse!

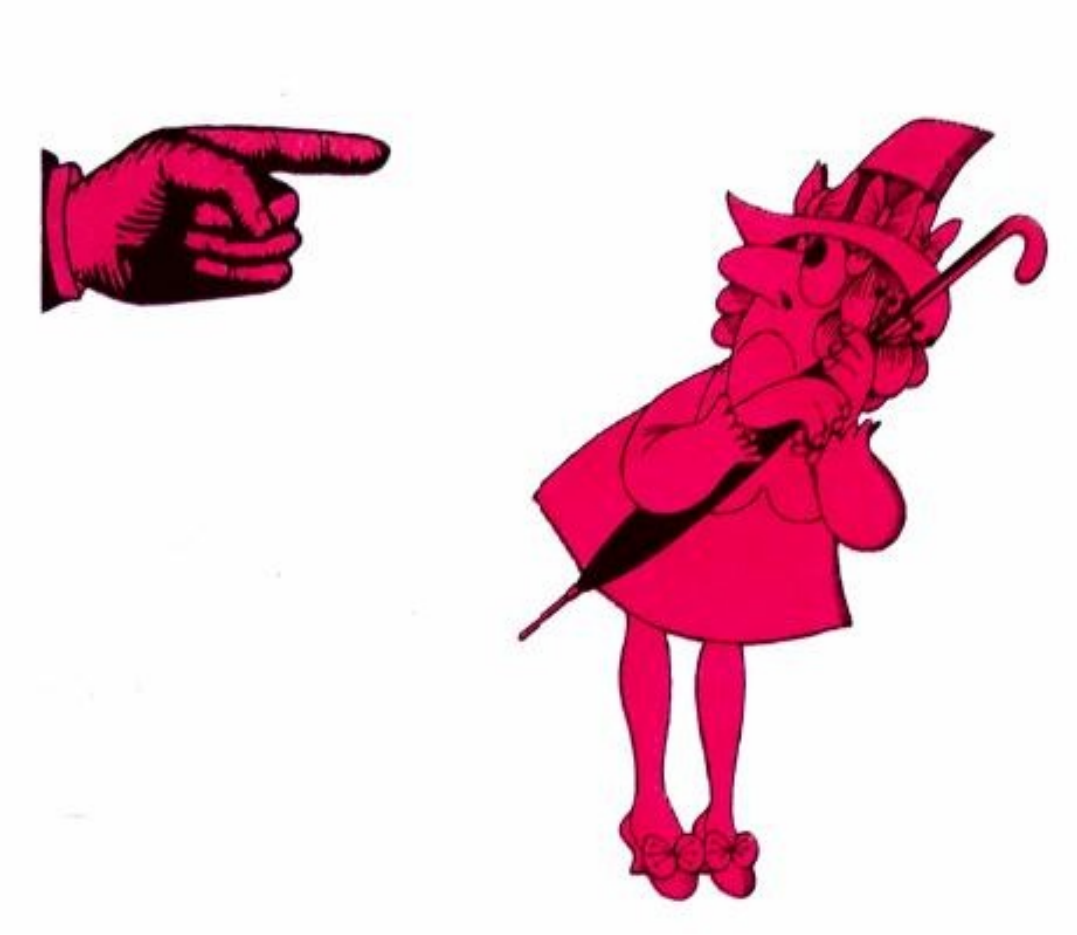
—Pero Abuelo —le dije tratando de calmarlo—, no me dirá que un pobre paraguas puede haber causado semejante terremoto.

—¿Por qué no? —me contestó el Abuelo misteriosamente.

Y se alejó hacia donde estaban los curiosos, los personajes, los vecinos y todo el mundo tomando mate con caras de inocentes.

El Abuelo se detuvo a mitad de camino, sacó su libretita y anotó:

«EL CASO DEL PARAGUAS ASESINO»



34

EL ABUELO se trepó sobre una piedra, tocó la campana talán talán, y chistó varias veces enérgicamente hasta que consiguió imponer un silencio impresionante.

Entonces dijo:

—¡Alumnos!

—Presentes… —contestaron todos, muertos de miedo, de chucho, de cuicui y de julepe.

—Luego de largas investigaciones —dijo el Abuelo—, y gracias a mi lupa y a mi pipa, he descubierto que el culpable o cómplice principal de esta espantosa catástrofe tiene una sola pata y por lo tanto es un paraguas.

De la multitud se desprendió un murmullo de asombro.

—Ruego a los presentes —continuó el Abuelo— que el que sea poseedor de un paraguas se presente de inmediato en esta seccional.

Y allí se quedó, escrutando con ojos de prócer y esperando que el paraguas culpable apareciese.

Pero nada.

Nadie se movía.

—Último aviso —previno el Abuelo severamente—; advierto a cualquier paraguas, vivo o muerto, seco o mojado, que se encuentre entre ustedes, que se presente de inmediato.

Y entonces se oyó una voz chillona que protestó de esta manera:

—¿Para qué quiere un pobre e indefenso paraguas, si todo el mundo sabe que el único culpable es ese meterete de elefante?

Yo me puse furiosa al oír semejante calumnia, y Dailan Kifki no les digo nada: revoleó las orejas y la trompa como para comerse a mi tía Clodomira.

Porque era ella la que había hablado, muy indignada, señalándolo con su paraguas.

En seguida se puso a discutir con el Abuelo, y todo el mundo empezó a comentar, discutir, tomar partido y apostar por uno o por otro.

Fue tan grande el bochinche que nadie se dio cuenta de que mi tía revoleaba el objeto buscado: su paraguas, ese famoso paraguas que no abandona en el paragüero ni para dormir.



En mitad de la pelea, el Abuelo se dio cuenta y gritó:

—¡Pero cómo se atreve a acusar a ese pobre elefante inocente cuando usted tiene en su propia mano y a la vista de todo el mundo al verdadero culpable: su paraguas!

—¿Qué? ¿Cómo?… ¿De parte de quién?… ¿Qué dice?… —tartamudeó mi tía Clodomira, mirando fijamente su paraguas, bizca de asombro, ya que con tanta discusión ni ella se había dado cuenta de que lo tenía en la mano.

—¿Qué quiere hacerle a mi pobrecito paraguas que nunca le hizo mal a nadie? —lloriqueó por fin mi tía.

—¡Comprobar si sus huellas coinciden con las que tengo anotadas en mi libretita! —rugió el Abuelo, arrebatándole el paraguas.

No necesito decir que mi tía se desmayó.

Mientras los Embajadores trataban de extraerla del macetón donde había caído, el Abuelo medía y remedía la pata del paraguas, que como todo el

mundo sabe se llama contera, y la comparaba, lupa en mano, con las huellas.



Al ratito mi tía Clodomira volvió en sí, pero volvió a desmayarse cuando el Abuelo dijo solemnemente:

—Declaro que este paraguas es, si no culpable, altamente sospechoso.

La multitud, mirando de reojo a mi tía Clodomira, dijo:

—¡Ooooooovovah!

Yo me acerqué al Abuelo y le dije:

—Abuelo, ¿dónde ha visto un paraguas que camine solo y que pueda, él solito, romper una sala?

—Es que no fue solo —chilló el Abuelo—, fue de la mano de tu tía, como va siempre.

—No puede ser —dije yo—, ¿qué interés tenía en romper la sala del señor Carozo?

—La someteremos a un interrogatorio —dijo el Abuelo.

Y allá se fue a interrogar a mi tía Clodomira.

Cuando lo vio acercarse tan decidido, mi tía se atajó diciendo:

—Yonofui, yonofui, yonofui, yonofui…

Pero al ratito, acosada por el remordimiento, lo confesó todo.

Yo, obedeciendo las órdenes del Abuelo, tomé apuntes taquigráficos de la confesión de mi tía.

La Confesión de Mi Tía es tan importante que merece un capítulo aparte.

Leyéndola, ustedes sabrán toda la verdad verdadera por boca del auténtico culpable.

Yo no le he tocado ni una coma a la confesión, pero es posible que falten algunas palabras porque un gorrión me picoteaba el papel mientras yo tomaba nota, y, según pude notar, me parece que le gustaban algunas palabras, aunque estuviesen escritas en taquigrafía. Y las que le gustaban, las picaba y se las llevaba.

Así fue como, al día siguiente, vi un nido lleno de garabatos escritos con lápiz.

Pero esto no tiene nada que ver con la escalofriante historia policial que les estaba contando.

Disculpen.

35

Confesión de mi tía Clodomira

—Yo no fui, yo no fui, yo no fui… Bueno, sí, fui yo, pero sin querer. Ustedes, señores, saben muy bien que yo no soy mala ni dañina ni destrozona. Al contrario, soy atenta y servicial, ¿acaso no hace una semana que les estoy cebando mate a todos? Lo que pasó es que todo el mundo quería entrar en la casa del señor enanito Carozo Nosecuánto. ¿No? ¡Todo el mundo! Todos tenían curiosidad, y yo también, señores del jurado. Yo me moría de ganas de entrar a bichar, ¿por qué no? ¿Qué hay de malo en eso? Yo también quería probar, como todos, el chocolate en tacitas de porcelana. Pero como la casa era tan chiquita, resulta que no entró nadie más que el Abuelo y su nieta. Pero cuando senti el olorcito a chocolate caliente, me quise asomar un poquito, nada más que un poquito. Resulta que me asomé a la puerta de la salita y, como era tan angosta, allí me quedé atrancada, sin poder entrar ni salir. Ni entrar ni salir. Claro, ya sé que soy un poquito gorda, casi tan gorda como ese elefante o como cuatro buzones juntos atados con un piolín. Entonces forcejeé un poquito, haciendo palanca con mi paraguas y… ¡Crash, plin, plan, rataplash!, la puerta se vino abajo junto con toda la sala, incluido el precioso ventanal con vidrios de todos colores… ¡Pero les aseguro que mi pobre paraguas es inocente! ¡Él ni siquiera quería probar el

chocolate! Ahora que he confesado todo, señor detective, arrésteme y…

(Aquí el llanto de mi tía fue tan caudaloso que borró el resto de la confesión e inundó el jardín).





36



QUÉ PENA le daremos, mantantiru lirulá? —preguntaba el señor enanito Carozo.

—Déjenme pensar —decía el Abuelo con el dedo en la frente.

Nadie sabía cómo castigarla.

Hasta que al señor Carozo se le ocurrió una idea genial:

—¡Qué vuelva a construir la sala de mi palacio!

—Pero cómo voy a reconstruir la sala si no soy albañil… —protestaba desesperada mi tía Clodomira.

—Que la haga de madera, mantantiru lirulá —canturreaba el señor Carozo.

—Pero no soy carpintera… —decía mi tía, en medio de un ataque de hipo.

—Que le haga de cuerito, mantantiru lirulá —insistió el señor Carozo.

—Pero si yo no soy talabartera… —decía mi tía.

—Que la haga de merengue, mantantiru lirulá —insistió el señor Carozo.

Y mi tía se quedó callada.

Porque cocinar, eso sí que sabía. Y sobre todo hacer merengues, bizcochuelos, hojaldres y tortas con firuletes de crema y nueces picaditas.

—Bueno —dijo mi tía, dirigiéndose decidida a la cocina.

Pero como nos dio miedo de que la rompiera, le trasladamos varios calentadores y los ingredientes al jardín.

Y así, poco a poco, con mucha paciencia y habilidad, mi tía Clodomira empezó a reconstruir la sala, espantando a paraguazos a los curiosos que querían probarla a cada rato.

Preparó enormes ladrillos de bizcochuelo, y con ellos alzó las paredes.

Unió los ladrillos, de más está decirlo, con dulce de leche espeso.

Las paredes quedaron perfectas, y todo el mundo aplaudió.

—No aplaudan todavía, que falta mucho —dijo mi tía.

Y se puso a preparar las famosas ventanas, con caramelo de todos colores. Quedaron casi igualitas que las anteriores.

Luego colocó el techo. De chocolate, naturalmente.

Y allí tuvieron que intervenir las autoridades militares de la expedición para impedir que los presentes se lo comieran. Cuando acabó de techar, todo el mundo aplaudió.

Mi tía saludó con la pollera y dijo:

—No aplaudan todavía que falta mucho.

Y se puso a pintar las paredes con azúcar blanquísima.

Todos aplaudieron de nuevo, pero mi tía advirtió:

—No aplaudan todavía que faltan detalles de terminación.

Y salpicó artísticamente con grageas las paredes recién blanqueadas.

Entonces sí: mi tía Clodomira, secándose la frente con el delantal y muerta de cansancio, recibió con grandes sonrisas la ovación de la multitud.



El señor Carozo, feliz porque había recobrado su sala, me pidió que lo hiciera upa para darle un besito a mi tía.

Y así terminó, felizmente para todos, el Misterioso Caso de la Sala Desaparecida y el Paraguas Asesino.

Y yo le había ganado la pelota al señor Carozo, porque Dailan Kifki era inocente.

Ja ja.



37

MUY PRONTO tuve que dejar de reírme, cuando vi que el señor Carozo se iba muy tranquilo a buscar su pelota dormilona para ponerla otra vez en la salita.

—¡Un momento, señor Carozo! —le grité.

—¿Qué pasa? —me contestó haciéndose el tonto.

—Lamento decirle —le contesté— que esa pelota ya no es suya sino mía, bien mía y réquete mía.

—Supisiche —me contestó—, esa pelota es mía, bien mía y réquete mía desde hace 185 años.

—No, señor; usted, como es enanito, tiene una memoria muy corta, señor, pero recuerde, señor, que usted me apostó esa pelota, señor, y yo se la gané en buena ley, señor.

—¿Yo? —me preguntó haciéndose el asombrado—. ¿Yo, apostar mi preciosa pelota? ¿Yo? ¿He oído bien?

Entonces lo hice upa de nuevo y, corriéndole el gorro y levantándole un poco el pelo de la patilla, le grité en el oído:

—Sí señor, usted me apostó la pelota y perdió, así que me la llevo.

—¿Y jugando a qué se la aposté? —me preguntó, con los ojos muy abiertos—. ¿Jugando al ludo, a la rayuela, al dominó, a la mancha venenosa, al tinenti?

—No señor —le dije, esta vez levantándole la patilla de la otra oreja—, usted me la apostó creyendo que el culpable del asesinato de la sala era Dailan Kifki, y la investigación policial ha demostrado que el pobrecito era inocente.

—Sampiolin —me contestó impaciente—, bájeme que tengo mucho que hacer.

—No señor, no lo bajo nada —le contesté, teniéndolo siempre a upa, a pesar de que pataleaba como loco revoleando los escarpines.

Lo aparté un poco pero no lo puse en el suelo.

—La pelota es mía, réquete mía —insistí.

—¿Y a mí qué me importa? —dijo por fin—. Llévese su pelota, total, el bosque de Gulubú está lleno de pelotas de fútbol tan inteligentes como ésa.

Entonces lo puse en el suelo, y él entró corriendo en la casa y salió al poco rato abrazado a su pelota.

Me la dio de muy mala gana.



38

AL PARECER, se habían acabado los problemas, los líos, los trámites, los patatuses, los derrumbes y el chocolate de las tacitas.

Al parecer, por fin íbamos a emprender el viaje de regreso a la estación de Ituzaingó, y de allí a casita.

Todo el mundo hacía preparativos: se lustraban las galeras con la manga, se abrochaban los chalecos, se soplaban el polvo de los zapatos, se peinaban con el dedo, etcétera.

El Abuelo nos hizo desfilar ante el señor Carozo dándole la mano y las muchas gracias por su hospitalidad.

El dueño de casa parecía bastante tristón con nuestra partida, y, mientras se peinaba la barba con el meñique, murmuraba pensativo:

—Supisichesupisichesupisiche…

Era evidente que cuando nos fuéramos se iba a poner a llorar.



Dailan Kifki también estaba muy triste. Le había gustado mucho el bosque de Gulubú, sin duda le recordaba su casa en el África.

Pero en fin, algún día había que volver. En cuanto nos alejamos unos pasos, mi tía Clodomira gritó:

—¡Alto, vista derecha!

Y todos miramos hacia su obra, que para entonces estaba llena de moscas y abejas, con una última mirada de admiración.

Y nos encaminamos, mientras el señor Carozo nos decía adiós con un pañuelo mucho más grande que él, bañado en llanto.

Tuve que prometerle que volveríamos.

Se abrazó a mis rodillas, secándose los ojos y las patillas con mi delantal.

Tuve que hacerle cosquillitas en la nuca.

Cuando se calmó un poco emprendimos la retirada.

Dailan Kifki encabezaba la comitiva, y yo lo seguía abrazada a la pelota dormilona, que roncaba de lo lindo.

Nos seguían: mi familia, el Bombero, el Capitán, los Embajadores, el Chiquitisecretario, el Intendente y todas las otras personalidades que ustedes ya conocen. Y, más atrás, vecinos, curiosos, heladeros, monaguillos y un perro con dos colas.

Empezaba a anochecer, y a mí se me ocurrió una funesta idea: ¿adónde íbamos? Porque el bosque de Gulubú es muy grande. Me acerqué al Abuelo y le pregunté en secreto:

—Abuelo ¿adónde vamos?

—Cómo adónde vamos —me contestó—, a la estación de Ituzaingó.

—Sí, ya sé, pero ¿usted le preguntó al señor Carozo para dónde queda?

—No porque creí que tú sabías el camino —me contestó el Abuelo.

—No tengo la menor idea, Abuelo —le contesté afligida.

—No te preocupes, en mi bolsillo tengo una brújula.

—¿Y qué hacemos con la brújula si no sabemos si la estación queda al Norte, al Sur, al Este o al costado? —le pregunté alarmada.

Mi hermano Roberto oyó la conversación y comentó:

—Estamos fritos.

El Abuelo detuvo a la comitiva y dijo que era necesario mandar un chasqui a la casa del señor Carozo para que le explicara el camino.

Entonces mi hermano Roberto abrió la boca y en lugar de decir estamos fritos, como siempre, dijo:

—Tengo una idea.

Y era cierto, tenía una idea.

—Aquí hay una sola persona —dijo— capaz de orientarse en la oscuridad: ¡Dailan Kifki!

—Estás loco —le dije.

—Con una trompa tan larga nadie se pierde —insistió mi hermano.



Yo pensé que no tenía nada que ver una cosa con la otra, pero en fin…

Fuimos los dos a buscar a Dailan Kifki, que dormitaba junto a un eucaliptus.

—Dailan —le dije al oído—, ¿para dónde queda la estación?

Nada.

Le pregunté 16 veces más, y nada. Ni mu.

—Ésa no es manera de hacerle una pregunta a Dailan Kifki —dijo Roberto.

—¿Y cómo hay que hablarle? ¿En africano?

—Yo sé cómo —dijo Roberto.

Y se acercó a la orejota izquierda de Dailan Kifki y le gritó:

—¡Dailan Kifki, en la estación de Ituzaingó hay 17 barriles de sopita de avena con leche!

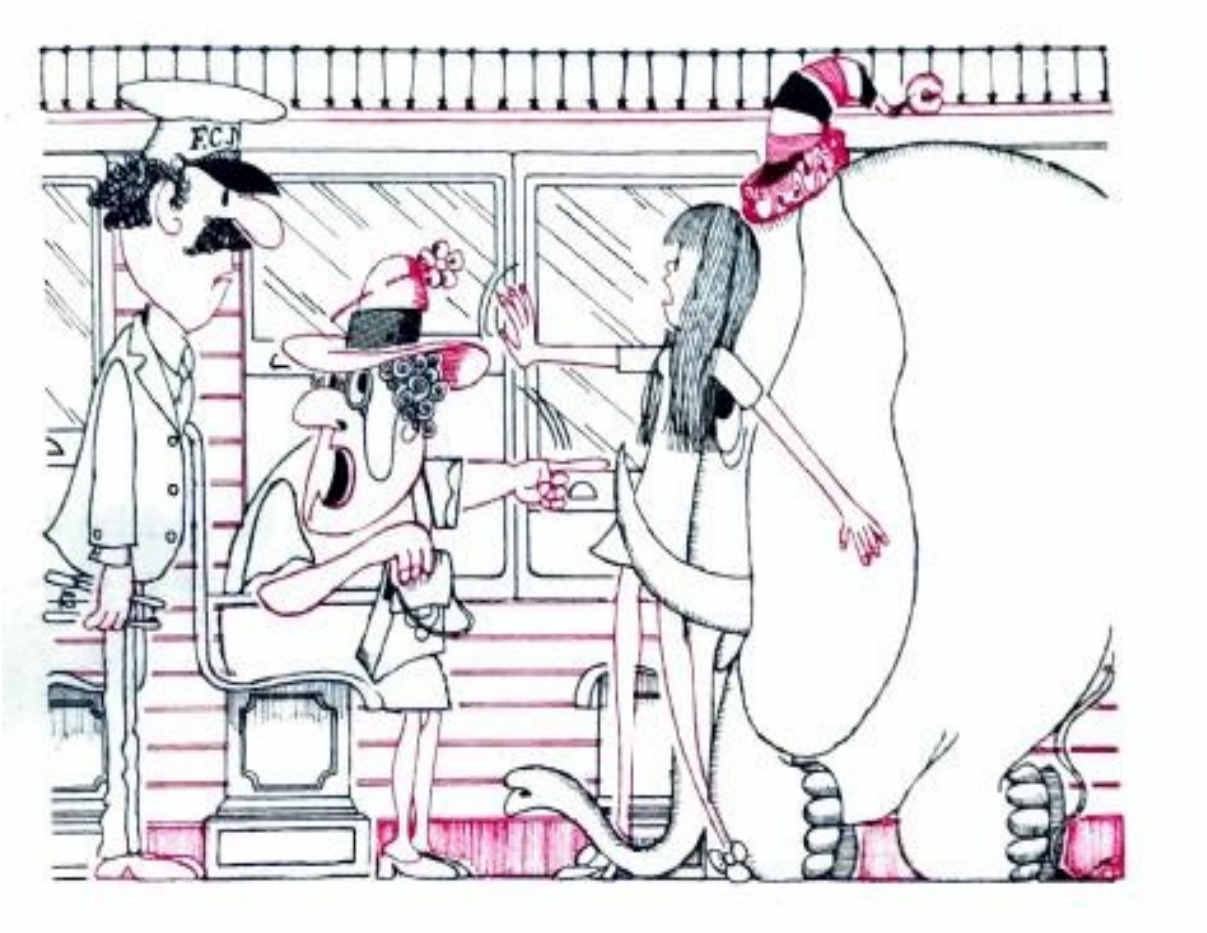
¡Y allá salió Dailan Kifki como un loco! Apenas tuvimos tiempo de ponernos todos de pie y seguirlo. Algunos perdieron la galera, otros un zapato, otros se dieron un porrazo, a otros se les ladeó la peluca.

Pero allá lo seguimos todos, cantando la Marcha de San Lorenzo y con la mirada puesta en el porvenir.

Trotamos varias horas hasta que por fin, allá muy lejos, vimos una lucecita y oímos el pito de las locomotoras.

Dailan Kifki apuró el paso, desplegó las orejotas y estiró la trompa hacia los barriles de sopita.

A mí me dio mucho remordimiento que lo hubiéramos engañado tan miserablemente. Esas cosas no se hacen.



39

PARECE mentira, pero al fin llegamos a la estación de Ituzaingó. Yo me fijé bien en los carteles, porque tenía miedo de haber llegado a la estación Ituzaingó del Ferrocarril de Nomeacuerdo o de la República de Santantonín.

Pero no.

En todas partes decía bien clarito: Ferrocarril Domingo Faustino Sarmiento, República Argentina.

Para no cansarlos, paso por alto el hecho de que el Abuelo, en cuanto vio el nombre del prócer, se sacó el casco y pretendió hacernos cantar a todos el Himno a Sarmiento.

No es que no nos guste Sarmiento, al contrario, lo queremos mucho, pero no teníamos fuerza para cantar.

El Abuelo cantó el Himno él solo, varias veces.

Todos se abalanzaron sobre el puesto de golosinas: para eso sí que no estaban cansados. En un segundo lo desvalijaron totalmente.

Y aquí debo dejar constancia de un hermoso gesto del Bombero.

Se acercó al puesto y volvió al trotecito. Se me acercó, se quitó su precioso casco dorado, me hizo una gran reverencia y me entregó un paquete de pastillas de naranja.

Mi mamá, que estaba cerca, me dijo al oído:

—Qué caballero es ese Bombero; en cuanto lleguemos a casa tenés que casarte con él.

En eso llegó el tren.

El Abuelo ordenó formar fila, y yo me puse bien adelante, agarrando a Dailan Kifki de una oreja para que no se escapara otra vez.

El tren japonés se detuvo, se abrió la puerta, y yo le dije a mi elefante:

—Vamos, querido, upa, despacito, primero una pata y después la otra…

Era la primera vez que Dailan Kifki subía a un tren y claro, estaba un poquito abatatado.

Al fin subimos, y por suerte el tren estaba casi vacío.

Pero una señora que vio que un elefante subía al vagón, dio un grito horrible sacando la cabeza por la ventanilla:

—¡Socoooooorro!

—Ssh —chistamos todos.

—Señora —le dije— ¿es la primera vez que ve a un animalito?

—Está prohibido viajar en tren con animales —chilló, cada vez más furiosa.

—Pero si es muy cariñoso —le dije—, si yo quisiera subir al tren con un león furioso, una pantera sin bozal o un ratón loco, todavía…

—¡Igual está prohibido! —me contestó—, ¿no leyó en el diario que está prohibido salir a la calle con animales, porque pueden estar rabiosos?

—Pero señora, por favor, Dailan Kifki no es un perro, ¿cómo va a estar rabioso?

—O lo saca de aquí o llamo a la policía —dijo la señora.

Y entonces llegó el guarda.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—Nada, nada… —le dije, tratando de ocultar a Dailan Kifki a mis espaldas.

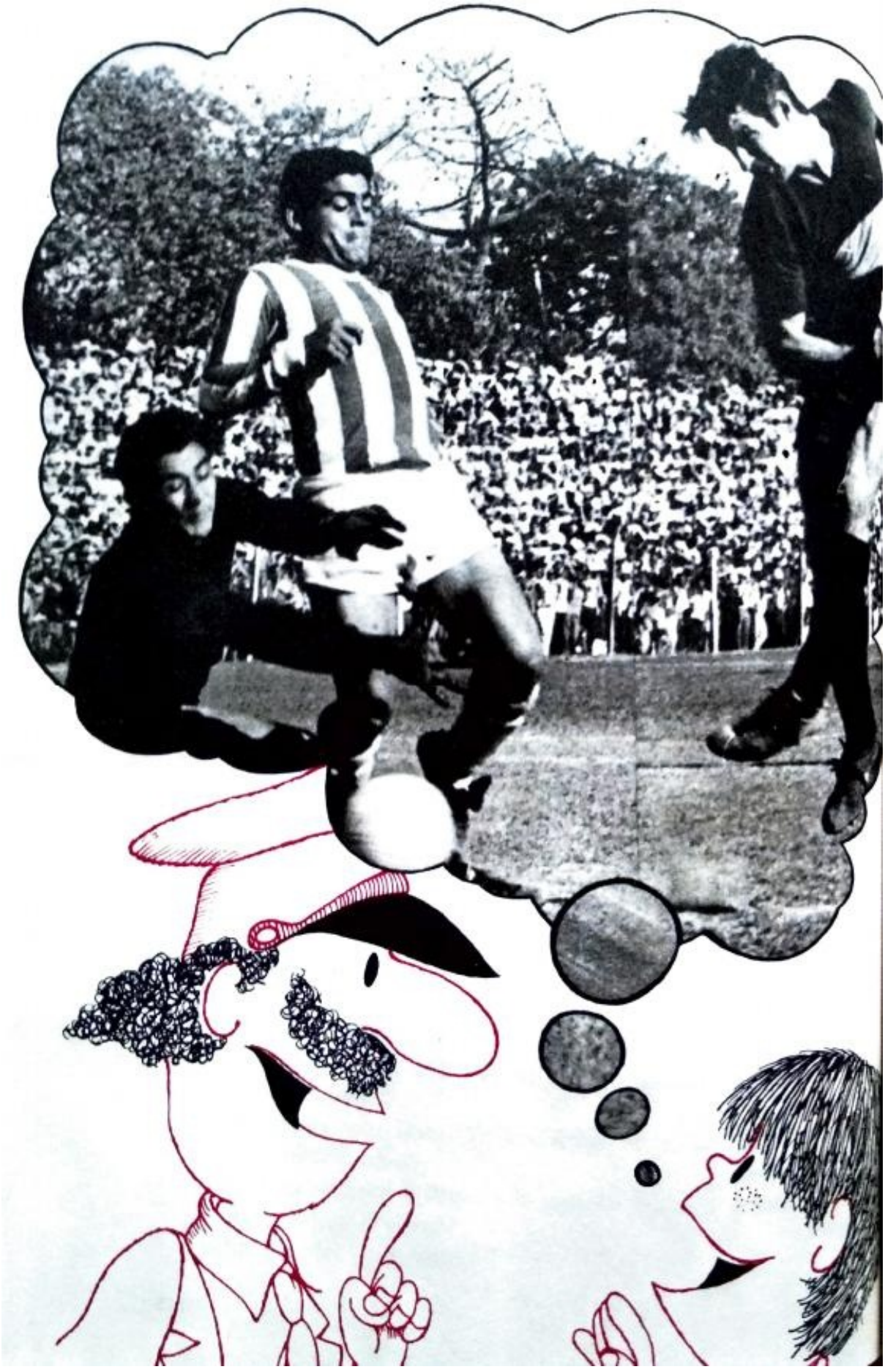
Y la señora chilló, señalándome con el dedo:

—Esa señorita quiere viajar con un animal.

Dailan Kifki se hacía chiquito, se encogía detrás de mí.

—¿A ver…? —dijo el guarda.

Y yo ya temblaba de horror pensando que nos haría bajar a todos cuando…





40

EL GUARDA descubrió que yo llevaba… ¡una jaula! Porque me olvidé de contarles: como en el famoso desastre de la salita del señor Carozo se había roto la casa de cristal de la pelota, él me la había puesto en una Jaula para que durmiera y viajara más cómoda.

Y el guarda, naturalmente, no miró más que la jaula, distraído por el bochinche que hacían todos.

—¿No sabe que no se puede subir al tren con animales aunque estén en jaula? —me dijo.

—Pero yo no llevo ningún animal en esta jaula, señor guarda.

—No me va a hacer creer que usted viaja con una jaula llena de nada, señorita.

—Llena de nada, no, señor. En esta jaula duerme la famosa Pelota.

(Se lo dije con mayúscula para impresionarlo).

—No me diga… —dijo el guarda muy impresionado, rascándose un poquito debajo de la gorra. Y resultó muy entusiasta del fútbol.

Entonces mi hermano Roberto le inventó un montón de historias de partidos famosos, jugadores famosos, goles famosos, etcétera.

Tanto charlaron de fútbol que, por supuesto, el tren no arrancaba y los pasajeros empezaron a protestar, aunque no demasiado porque ya están todos acostumbrados a que los trenes anden como la mona, dicho sea con perdón de la mona Jacinta, que es una persona muy seria.

Y el guarda seguía charla que te charla, mirando y remirando la pelota a través de los barrotes dorados de su jaulita.

En eso siento que el muy meterete de Dailan Kifki se escurre, se desliza, se mueve despacito a mis espaldas. Yo disimulaba tapándolo con mi pollera y dándole más charla al guarda.

Y al rato veo de reojo que el muy sinvergüenza va a sentarse en un asiento, justito enfrente de la señora protestona.

Se imaginan qué nervios.

Dailan Kifki se acomodó, todo torcido y encogiendo sus patotas, en el asiento. No sé cómo hizo, pero cupo bastante bien, solamente le sobresalían unas cuantas toneladas por la ventanilla y por el pasillo.

Por suerte en ese momento la señora estaba leyendo el diario y no lo vio.

Yo le pedí al guarda que despachara el tren de una vez porque pensé: «Si Dailan Kifki se queda quietito y la señora sigue leyendo el diario, quizás lleguemos tranquilos a Plaza Once».

Pero no.

Resulta que Dailan Kifki se puso a leer atentamente las historietas que estaban en la página de atrás del diario de la señora.

Y como no las veía bien, se inclinaba un poquito, y otro poquito, y ya estaba con la trompa pegada al diario y a punto de perder el equilibrio.

Yo tuve miedo de que se cayera encima de la señora, de modo que traté de apurar al guarda para que apurara al maquinista para que apurara al señalero para que apurara al guardabarreras para que apurara a la vaca que estaba cruzando las vías para que el tren pudiera arrancar de una vez.

Y justo cuando todo el mundo apuró a todo el mundo, y el guarda sopló su silbato y revoleó su pañuelito verde y el tren ya iba a arrancar, ¡zápate!

¿Qué creen que sucedió?

¡Dailan Kifki se cayó encima de la señora!

La señora dio un grito horrible:

—¡Socorro, auxilio, asesinos, terremoto, catástrofe!

Puro aspaviento, porque Dailan Kifki no se había caído todo arriba de ella, sino solamente la cabeza. Claro que la cabeza, incluidas orejas y trompa, pesa unos cuantos kilos, pero de todas maneras no era para chillar tanto.

Entonces yo traté de sacarle la cabeza de Dailan Kifki de encima de su falda. Hice mucha fuerza. Me ayudó Roberto, me ayudó el guarda, me ayudaron los Embajadores, me ayudó mi tía Clodomira.

Parece mentira, pero entre todos no podíamos alzar la cabezota de Dailan Kifki. Parecía encolada a las rodillas de la señora.

Y en eso llegó el inspector, jugando muy serio con su maquinita de picar boletos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada… nada…, señor inspector —coreamos todos, cubriendo el accidente con nuestros cuerpos mientras mi papá le tapaba la boca a la señora.

Y todos seguimos haciendo fuerza para levantar la cabeza de Dailan Kifki.

Y nada.

¡Hop! ¡Hop! ¡Hop!

Y nada.

Seguía encolado a las rodillas de la señora.

Fue inútil que lo sacudiéramos, le hiciéramos cosquillas y le diéramos papirotazos en las orejas. ¿Saben qué pasaba?

Dailan Kifki se había quedado dormido. Frito, frito, frito.

—Va a tener que tener paciencia, señora —le dije a la escandalosa pasajera— porque el pobrecito tiene sueño muy pesado.

Le levanté una orejita a Dailan Kifki y le dije al oído:

—Vamos a tomar la sopita de avena.

Y entonces sí se despertó, bostezó un poquito y entre todos volvimos a acomodarlo en su asiento.

Mi papá había conseguido amordazar a la señora con su pañuelo y su corbata.

El inspector, que había estado conferenciando con el guarda, se acercó y me dijo:

—Señorita, le hemos concedido un permiso especial para viajar con su pelota, pero nos es imposible autorizarla a viajar con un elefante. Lo siento, pero el reglamento es el reglamento.

Así fue como toda la comitiva, que ya había conseguido acomodarse en el vagón y recién terminaba de pelearse por las ventanillas, tuvo que bajar del tren empujando a Dailan Kifki medio sonámbulo.

A medianoche ocupábamos de nuevo todo el andén de la estación de Ituzaingó.



41



O NO ENTIENDO a la humanidad. Por ejemplo: todo el mundo está acostumbrado a que en los ómnibus, los trenes y los subterráneos los empujen, los apretujen, los despeinen y los tironeen de aquí para allá. Y nadie se queja. Pero basta que se den cuenta de que el que los empuja es un elefante ¡zápate! hay que ver el escándalo que hacen.

Como esta famosa señora, que se fue en el tren muy contenta, dejándonos desolados y muertos de hambre, frío y sueño en la estación de Ituzaingó.

No se imaginan con qué tristeza miró Dailan Kifki al tren que se iba. Naturalmente, en seguida se puso a llorar. Naturalmente, al rato apareció furioso el jefe de correos de Ituzaingó, que se había quedado trabajando hasta tarde. Parece que cuando había conseguido ordenar todas las estampillas, la explosión lacrimógena del elefante hizo retemblar tanto el edificio que se le

volaron como papel picado. El Comisario fingió levantarnos un sumario y el jefe del correo quedó más conforme.

Yo reuní a mi familia para pedirles consejo.

—No es posible —les dije— que ahora que la parte más astronáutica y chiripitifláutica de la expedición está resuelta, nos quedemos para siempre anclados en esta estación. Hay que encontrar una manera rápida y sencilla de volver a casita.

—¿Por qué no vamos a pie? —preguntó mi mamá.

—Es muy lejos, estamos cansados… —rezongaron los demás entre bostezo y bostezo.

—¿Y si le volvemos a poner las alas a Dailan Kifki? —sugirió mi hermano Roberto.

—Se nos va a escapar otra vez —le contesté.

—No —insistió Roberto—, lo atamos con un piolín bien largo de modo que no lo perdamos aunque vuele por todo el cielo.

Pero el que tuvo la idea más inteligente fue el Abuelo.

—Atención —dijo—, lo que tenemos que hacer es esperar que pase un tren de carga, y colocar a Dailan Kifki entre las vacas; de noche no se va a notar mucho la diferencia entre una vaca y un elefante.

—Si, es muy buena idea —le dije—, ¿pero en qué viajamos nosotros? No podemos ir con las Vacas.

—¡Nosotros tomamos un ómnibus! —dijo papá.

—Cualquier día —le contesté—, ¿voy a dejar que Dailan Kifki viaje solito?

—Pero si va con las vacas —insistió papá—, ellas lo cuidan, son muy cariñosas…

—No señor —dije—, de ninguna manera lo dejo viajar solo en un vagón oscuro con unas vacas que vaya a saber quiénes son.

Y entonces mi tía Clodomira dijo:

—¿Y por qué no vas vos con él en el vagón de las vacas?

—¡Tía, porque yo no soy una vaca!

Y así seguimos discutiendo un buen rato.

Por suerte no pasó ningún tren de carga.

Después de discutir decidimos pensar. Para eso nos pusimos todos el dedo en la frente y paseamos en fila por el andén. La fila se convirtió en una especie de calesita.

Dábamos vuelta todos pensando y repensando en silencio, cuando de pronto… ¿a que no saben quién apareció?

¡Imagínense!
¿Se imaginaron?





42

EL SEÑOR ENANITO Carozo Minujín!

—Pero señor Carozo, ¿qué hace usted aquí? ¡Creíamos que a estas horas estaría durmiendo!

—Sí, estaba durmiendo —contestó.

Se abrió la levita, y abajo tenía un camisón de bombasí. Se levantó el gorro, y abajo tenía otro gorro, tejido y con pompón. Se quitó un escarpín y debajo tenía puesto otro de lana.

—Estaba durmiendo —dijo—, pero de repente… ¡Buaaah!

Y se puso a llorar como un loquito.

(Paso por alto, para no cansarlos, la inevitable aparición del jefe de correos, granate de ira a causa de la nueva explosión lacrimógena que había hecho retemblar de nuevo su oficina y sus filatélicas estampillas).

—¿Qué le pasó, señor Carozo? —le pregunté.

—Hágame upa y le cuento —dijo, muy mimoso.

Entonces lo hice upa, lo paseé un poquito para que se le pasara el hipo, y al fin me contó:

—Estaba durmiendo y soñé con mi pelota… la extrañé tanto que me vine corriendo para ver si ustedes… todavía… supisiche…

Y el llanto y el hipo no lo dejaron seguir hablando.

Traté de consolarlo como pude, aunque me di cuenta de que tanto llanto era nada más que una manera de tirarse un bonito lance para que yo le devolviera la pelota.

—Señor Carozo —le dije—, aquí tiene la pelota en su jaulita, pero sepa que al que da y quita le sale una jorobita.

En seguida abrazó la jaula como si jamás se la hubiera yo ganado en buena ley.

Inmediatamente se le pasó el llanto y el sueño y se puso contentísimo.

Luego de contemplar a su pelota durante un buen rato pasó a contemplarnos a nosotros.

—¿Y ustedes qué supisiche hacen aquí, en la estación? —preguntó al fin.

Le contamos todas nuestras desgracias.

—Ajá —dijo el señor Carozo—, ¿y ahora qué supisiche van a hacer?

—Y, eso estábamos pensando cuando usted llegó —le dije.

—¿Entonces yo también voy a tener que pensar?

—Si no le es mucha molestia —le dije.

—Bueno, pensaré, aunque tengo bastante sueñito.

El señor Carozo arrugó las cejas, se puso el dedo en la frente y dio tres pasitos en redondo para ponerse en la fila de la gente que pensaba.

Así pasamos un buen rato silenciosos, girando en la calesita de los pensamientos, cuando el señor Carozo se salió de la fila y dijo:

—Ya está, ya pensé.

—¿Qué pensó, qué pensó? —preguntamos todos, muertos de curiosidad.

Todos nos agachamos alrededor del señor Carozo, que nos dijo lo siguiente:

—Dailan Kifki no puede viajar en tren porque es elefante, ¿verdad?

—Correcto.

—Bueno —siguió el enanito—, es muy simple. Tenemos que disfrazarlo para que nadie se dé cuenta de que es elefante.

¿Se fijaron qué inteligente es el señor Carozo? A nadie se le había ocurrido algo tan sencillo, a pesar de que todos teníamos dormidos el dedo y las cejas de tanto pensar.

—Muy bien, señor Carozo, ¿y de qué lo disfrazamos, mantantiru lirulá? —pregunté.

—El elefante es grandote, ¿verdad? —contestó el señor Carozo—, entonces hay que disfrazarlo de algo chiquito para que nadie se dé cuenta del tamaño.

Nuevamente la multitud expresó su asombro ante la enorme inteligencia de un señor tan chiquito.

Yo repetí mi pregunta:

—¿Y de qué lo disfrazamos, mantantiru lirulá?

—¡De una cosa chiquita!

Y todos volvimos a formar la calesita de los pensamientos, con el dedo en la frente, las cejas arrugadas y murmurando entre dientes:

—Una cosa chiquita… una cosa chiquita… una cosa chiquita…

—¡Ya está! —dijo por fin el señor Carozo— ¡de mariposa! Va a hacer muy bien el papel porque ha sido un elefante volador.

Pero mi hermano Roberto dijo:

—Estamos fritos.

—¿Por qué? —preguntamos todos.

—Porque la mariposa es un animal —contestó Roberto—, y vamos a tener el mismo problema: que está prohibido viajar con animales.

—La mariposa no es un animal, es un bicho —dije yo—, un bicho chiquito que bien puede haber entrado por la ventanilla sin pagar boleto.

—Sí, pero una mariposa gorda como Dailan Kifki va a resultar demasiado sospechosa —insistió Roberto, aguafiestas como siempre.

—¿Y entonces de qué lo disfrazamos, mantantiru lirulá? —insistí yo.

—Queda una solución —dijo Roberto, que no me explico cómo hacía para pensar tanto a esas horas de la noche.

—¿Cuál es la solución?

—Hay que disfrazar a Dailan Kifki de persona, de persona y no de bicho ni de animal.

Todos quedamos impresionados ante tanta inteligencia.

Mi hermano Roberto agradeció modestamente y con los ojos bajos los aplausos de la multitud.



43

ROBERTO pasó a ser el centro de la atención de todos. A los pocos segundos había perdido su modestia, hablaba como un político viejo, firmaba autógrafos y nos miraba por encima del hombro. Dijo una especie de discurso en el que afirmó dos cosas, a saber:

Primero: para que el elefante no fuera visto por el guarda ni los pasajeros había que disfrazarlo de pasajero de tren.

Segundo: no me acuerdo qué pavada añadió.

—¿Y cómo lo disfrazamos, mantantiru lirulá? —insistí yo.

—Eso es lo que hay que pensar —dijeron todos y volvieron a arrugar las cejas, a ponerse el dedo en la frente y a caminar en calesita.

Parece que a todos les entusiasmaba la idea de jugar a pensar, pero a mi me tenía un poco aburrida, de modo que golpeé las manos y los hice romper filas.

—Basta de pensar —ordené—, ahora hay que actuar: hay que disfrazar a Dailan Kifki de pasajero de tren.

—¿Y cómo es un traje de pasajero de tren? —preguntó mi mamá, dormida como una mesa.

—Es un traje con solapas y botones… y mangas, mamá.

—¡Pero a Dailan Kifki no le va a entrar nuestra ropa! —protestaron todos, de puro amarretes para no prestársela al pobrecito.

—Vamos, no sean egoístas —les dije—, vayan donando las prendas que no les sean imprescindibles, que aunque sean chiquitas las añadimos, les agregamos botones y las cosemos una por una.

¿Saben qué hicieron todos?

Se abrazaron como locos a sus sobretodos, a sus trajes, sus galeras y sus carteras.

Entonces yo me quité el delantal.

Entonces a todos les dio vergüenza.

Entonces, de a poquito, uno donó el sombrero, otro un botón, el de más allá un calcetín, otro una corbata, un amarrete una tapita de botella, mi tía Clodomira un pañuelito.

Todos desfilaban y, en silencio, arrojaban sus donaciones a las patas de Dailan Kifki.

De pronto me encontré ante una respetable montaña de prendas de vestir, pero ¿cómo acomodarlas para que le sirvieran de disfraz a Dailan Kifki? Entre mamá y mi tía Clodomira trataron de unir varios sobretodos con alfileres de gancho y ponérselos como una gran capa, pero Dailan Kifki parecía una montaña disfrazada y no un pasajero de tren.

También le pusimos unos cuantos sombreros uno arriba de otro: inútil.

Opté por tirarle todas las prendas encima del lomo y las orejas, así sin ton ni son… y me alejé un poco para ver qué tal quedaba.

Un verdadero mamarracho.

Lo más descorazonador de todo era que seguía tan elefante como antes.

Entonces, casi llorando, le devolví la ropa a todo el mundo dándoles las gracias.

Naturalmente, todos se pelearon, se empujaron y se disputaron las prendas.

Para colmo de males, el señor Carozo, que parecía la única persona seria de la comitiva, había desaparecido.

Y para rematar todo, apareció el jefe del correo para protestar porque con el bochinche debido al tironeo de la ropa, se le habían despegado todas las

estampillas otra vez.

¡Paciencia!

Ya estábamos todos dispuestos a viajar a pie cuando aparecieron unos pintores. Todos con mamelucos pintarrajeados, escaleras, brochas y baldes de pintura.

Se pusieron a embadurnar las paredes de la estación con grandes letras que decían VIVA VIVA Y MUERA MUERA.

Los mirábamos distraídos, ya que no teníamos nada que hacer más que bostezar y desesperamos.

Así, mirando y remirando, se me prendió la lamparita.

Se me ocurrió la IDEA.

¿Por qué no pintarle a Dailan Kifki su traje de pasajero de tren?

¿Acaso en algunos circos no pintarrajean a los elefantes?

¿Por qué no?

¿Eh?

Yo no sé pintar muy bien, pero en caso de necesidad…

No dije nada a nadie, segura de que mi hermano Roberto me iba a contestar:

—Estamos fritos.

Y me acerqué a los pintores en puntas de pie.

—Buenas noches —le dije.

Todos se quitaron los gorritos de papel de diario.

—¿Serian tan amables de prestarme un poquito de pintura y un poquito de brocha gorda?

—Cómo no —dijeron—, ¿pero qué va a pintar a estas horas?

No les dije que lo que pensaba pintar era un elefante, porque me iban a creer loca.

Uno de los pintores me miró de arriba abajo rascándose el gorro de papel y al fin me preguntó:

—¿Usted está con toda esa gente rara?

—Es gente muy importante —le contesté.

Como estaba bastante oscuro y lleno de gente, no distinguía bien a Dailan Kifki, pero le parecía ver una cosa grande.

—Y esa especie de montaña que está ahí, ¿qué es?

—¿Qué montaña? —le contestaba yo haciéndome la distraída.

—Esa montaña —insistía el pintor.

—¿Una montaña? —contestaba yo haciéndome la bizca—. No sé, creo que Ituzaingó está lleno de montañas… o quizás es una de las sierras de

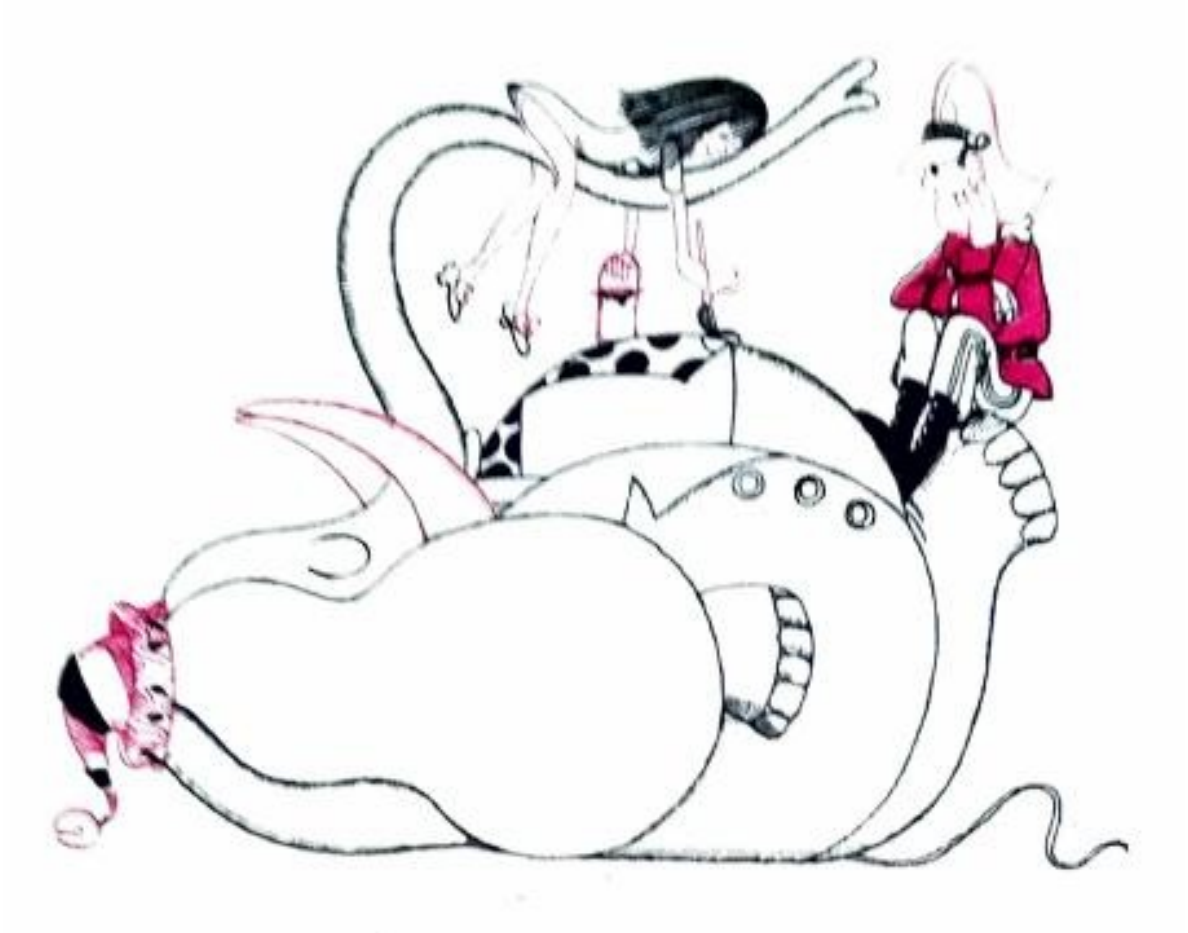
Córdoba que decidió salir a dar una vueltita…

Y en seguida volví a pedirle la pintura y la brocha, pero él volvió a cambiar de tema y a hacerme preguntas.

Por fin, media hora después, me los prestó. Yo salí corriendo hacia donde estaba Dailan Kifki.

Todos se quedaron patidifusos cuando me vieron pasar porque no se explicaban qué diablos iba yo a pintar a esas horas.

A que ustedes tampoco se lo imaginan.



44

SABEN qué hice?

Le pinté a Dailan Kifki un precioso traje de pasajero de tren.

¿Quieren que se los describa con lujo de detalles?

Poniéndome en puntas de pie, y de vez en cuando alzada a upa por el Bombero, conseguí pintarle una hermosa corbata a lunares.

Me alejé un poco para observar el efecto, y comprobé que le faltaban unas pintas.

Pero no crean que le pinté las pintas al tuntún.

No señor, le pinté las pintas al tintín.

Después le pinté las solapas del saco, primero una y después la otra.

Después, por supuesto, le dibujé tres botones bien grandes y bien redondos.

Después, ya casi a la altura de las rodillas (las rodillas del elefante, no las mías), le pinté los bolsillos.

Ustedes se preguntarán ahora cómo le dibujé los pantalones. Muy sencillo: una raya vertical derechita derechita a lo largo de las patas. Pinté la izquierda, que me salió muy bien. Y empecé a pintar la otra, de abajo para arriba, que me salía derechita como una regla, y ya estaba terminándola cuando… ¡zápate! ¡supisiche! Sentí un golpe horrible en la cabeza.

Ni siquiera alcancé a pedir socorro.

Apenas pude decir: «¡So… co…».

Y me desmayé.

El golpe fue tan catastrófico como inesperado.

De repente vi 789 estrellitas y me caí redonda sobre el andén de la estación de Ituzaingó.

Tuve la impresión de que me había muerto.



45

PERO NO.

Cuando desperté del desmayo, todo el mundo me rodeaba abanicándome, dándome cachetadas y tirándome agua fría.

El Abuelo consultaba su manual de primeros auxilios.

El Bombero enchufaba su manguera en la canilla para darme un buen manguerazo.

Mi tía Clodomira revoleaba su paraguas y chillaba:

—¡Hasta cuándo tendremos accidentes por culpa de ese meterete de elefante!

Yo conseguí abrir un ojo. Después conseguí abrir el otro. Después pude abrir un poquito la boca.

Y entonces pregunté:

—¿Qqq… ué pppa ssó?

—¡Ese elefante grosero, mal educado y asqueroso! —dijo mi tía Clodomira.

—¡No te permito que lo insultes, tía! —dije yo, acabando de despertarme.

—¡Para que sepas, fue él quien te desmayó de un trompazo y casi te mata! —explicó mi tía, colorada de rabia—. No puede ser —le contesté—. Habrá sido un accidente, Dailan Kifki nunca hace daño a nadie, salvo cuando lo atacan.

—No señor, es un elefante dañino, es un eleñino dafante —insistía mi tía, trabucando las palabras de pura rabia y golpeando el andén con su paraguas.

Busqué entre la comitiva una persona más tranquila y serena de ánimo que me explicara la verdad verdadera.

¿Qué había pasado?

Resulta que cuando empecé a pintarle el traje a Dailan Kifki, el pobre estaba completamente dormido, con esa curiosa manía que tiene de dormirse con la trompa para arriba.

Justo cuando yo estaba agachada pintándole la raya del pantalón, parece que el pobrecito tuvo un mal sueño y ¡zápate! se le cayó la trompa.

Naturalmente, se le cayó encima de mi cabeza.

El pobre Dailan Kifki me miraba afligidísimo, como diciendo: «Fue sin querer, fue sin querer, se me cayó la trompita, no sabía que estabas por ahí debajo».

Conseguí por fin despabilarme y levantarme, y entonces vi mi trabajo perfectamente estropeado, como se podrán imaginar. Porque Dailan Kifki, al tener la trompa para abajo, tapaba la corbata y los preciosos botones que le había pintado.

—¡Ponga esa trompa para arriba! —le dije con la mayor autoridad.

Y nada.

—¡Levante esa trompa inmediatamente!

Y nada.

—¡Arriba esa trompa!

Y nada.

Pero entonces apareció mi hermano Roberto abriéndose paso a codazos y dijo:

—Dejame a mí, yo entiendo de elefantes.

Se acercó a Dailan Kifki, trabajosamente le levantó una oreja y le gritó al oído:



—¡O levanta la trompa o no hay más sopita de avena!

Entonces Dailan Kifki levantó la trompa bien alta y por fin se lucieron la corbata y los botones.

—¿No es cierto que ahora Dailan Kifki, así pintado, bien puede pasar por un pasajero de tren? —pregunté.

—Claro que sí —me contestó todo el mundo—, ahora apenas se nota que es un elefante.

Y yo me puse tan contenta con mi obra que di unos pasitos de pericón por el andén.



46



UIEREN que les cuente cómo volvimos todos de Ituzaingó?

Pues volvimos volviendo, en el tren.

Dailan Kifki, siempre con la trompa enrulada para arriba y su traje de pasajero, se acomodó en un asiento, con cara de disimulo.

Por suerte el coche estaba vacío, de modo que todos nos apresuramos a ocupar los asientos restantes.

Por suerte el guarda era un poco miope y nada le llamó la atención.

Por suerte llegamos todos sanitos y salvos a Plaza Once.

De allí fuimos a pie hasta mi casa, que queda en Palermo.

Fue bastante cansador, y piensen además que ya teníamos los zapatos a la miseria.

Por las calles no llamamos mucho la atención porque a esas horas de la madrugada estaban bastante desiertas.

Llegamos por fin a mi casa, y todos los que pudieron entraron a tomar el desayuno.

Yo llevé a Dailan Kifki al jardín. Parecía contentísimo. Allí lo dejé charlando con las flores y las hormigas y me fui a la cocina a prepararle un buen barril de sopita de avena con leche.

Todos desayunamos, y entonces llegó el triste momento de la despedida.

La verdad es que nos habíamos encariñado, nadie quería irse a su casa.

Tuve que prometerles una fiesta para muy pronto, y entonces empezaron a desfilar en retirada con lágrimas en los ojos.

El Comisario, a fuerza de palo y guantes blancos, pudo poner un poco de orden.

Primero nos presentaron sus saludos los Embajadores, luego el Chiquitisecretario, que se había achicado notablemente con tantas aventuras.

Después saludó el Intendente, luego el director del Observatorio Astronómico de La Plata, luego el Almirante Barriga Picante, después el Capitán de los Bomberos, después los heladeros, y al fin el perro con dos colas.

Tanto lloraron todos que hicieron un bochinche impresionante.

En eso sonó el timbre.

Cuando abrí, estaba en la puerta un hermoso cartero color café con leche.

«¡Zápate!» pensé yo, «seguro que viene a quejarse porque con el escándalo se despegaron todas las estampillas del correo».

Pero no.

El cartero se quitó la gorra y pregunto:

—¿Vive aquí un señor llamado Dailan Kifki?

No necesito decirles que todos los que se habían despedido se quedaron, muertos de curiosidad.

—Sí, aquí vive el señor Dailan Kifki —contestaron todos.

—Todas estas cartas son para él —dijo el cartero sacando tres millones de sobres de su bolsa.



Yo me abracé a las cartas y corrí al jardín, seguida otra vez por toda la comitiva, incluido el cartero, a leérselas a Dailan Kifki.

Y, Muy nerviosa, abrí la primera.

Era del Director del Zoológico y decía más o menos así:

«El Director del Zoológico invita a usted y familia a la gran kermés y fiesta en homenaje a Dailan Kifki, primer elefante volador de la República».

¿Se dan cuenta qué emoción?

La otra carta era del club de aviadores, que iban a darle una medalla a Dailan Kifki.

Otra era de un Embajador que lo iba a condecorar.

Otra era de la Universidad de Astronáutica Chiripitifláutica de Calamuchita, que lo iba a nombrar doctor *honoris causa*.

Y así todas.

Cartas de todo el mundo.

Me llevó como tres horas leérselas.

Cuando terminé, vi que le corrían por la trompa gruesas lagrimotas de emoción.

Todo el mundo se abrazaba y lloraba. Decidieron ir a cambiarse de ropa y volver al día siguiente para ir a la gran fiesta en el Zoológico.

Cuando acabé de despedirlos, cerré la puerta y me quedé sola por fin.

Iba a ir a dormir una siestita cuando…

Sonó el timbre:

Rin,

rin,

rin.

¿Quién sería?



47

ABRÍ LA PUERTA y vi a un señor imponente, negro como un pizarrón.

En seguida me di cuenta de que era rey, porque en la cabeza tenía una preciosa corona de oro con perlitas y diamantes.

Vestía un lujoso camisón colorado todo bordado en plata y oro, lleno de condecoraciones y borlas y cuchufletes.

Detrás de él había un séquito de catorce personas que acababan de bajar de seis automóviles dorados.

¡Zápate! —pensé yo— es el Rey Baltasar —recordando de pronto que ya estábamos cerca de Navidad.

Hice pasar al Rey y a sus invitados.

Toda mi familia se asomó con la boca abierta.

No se imaginan la vergüenza que me dio no tener una sola silla para ofrecerle a una visita tan importante.

Y la vergüenza que me dio que viera una casa tan sucia y revuelta.

Lo invité a sentarse en el suelo, y allí acampamos todos a conferenciar. El Rey abrió la boca y dijo algo así como:

—Bayumba bombe tangolé golé golé.

Ya estaba por mandar a Roberto a comprar un diccionario de africano, cuando una de las personas del séquito, que era intérprete, me lo explicó todo.

El Rey era, en efecto, Rey, pero no Baltasar. Era el Rey de un raro reino africano llamado Ugambalanda.

Pero, además de Rey, ¿saben quién era?

¡Era el dueño de la mamá de Dailan Kifki!

Resulta que los diarios de todo el mundo habían publicado la extraordinaria hazaña de mi elefante, y así fue como este señor Rey se enteró y, atando cabos, llegó a la conclusión de que Dailan Kifki era hijo de una famosa elefanta que él tenía en su palacio africano.

Resulta que una vez un cazador le había cazado y robado al nene, y lo había vendido al dueño de un circo, que lo trajo aquí a la Argentina.

El dueño del circo se arruinó, cerró el circo y abandonó al pobre Dailan Kifki, que como ustedes recordarán, apareció una mañana en la puerta de mi casa.

—¿Y la mamá? —le pregunté al Rey Pochoclo (porque así se llamaba Su Majestad).

—La mamá está aquí cerca —me dijo el Rey—, y mañana va a la fiesta del Zoológico a reunirse con su nene.

Y dicho esto, el Rey Pochoclo y toda su comitiva se levantaron y se despidieron hasta el día siguiente.

Yo estaba completamente patidifusa.



48

AL DÍA SIGUIENTE —el glorioso día de los homenajes populares a Dailan Kifki— nos despertó una salva de cañonazos.

Me levanté y fui corriendo al jardín a bañar a mi elefante. El Rey Pochoclo me había mandado de regalo unas lujosas vestiduras para ponerle en tan grandiosa ocasión.

Una monturita de terciopelo dorado, cordones llenos de borlas para la cabeza y las orejas, y un casco de astronauta honorario.

Roberto me ayudó a bañar a Dailan Kifki antes de ensillarlo tan lujosamente.

Después nos vestimos todos con nuestras mejores galas y salimos a la puerta, donde ya nos esperaba la comitiva de días anteriores. Estaban todos tan emperifollados que costaba reconocerlos.

El Abuelo se había puesto —la verdad es que no sé de qué museo lo habría sacado— un precioso uniforme de soldado patricio.

Mi tía Clodomira estaba vestida de organdí celeste.

Mi papa, con un ponchito nuevo.

No necesito decirles que los camarógrafos de la televisión, los periodistas, los fotógrafos, los curiosos y los heladeros se habían multiplicado por un millón.

Como el Zoológico queda cerca de mi casa, fuimos todos a pie. Dailan Kifki encabezaba la comitiva.

Caminábamos todos lentamente, al compás de la banda de los *boy scouts*, que tocaba una marcha lenta y majestuosa.

En el Zoológico nos esperaban las altas autoridades oficiales y el Rey Pochoclo con toda su comitiva.

Pero había una cosa que me intrigaba y emocionaba por anticipado: ¿cómo sería el encuentro de Dailan Kifki con su mamá?

Porque no le habíamos dicho nada.

¿Y si el Rey Pochoclo estaba equivocado y resulta que su elefanta no era la mamá de Dailan Kifki?

Pero yo supuse que no habría hecho un viaje tan largo sin tener la absoluta seguridad de que sí lo era.

Entramos por fin en el Zoológico, que estaba decorado con banderas de todos los países.

Hubo otra salva de cañonazos, aplausos, vivas, gritos, desmayos, lluvia de papel picado y serpentinas.

Siempre al compás de la banda de los *boy scouts* nos acercamos solemnemente al palco oficial, junto al cual estaba, muy seria y emperifollada con una monturita de oro, la mamá de Dailan Kifki.

En cuanto Dailan Kifki la vio, al diablo se fue la comitiva, la fiesta, la solemnidad y el orden que habíamos guardado hasta entonces.

Como si lo hubieran pinchado con una aguja de tejer, salió disparando hacia el palco, y allí se abrazó a su mamá resoplando de emoción.

Estuvieron los dos abrazados por la trompita durante casi una hora. Se hablaban al oído con sopliditos y alzaban las orejas como demostración de felicidad.

Después empezaron los discursos, que naturalmente no transcribo para no cansarlos, y al final se sirvió un chocolate con medialunas para todos, frente a la jaula de los monitos.

No necesito decirles que ese día fue feriado nacional.

Una vez terminada la ceremonia, decidimos volver todos a nuestras respectivas casitas, pero allí sí que se nos planteó un rompecabezas.

Nadie lo había pensado, nadie tenía una solución inteligente y práctica para tan tremebundo problema.

Ya no podríamos separar a Dailan Kifki de su mama, ¿verdad? Tampoco era posible que yo me separara de Dailan Kifki, porque estaba muy encariñada con él, ¿verdad?

Pues bien, el problema era éste: ¿dónde diablos iban a vivir los dos elefantes?

En el jardín de mi casa a duras penas cabía uno.

Nos pusimos a conferenciar.

El Director del Zoológico, muy atento, se ofreció a albergarlos en su prestigiosa institución.

El Rey Pochoclo se ofreció a llevárselos de vuelta a Ugambalanda.

El Abuelo se ofreció a cuidarlos en su quinta de Ituzaingó.

Pero yo no quería separarme de ellos.

Cuando ya me iba a poner a llorar de desesperación, alguien me puso la manito en el hombro y me dijo dulcemente que no me preocupara, que íbamos a vivir todos juntos y felices, comiendo perdices y sonándonos las narices.

Era el Bombero.

Allí nomás, de sopetón, me pidió que me casara con él y que nos fuéramos a vivir a la chacrita de sus tíos, donde había lugar de sobra para dos elefantes bien educados.

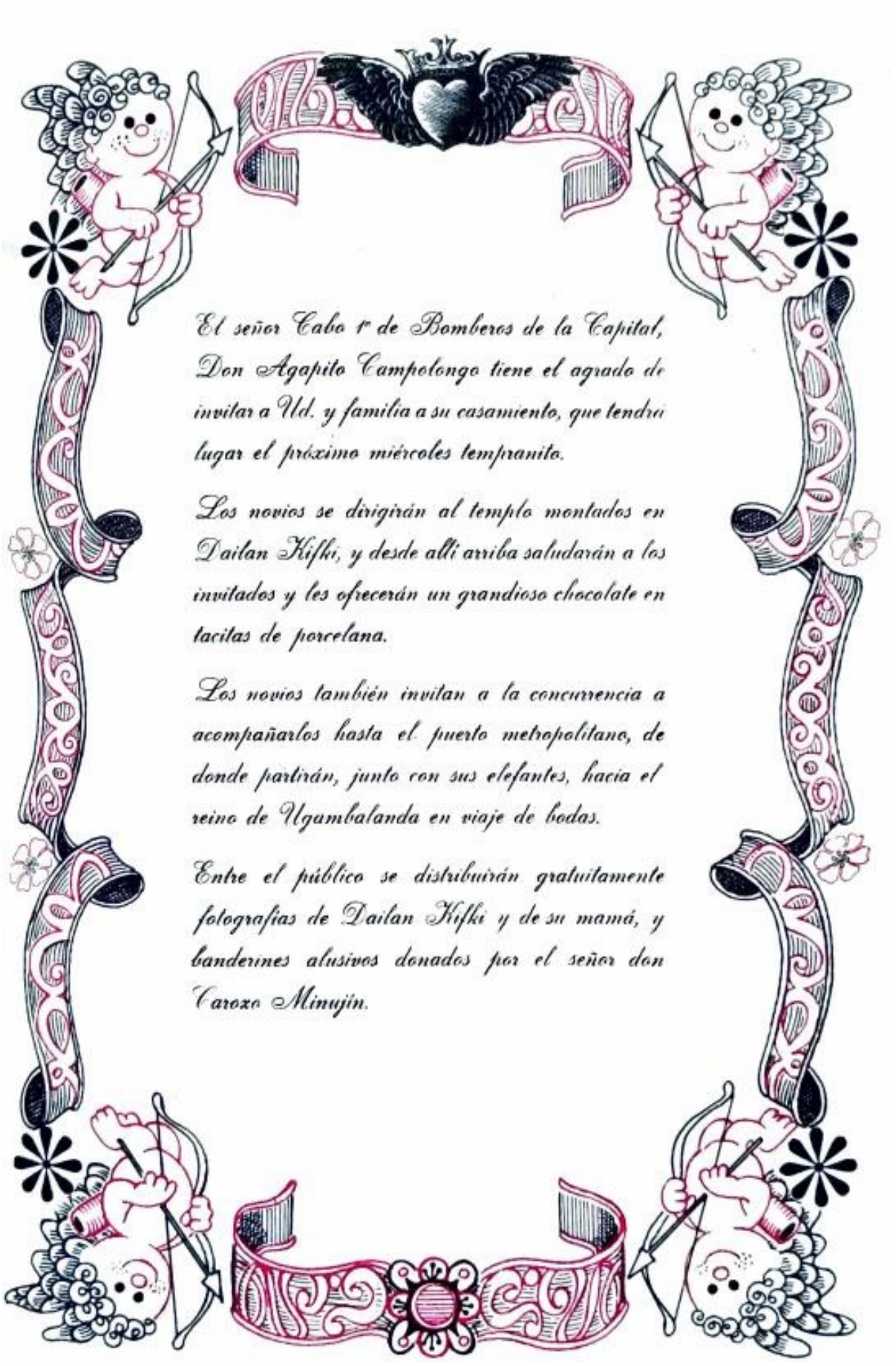
Yo volví a quedarme patidifusa, y miré lentamente a todo el mundo, uno por uno, como pidiéndoles consejo.

Todos habían hecho un silencio impresionante y se miraban los zapatos recién lustrados.

Entonces, indecisa y abatatada, miré al Bombero y me di cuenta una vez más de que era muy buen mozo, valiente, bueno, cariñoso, perfumado, atento y, sobre todo, amante de los elefantes.

Le dije que lo iba a pensar.

Todos suspiraron aliviados.



El señor Cabo 1º de Bomberos de la Capital, Don Agapito Campolongo tiene el agrado de invitar a Ud. y familia a su casamiento, que tendrá lugar el próximo miércoles tempranito.

Los novios se dirigirán al templo montados en Dailan Kifki, y desde allí arriba saludarán a los invitados y les ofrecerán un grandioso chocolate en tacitas de porcelana.

Los novios también invitan a la concurrencia a acompañarlos hasta el puerto metropolitano, de donde partirán, junto con sus elefantes, hacia el reino de Ugambalanda en viaje de bodas.

Entre el público se distribuirán gratuitamente fotografías de Dailan Kifki y de su mamá, y banderines alusivos donados por el señor don Carozo Minujin.



MARÍA ELENA WALSH (Ramos Mejía, Argentina, 1930 - Buenos Aires, 2011). Poeta, novelista, cantante, compositora, guionista de teatro, cine y televisión, es una figura esencial de la cultura argentina.

Estudió en la Escuela Nacional de Bellas Artes. A los quince años comenzó a publicar sus primeros poemas en distintos medios, y en 1947, apareció su primer libro: *Otoño imperdonable*. En 1952 viajó a Europa donde integró el dúo Leda y María, con la folclorista Leda Valladares, grabando discos en París. Desde 1960, ya en la Argentina, escribió programas de televisión para chicos y para grandes, y realizó el largometraje *Juguemos en el mundo*, dirigido por María Herminia Avellaneda. Asimismo, escribió guiones para cine y su música fue incorporada a filmes de trascendencia. En 1962 estrenó *Canciones para Mirar* en el teatro San Martín, con tan buena recepción que, al año siguiente, puso en escena *Doña Disparate y Bambuco*, con idéntica respuesta. Esas obras se publicaron como libros en 2008.

A partir de 1960 nacieron muchos de sus libros para chicos: *Tutú Marambá* (1960), *Zoo Loco* (1964), *El Reino del Revés* (1965), *Dailan Kifki* (1966), *Cuentopos de Gulubú* (1966) y *Versos tradicionales para cebollitas* (1967). Su producción infantil abarca, además, *El diablo inglés* (1974), *Chaucha y Palito* (1975), *Pocopán* (1977), *La nube traicionera* (1989), *Manuelita*

¿dónde vas? (1997), *Canciones para Mirar* (2000), *Hotel Pioho's Palace* (2002) y *¡Cuánto cuento!* (2004).

En 1990 publicó *Novios de antaño*, su primera novela para adultos, y en 2008, *Fantasmas en el parque*, inclasificable como género, entre novela, memorias y ficción. María Elena Walsh obtuvo numerosos reconocimientos: Premio Municipal de Poesía; Premio ARGENTORES; Gran Premio SADAIC; Gran Premio de Honor del Fondo Nacional de las Artes; el Highly Commended del Premio Hans Christian Andersen de la IBBY (International Board on Books for Young People); Premio Gabriela Mistral, Chile, Konex De Honor (Letras), entre muchos otros. En 1985 fue nombrada Ciudadana Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires; en 1990, Doctor *Honoris Causa* de la Universidad Nacional de Córdoba, y en 2011 de la Universidad Nacional de Río Cuarto, Córdoba, Argentina; en 2008 recibió el Reconocimiento Público de la Academia Argentina de Letras.

Sus creaciones se han constituido en verdaderos clásicos de la literatura infantil, cuya importancia trasciende las fronteras del país, ya que han sido traducidas al inglés, francés, italiano, sueco, hebreo, danés y guaraní. Entre sus personajes más famosos se destaca *Manuelita la tortuga*, que fue llevado al cine con gran éxito internacional.

María Elena Walsh murió en Buenos Aires el 10 de enero de 2011. Es y será un referente intelectual para muchas generaciones de argentinos.

DAILAN KIFKI

MARÍA ELENA WALSH

